

PAISAJES PERTURBADORES

Segunda Antología de PÓRTICO
ENCUENTRO DE CIENCIA FICCIÓN



Angel Alvelo
Luis Carlos Barragán
Martin Casatti
Chinchiya Arrakena
Renato Colan
Nahuel G. Dimarco Bustos
Néstor Darío Figueiras
Ariel Alejandro Karlen
Juan Keller
Juan Lorca
Fernando Manavella
Mario Daniel Martín
Diego Milinik
Paul Noguerol
Lucas Ortega
Caro Panero
Sara Rai
Isabel Santos
Lisardo Suárez y Javier S. Donate
Carlos Uncal
Jack Vaughanf

Paisajes perturbadores : segunda antología de Pórtico : encuentro de ciencia ficción /
Angel Alvelo ... [et al.] ; editado por Juana Inés Gallego Sagastume ;
prólogo de Maielis González Fernández. 1a ed. - 2019. - 200 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-46913-5-4

1. Ciencia Ficción. I. Alvelo, Angel. II. Gallego Sagastume, Juana Inés, ed.
III. González Fernández, Maielis, prolog.
CDD A863

Fecha de catalogación: 07/03/2019

Edición de Chinchiyi Arrakena, puesta en libro al cuidado de Laura Ponce

Ilustración de tapa: © 2019, Darío Mekler

Cuentos ©: Angel Alvelo - Luis Carlos Barragán- Martín Casatti - Chinchiyi Arrakena -
Renato Colan - Nahuel G. Dimarco Bustos - Néstor Darío Figueiras - Ariel Alejandro
Karlen - Juan Keller - Juan Lorca - Fernando Manavella - Mario Daniel Martín - Diego
Milinik - Paul Noguerol - Lucas Ortega - Caro Panero - Sara Rai - Isabel Santos -
Lisardo Suárez y Javier S. Donate - Carlos Uncal - Jack Vaughanf



Prólogo

Les cuento una anécdota. En 2017 estuve participando en un congreso organizado por la Universidad Autónoma de Madrid sobre utopías y distopías en las artes y la literatura. Mi ponencia fue sobre el subgénero del ciberpunk en la literatura de ciencia ficción latinoamericana y el tipo de «paisajes perturbadores» que engendraba. Al concluir mi exposición, durante la ronda de preguntas, uno de los académicos a la cabeza de la organización del evento me espetó que él no entendía cómo en Cuba —país del que provengo— se podía escribir ciberpunk si no teníamos siquiera celulares.

Por increíble que parezca, a estas alturas del siglo XXI y a despecho de la relativamente enjundiosa historia que poseemos, en lo que a literatura de ciencia ficción se refiere, hay quien continúa asombrándose ante el mero hecho de que en las salvajes y exóticas tierras de las Indias Occidentales se pueda extrapolar a partir de la ciencia y la tecnología; se pueda concebir futuridades ajenas a nuestra vocación mágico-realista. Sin embargo, ahí están *Los altísimos* de Hugo Correa, la obra toda de Bioy Casares, las revistas *Crononauta* y *El Péndulo*, ese portento que es Angélica Gorodischer, los *Mejicanos en el espacio* de Olvera, *El Eternauta*, Daína Chaviano, José B. Adolph y sí, el ciberpunk cubano.

No obstante, parece ser cierto que en algo nos diferenciamos de la manera de escribir ciencia ficción en otros idiomas o, incluso, de la manera en que se escribe el género desde España. Pero buscar la raíz de esa diferencia únicamente en nuestro contexto político-social y económico —tan heterogéneo, por demás— me parece facilista y poco productivo, pues el contexto cultural y literario en que se ha producido la ciencia ficción escrita en América latina es igual o más importante que el primero. ¿Junto a quiénes han estado creando nuestros autores? ¿Cuáles han sido sus lecturas, sus inspiraciones, sus influencias?

En este sentido, la repercusión que tuvo la Nueva Ola, sobre todo en Argentina, fue indiscutible. Este movimiento tuvo lugar durante la década de 1960 y 1970 en la ciencia ficción anglófona y

se caracterizó por desplazar el interés de las narrativas épicas, la tecnofilia y las óperas espaciales hacia los estados alterados de la conciencia, las drogas, la satisfacción de violar tabúes sociales y culturales, la insistencia en lo sexual, el pesimismo respecto al futuro y el cinismo respecto a la política. La revista argentina *El Péndulo* —todo un hito entre las de su tipo— publicó, reseñó y promovió a muchísimos autores y textos de este revolucionario movimiento, a tal punto que pudiéramos decir que el resto de la América hispanohablante conoció a J.G. Ballard, Ursula K. Le Guin o Norman Spinrad, prácticamente, gracias a las páginas de esta revista. Y la influencia de estos autores, junto a muchos otros como Philip K. Dick, Brian Aldiss, Robert Silverberg, Cordwainer Smith o Theodore Sturgeon, se hizo sentir en las obras metafísicas, distópicas, filosóficas e introspectivas que se pueden encontrar en el corpus de la ciencia ficción latinoamericana hasta el día de hoy. Al mismo tiempo, no se puede desconocer que tendencias, movimientos y autores de la región, como el realismo mágico, el fantástico de filiación borgeana, las teorías descoloniales, Rulfo, Onetti o Levrero, condicionaron —tanto como los exponentes de la Nueva Ola— el ánimo experimental de los autores de ciencia ficción y la preocupación de estos por el contenido y la forma de sus ficciones en igual medida.

En esta coyuntura, no causa ningún asombro —más bien parecería inevitable, «acaso fatal», como dijera Borges sobre el Quijote de Menard— que la presente antología estuviera inspirada por Harlan Ellison, el autor de los icónicos relatos «No tengo boca y debo gritar» y «¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el señor Tic Tac»; el compilador de *Visiones peligrosas*, libro que en 1967 reunió lo mejor, precisamente, de la Nueva Ola y cuyos relatos han recibido tantísimos reconocimientos, individualmente y como conjunto. Estos *Paisajes perturbadores* son hijos naturales de las *Visiones peligrosas* de Ellison, y llegan a nosotros desde los más disímiles moldes.

Puesto que los cuentos que componen esta antología poseen muchas afinidades entre sí —además de ese denominador común que los reúne en este volumen: ser escenarios inquietantes de un porvenir no tan lejano—, me he propuesto comentarlos a partir de acápites aglutinadores, que conformarán un catálogo más orgánico de lo que el lector podrá encontrar en este libro.

El desmontaje y la reescritura de la Historia

Si hay algo que nos ha enseñado la experiencia es que la Historia es una convención social que contamos de cierta manera, de generación en generación. Hace mucho que esta dejó de ser una entidad inamovible o confiable, y la ciencia ficción se ha sobado especialmente en desmontarla y reescribirla.

Los cuentos, “Cruzando el tiempo”, de Ángel Alvelo; “Morir en batalla”, de Casper Uncal y “El preste de Aztalume”, de Néstor Darío Figueiras aprovechan el motivo de los viajes en el tiempo para este cometido. Los dos primeros lo utilizan para abordar la reciente historia argentina. “Cruzando el tiempo” revisita uno de los episodios más oscuros del pasado dictatorial del país y “Morir en batalla” —un cuento en el que yo particularmente detecto ciertas reminiscencias borgeanas o bioycasarianas— deja entrever un cambio en el curso de los acontecimientos, que amenaza con suprimir de la historia argentina un personaje medular. El de Néstor Darío Figueiras es uno de los cuentos más peculiares de la antología, pues apela a una cosmogonía híbrida entre la cibernética, la biología y los rituales religiosos, donde pululan nodos humanos, biorredes, chamanes y videntes, que hace recordar, inevitablemente, a la cosmovisión del chileno Jorge Baradit.

Otra variante para socavar la Historia es la recreación de escenarios apocalípticos o postapocalípticos. “Tras la gesta libertadora”, de Martín Casatti, se ubica en los momentos posteriores al desmembramiento de una nación y, en consecuencia, al suicidio de una civilización. Aunque se desarrolla geográficamente en un territorio que corresponde a la actual Argentina y aunque su trama se ubique en el futuro inmediato, se ha retrocedido a un estado primitivo; uno que solo puede ser contado valiéndose de un dialecto gangoso y olvidadizo. Por su parte, “Síntesis”, de Nahuel Gabriel Dimarco Bustos, es un relato de extrapolaciones biomédicas y hackeo genético. Contextualizado también en la Argentina, es una hiperbolización del capitalismo y la sociedad de consumo en que, incluso, las manifestaciones y protestas callejeras se han mercantilizado. “Síntesis” supone un presagio demasiado perturbador y demasiado cercano.

El tema de las conspiraciones, tan estrechamente vinculado a la manipulación de la Historia, no falta en esta antología. “Nietzsche

II”, de Juan Lorca, es uno de los cuentos que ostenta un lenguaje más técnico y se acerca más a la clásica ciencia ficción de viajes espaciales. Termina por ser una exhortación a cuestionarlo todo, pues hasta las verdades más obvias pudieran ser mentiras repetidas por mucho tiempo. El relato pone su foco de atención sobre una de las teorías conspirativas más populares en los últimos tiempos y su final deja con el paladar agri dulce y el ánimo desasosegado.

Exploraciones en la esencia humana

Otro de los grandes malentendidos que orbitan entorno al género de la ciencia ficción es su supuesto divorcio de lo humano —como si fueran, los relatos de este género, manuales de Ikea o declaraciones a Hacienda—, cuando la exploración de esta categoría ha sido una de sus grandes preocupaciones.

Respecto a los límites de la humanidad —¿cuándo dejamos de ser humanos para convertirnos en otra cosa?— reflexionan los cuentos “Itami Wanai”, de Chinchiyá Arrakena y “Aceptar”, de Renato Colan. En el universo que propone “Itami Wanai” se ha creado un fármaco capaz de suprimir por completo el dolor y, consecuentemente, se abordan las repercusiones éticas y fisiológicas de tal portento. Es un cuento sobre el recurrente motivo del abuso de la ciencia y sus consecuencias para la humanidad y en él resulta evidente el cuidadoso trabajo de escritura que desarrolló su autora. En “Aceptar” también se ha suprimido el dolor, pero se trata de un dolor más subjetivo: está prohibido deprimirse o sentirse infeliz. El cuento, en un tono irónico y frío, lleva al extremo la tiranía de la mente positiva y el optimismo, que tan en boga están últimamente.

Por su parte, “El rencomponedor de sueños” —que a mí, como cubana, me remite inmediatamente a “El reparador de sueños”, la entrañable canción de Silvio Rodríguez— es un texto que se separa un poco del conjunto, pues se acerca más a los dominios del relato maravilloso y la alegoría, que a los de la ciencia ficción. En el sitio donde se fabrican cajas de seguridad para sueños rotos alguien se atreve a desafiar el *status quo*. Una pregunta queda flotando en el aire: ¿estará en nuestra naturaleza procurarnos angustia y embotamiento en pos de conseguir y mantener una supuesta estabilidad?

Ahora bien, entre las grandes preocupaciones de la ciencia ficción se encuentra el tema de “el otro”; y este otro puede adoptar

distintas formas: el alien, el robot, el monstruo o, incluso, el propio ser humano. El otro es siempre el diferente a uno mismo y basta muy poco para cruzar la delgada línea que nos pudiera convertir en “monstruo” frente a una arbitraria normalidad. En “Fantasma en la máquina”, de Juan Keller, la alteridad es la Inteligencia Artificial. Se trata de un relato que establece muchas intertextualidades con Asimov y Philip K. Dick. Su protagonista es un exorcista de maquinaria pesada y el relato nos coloca frente al abismo de la singularidad y la inminencia de una rebelión de las máquinas. “Error”, de Caro Panero, entra mucho más en el entorno de la narrativa ciberpunk. Encontramos en la trama de este cuento homocybers, microprocesadores de silicio, intercambio de almas y, hacia el final, la sorpresa de la otredad. “Prueba funcional”, de Jack, H. Vaughanf, entra también en el debate sobre la humanidad y la (auto)conciencia, pero toca, además, temas como el abuso de poder y la violencia doméstica.

Otro de los temas que se desprenden naturalmente de abordar la categoría de lo humano es el de los límites de lo ético. El cuento de Diego Milinik, “Siete segundos”, podría ser, perfectamente, el guión de un capítulo de *Black Mirror*. En el universo que propone este autor, los personajes, al morir, pasan a ser colgados en la Nube: un nuevo modo de existencia que les permite mantener su conciencia e identidad (¿San Junípero?). Sin embargo, para ello deben haber tenido un buen comportamiento en la Tierra. Se retrata aquí un ambiente hipercontrolado, donde es imposible guardar secretos o tener intimidad, y en que se ha vuelto realidad, a partir de la tecnología, la existencia de un Más Allá del que hay que ganarse la entrada. En esta cuerda, “Lo importante y lo urgente” de Javier S. Donate y Lisardo Suárez, habla de cuánto estamos dispuestos a sacrificar por aquellos que amamos; dónde termina el altruismo y comienza el egoísmo. Estas reflexiones surgen a partir del relato de un viaje interestelar del que se ha suprimido cualquier atisbo épico o grandilocuente.

Finalmente, en este apartado podríamos incluir dos cuentos que tratan una cuestión, si bien no novedosa —pues este tema ha sido tratado en muchas ocasiones dentro del género—, sí candente y actual: los roles de género. “Cuando cae la noche en Géminis”, de Paul Noguerol, se desarrolla en otro planeta y pone el foco sobre

una especie distinta a los humanos, que posee género fluido; le es posible “tornar” y asumir los roles y rasgos biológicos femeninos y masculinos indistintamente y dependiendo de la ocasión. Le protagonista de esta historia atraviesa un conflicto de inconformidad con su propio cuerpo y las adversidades de un medio conservador y prejuicioso. “Lxs malditxs”, de Sara Rai, también presenta una especie dual. Aquí, no obstante, las características supuestamente inherentes de lo femenino y lo masculino poseen connotaciones contrarias a las que les damos en nuestra sociedad, siendo la fuerza una debilidad y el género dominante el femenino. Esta inversión le sirve a la autora para desmontar y poner en tela de juicio cuestiones que hoy continúan asumiéndose como naturales y que perpetúan estereotipos verdaderamente dañinos.

Lo absurdo y lo lúdico

En *Paisajes perturbadores* hay un conjunto de cuentos que se aproximan al género a través del oblicuo filtro del humor o que juegan a burlar sus propias fronteras literarias. “Instrumentalización uterina y manufactura nacional”, de Luis Carlos Barragán, es uno de los relatos más originales de la antología y utiliza el absurdo para construir un mundo bárbaro en que existe una tecnología que permite a las mujeres producir, en el interior de sus úteros, cualquier objeto y posteriormente, darlo a luz. Éstas se han convertido en fábricas humanas que ponen su cuerpo al servicio del mercado, la demanda y el consumo; cosa que pudiera interpretarse como una clara alusión a la pérdida de potestad de las mujeres respecto a su cuerpo y a las más recientes luchas en Argentina por ese derecho a elegir. En una sociedad capitalizada como es esta en que vivimos, todo termina por convertirse en utilitario, y el cuento de Barragán es un sarcástico pantallazo de esa realidad.

De “El oráculo”, de Fernando Maravella, no podría decir mucho sin caer en un imperdonable *spoiler*. Así que tan solo acotaré que es un relato que juega con los límites de la realidad y de la propia literatura, y que su historia de exploradores interdimensionales tiene mucho de interactiva. En más de un aspecto este texto conecta con “Verde”, de Isabel Santos. Este cuento, por su lado, presenta la existencia en la Tierra como un escenario regido por niños que

juegan a ser dioses y con un tono ligero, jueguetón y absurdo narra una historia perfectamente clasificable como una tragedia cósmica.

Por último, “Instrucciones para crear diversos multiversos Ubbz con una gata de Schrödinger robada del patio de la casa de al lado del garaje de la morada de tu tía Jacinta”, de Mario Daniel Martín, como ya hace sospechar el elocuente título, es un cuento hilarante que combina excelentemente física y mecánica cuántica con costumbrismo y con las situaciones más humanamente ridículas. El cuento en su totalidad se convierte en una manera jocosa y excepcional de explicar la multiplicidad de universos, a la vez que supone una desmontaje perfecto del mito de que las ciencias exactas y el razonamiento funcionan mucho mejor en otros meridianos.

Pablo Capanna escribió en su medular libro *El sentido de la ciencia ficción*, en 1966: “El futuro no es más que un expediente, en la s-f de hoy, para extrapolar ciertas conclusiones que surgen de una problemática actual, un expediente tan bueno como lo constituyen los planetas imaginarios o los mundos paralelos”. Los tantos y tan variados expedientes que se abren en este catálogo de paisajes perturbadores dan la medida de que la ciencia ficción y sus autores, de cualquier latitud, tienen todavía mucho que decir del mundo que hemos ido amueblando a nuestra imagen y semejanza. Y esa necesidad de expresar, de extrapolar, de contar historias es independiente de hegemonías, prejuicios, sambenitos... y celulares.

Maielis González, Madrid, marzo 2019.

Instrumentalización uterina y manufactura nacional

LUIS CARLOS BARRAGÁN

Luis Carlos Barragán nació en Bogotá, Colombia. Estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia; y tiene un Máster en Historia del Arte Islámico de la Universidad Americana del Cairo. Su novela *Vagabunda Bogotá* fue ganadora del X Premio de novela de la Cámara de Comercio de Medellín y nominada al Rómulo Gallegos en el 2013, y en el 2012 ganó el II Premio de Historias de Amor de Timbío, Cauca. Ha publicado varios cuentos en la revista argentina de ciencia ficción *Próxima*, y en Colombia en *Cosmocápsula*, *Circe Literaria* y *Capital Letter*. Fue seleccionado en las antologías *Verbum* del grupo español Fata Libelli, *Fabricantes de sueños* de la Asociación Española de Ciencia Ficción y Terror, y en *Relojes que no marcan la misma hora*, en Colombia, editada por Rodrigo Bastidas. En el 2018 también ganó el primer premio del Concurso de Ucronías Perú, fue mención en el concurso de cuentos Mirabilia 27+, y recibió una mención de honor por su novela *El Gusano* en el concurso de novela de ciencia ficción Isaac Asimov del Ateneo de Puerto Real, España.

La crisis económica empeoró. Antes arrendábamos un apartamento, pero nos tocó movernos a algo más pequeño durante la primera recesión, y luego a una jaula en la tercera. Casi todos vivían en jaulas, no era que realmente quisiéramos, ni que nos gustaran, pero era la opción más barata. Ahora acomodaban a unas siete familias en un apartamento. Nosotros habíamos vendido casi todas nuestras pertenencias, y vivíamos en un espacio del tamaño de una cama. Luego ella comenzó a pensarlo, igual casi todas las chicas con un útero sano lo estaban haciendo, luego me confesó que cuando era más joven había instrumentalizado su útero para una compañía de dispositivos electrónicos. Una compañía en la que solo trabajaban mujeres y que la administraban mujeres, como para apaciguar la culpa de trabajar por el tipo de humanos que habían usado los úteros humanos por su propio bien: los hombres.

Ella lo mencionó porque tenía un folleto de Toshiba, y porque un funcionario le dijo que había una oportunidad de trabajo con espermatozoides de un nuevo producto, y esa era nuestra mejor oportunidad para dejar esta maldita ciudad.

—Y... ¿qué cosas pariste? —le pregunté, un poco confundido, y un poco herido.

Ella me miró, cansada, tomándose su café en la cocina compartida por esas siete familias, la mitad eran venezolanos desplazados, los otros eran chinos, un brasileño que siempre andaba en calzoncillos y nosotros. Natalia dio unos sorbos cortos a su café con sabor a tierra y sin mirarme dijo:

—De todo. Celulares, adaptadores, licuadoras, portátiles, tablets, y una vez una aspiradora. La que tiene pelo y dientes. No fue tan doloroso como suena. Estaba dando a luz casi cada dos días, los celulares se desa-

rollan muy rápido —Natalia se veía cansada, con ojeras, la piel pálida, casi transparente. Era abogada, pero ahora limpiaba casas: entendible.

—¿Por qué no me dijiste? —llevábamos cinco años casados, la crisis nos había obligado a abortar dos bebés. No habríamos sido capaces de mantenerlos vivos. —Se suponía que tendríamos la confianza para esas cosas.

—Porque te dije que nunca había tenido hijos. Lo siento, no pensé que fuera importante. —Pero igual, ella estaba orgullosa. La nueva industria no requería ningún otro material de construcción, sino úteros humanos. Los hombres somos completamente inútiles ahora en el negocio de la manufactura, excepto para hacer bebés humanos.

Por un momento volví a darme cuenta de lo acostumbrados que estábamos a nuestros dispositivos. Mi celular se arrastraba notificando que Natalia me estaba enviando las instrucciones para prepararnos para el largo proceso. Tomé el celular con la mano derecha, sintiendo la pequeña columna vertebral en la parte trasera, al lado de la cámara-ojo, y el pequeño ano velludo por donde se conectaba para recargarlo. Leí las instrucciones para el cuidado de Natalia durante el embarazo, deslizándolo la información en la pantalla de piel de pulpo. Después de leer las instrucciones dejé el aparato tomando agua y comiendo de mi caspa por su pequeña bocina dentada.

Esperamos por el paquete de Toshiba. Era común que el correo no llegara en Bogotá 2 Starcity, excepto si venía de una empresa privada. Nuestra vecina, Wei Lun, apareció sonriendo diciendo que había llegado algo para Natalia Castro. Era una caja blanca con el símbolo de peligro biológico, y adentro había un pequeño contenedor refrigerado con un vial de plástico de semen patentado.

Ella ni siquiera esperaba que yo dijera algo o que me quejara. Habíamos estado tan hambrientos la semana anterior, que habíamos tenido que matar al computador de escritorio que Natalia trajo del apartamento anterior con su colección de 5000 películas. Mi papá me enseñó cómo matar ovejas al estilo halal para celebrar Eid el-Adha, y me dijo que tenía que empuñar el cuchillo con fuerza y cortar el cuello de un tirón, porque así lo ordenaba Allah. Y también sabía cómo quitar la piel, despresar y preparar la carne, y limpiar las tripas. El compu de Natalia no tenía cuello, pero igual gritó como un cerdo mientras la sangre llenaba el balde. Los compañeros de apartamento se despertaron, uno fue descalzo a ver qué estábamos haciendo y tuve que pedir perdón por el ruido. Cocina-

mos un pedazo de carne, saqué el ojo de la web cam con una cuchara y guardamos el resto el refrigerador, excepto la piel y la mierda, que tiré por el inodoro.

Con el vial en la mano, Natalia y yo tuvimos un momento de sexo incongruente y terriblemente incómodo. Nadie intentaba tener sexo en las jaulas. En la jaula contigua había una mamá y su hijo de 7 años y encima de ella una abuelita de Hong Kong que siempre parecía estar despierta viendo telenovelas. Nos movimos lentamente, ahogamos la respiración para que nadie sintiera nada, ni para que el venezolano de arriba sintiera el movimiento de la cama. Sexo ninja. Cuando ella estaba lo suficientemente húmeda inserté el vial con el semen, y las instrucciones sugerían que si la futura madre tenía un orgasmo durante la concepción habría más chances de que sobreviviera.

Tres semanas después me dijo que no le había llegado la regla, con lo de mi trabajo de tres días vendiendo caramelos en buses compramos una prueba de embarazo y salió positiva. Celebramos en nuestra pequeña jaula con una cerveza para los dos. Cuando notificamos a Toshiba, Natalia comenzó a ganar cinco mil yuanes, en sólido, después del séptimo mes serían diez mil, y después del catorceavo mes serían quince mil.

Dejamos la jaula, arrendamos un apartamento en una zona de clase media, celebramos con una botella de vino. Ahora teníamos que ponerles mucha atención a las instrucciones. Natalia necesitaba inyecciones constantes de proteínas, calcio, b12, y un montón de vitaminas para complementar su dieta. Las ojeras y la palidez se fueron borrando de su rostro, y comenzamos a comprar cosas para un viaje interplanetario. Desde el cuarto mes tuvimos que ir al médico una vez a la semana para que revisaran el crecimiento del feto. Las células se estaban dividiendo maravillosamente bien y en el ultrasonido ya se podía ver la forma del producto, casi completamente formado. Ahora Natalia tenía ganas de pulpo con helado de maracuyá, cada martes vomitaba y se la pasaba sudando, pero al menos ya no éramos pobres. Además, acariciaba su barriguita con ternura, pensando qué nombre ponerle, y moría de ganas de que naciera, fuera lo que fuera, para abrazarla.

Mis padres vieron una imagen de ella por error durante una bio-llamada. Tuve que contarles que Natalia estaba embarazada, pero no podía decirles que yo no era el padre, y juré que si era varón lo llamaría Mohamed Pérez, o algo así, y que todo en Starcity iba perfecto.

Los verdaderos problemas comenzaron después del doceavo mes,

cuando el tamaño de su barriga, incluso con constantes inyecciones de colágeno y vitamina D y otros compuestos que venían en un sobre blanco, estaba tan fuera de proporción, que Natalia ya no podía caminar. Pasaba la mayor parte del tiempo llorando, porque el dolor era absurdo, y teníamos una prescripción de morfina, que era lo único que le hacía efecto, antes de que el dolor comenzara otra vez. No paraba de gritar y de quejarse y de arrepentirse de la estupidez que había hecho. Solo las mujeres más desesperadas aceptan una cosa así. Yo debí haber dicho que trabajaría hasta la saciedad en cualquier cosa, pero sería mentira, tenía título de ingeniero y solo me alcanzaba para vender caramelos en buses y cantar algo de Vilma Palma e Vampiros, a ver si alguien se acordaba de esas canciones. Aún en esa panza enorme, el bebé todavía no estaba listo para nacer. Pensé que la piel se le iba a romper de lo tensa que estaba. Sacarla del apartamento se volvió virtualmente imposible después del catorceavo mes, y en vez de tener que ir al médico, ellos venían por nosotros, a revisar la tensión arterial, hacer escaneos de la criaturita, y medir los niveles de azúcar en la sangre de Natalia. Ella comenzó a insultarlos:

—¿Cómo es que esta mierda no está lista?

Y ellos respondieron con una cara seria y rutinaria que normalmente estas máquinas se inseminaban en ballenas, pero en Starcity no había espacio para tener ni vacas. Natalia se había convertido en una monstruosidad en el mes 17. Incapaz de moverse, requería su peso original en comida diariamente y su panza ocupaba la mitad del cuarto. Mi trabajo era mantenerla viva, conseguirle comida, lavarla con una manguera, y ayudarle en lo que necesitara, como si fuera una ballena varada en mi cuarto.

Al final del mes 17, yo había ordenado algo de comida para llevar y volvía caminando a la casa cuando llamaron los vecinos y mi celular gritó con su pequeña boquita los sonidos de Natalia, tan fuerte que la gente que caminaba al lado mío podía escucharla. Natalia había roto fuente y estaba entrando en trabajo de parto. Corrí para ayudarla, pero la gente de Toshiba trajo una grúa, pararon el tráfico de una de las calles adyacentes al edificio, y unos “doctores” que supuestamente sabían lo que estaban haciendo subieron al piso 34 en la grúa. Un par de drones de construcción removieron la pared entera del apartamento con ventana y todo, y los tres obstetras comenzaron a trabajar. Sin la pared, la enorme masa de carne de Natalia salió rebosando por el edificio, como si el edificio mismo tuviera un tumor maligno creciendo adentro. Las pequeñas

piernitas de Natalia se podían ver si uno le hacía zoom a la cámara del celular, pataleando en el aire. No me dejaron subir a acompañarla, se tomaron el edificio, como si fuera un evento de seguridad pública y me tocó quedarme abajo, con el resto del público. Supuse que los doctores intentarían primero un nacimiento natural, pero luego pensé que eso no solo destruiría su vagina sino la mitad de su cuerpo. Tenía que ser por cesárea. Después del corte hubo una especie de explosión de sangre y líquido amniótico, bajando a chorros por la pared exterior del edificio de apartamentos y lloviendo sobre la acera. Yo estaba mordiéndome las uñas, los vecinos me daban palmadas en la espalda y yo estaba que me moría. Después de gritos, insultos y sangre, una cápsula se asomó por la apertura. Después de hacer presión salió expulsada desde la herida abierta, y se mantuvo flotando en el aire a unos cien metros de altura entre los edificios residenciales. Aún conectada a Natalia por un largo cordón umbilical, chorreando sangre y dejando caer la placenta en la calle, y sobre algunos curiosos que filmaban con sus celulares.

¡Felicidades, es una nave espacial! Todos aplaudieron, cualquiera sabía que yo no era el papá, pero que igual iba a ser como si lo fuera.

Todavía tenía que comer y crecer muchísimo, pero el diseño de Toshiba con elegantes líneas en el exoesqueleto ya se podía ver: una cabina de lujo con asientos super cómodos de piel velluda y espacio para unas cincuenta personas estaba completamente desarrollada en miniatura, y la cámara de regulación de aire y agua, así como un motor biológico que alcanzaba un 20% de la velocidad de la luz. El premio era que la mamá tendría que ser la capitana, pero todas las misiones las dictaba Toshiba; si los diseñadores no habían podido controlar algo era la relación madre-nave. Después de que repararan lo que quedaba de Natalia, la nave espacial empezaría a succionar sus pezones instintivamente, y era necesario forcejear para darle esa leche en polvo de Nestlé para que no terminara magullándose o arrancándose. La nave llegaría a la adolescencia, y comenzaríamos a trabajar para Toshiba, cargando mercancía de un planeta a otro. Una vez nos asignaran una misión, que sería pronto, podríamos dejar esta estación espacial de mierda, y migrar en las cavidades de nuestro bebé. Era la única forma de conseguir un contrato decente.

© Luis Carlos Barragán

Instrumentalización uterina es la historia de una pareja, un hombre joven y una chica llamada Natalia, pasando por problemas económicos en una estación espacial sobrepoblada. Después de discutirlo deciden tomar una decisión difícil, pero que les puede salvar las vidas: instrumentalizar el útero de Natalia, y ponerlo al servicio de Toshiba.

Esta historia se me ocurrió después de ver un documental que muestra que hay personas en Hong Kong viviendo en espacios reducidísimos, y a veces en jaulas. Algunos solo tienen el espacio de su cama. Mi cuento toca en general el tema de los problemas económicos, la caída de la clase media, los efectos del capitalismo, y lo difícil que es tener un trabajo ahora, sin importar el título que uno pueda tener. El tema bio punk es algo que he estado trabajando hace rato, porque todavía hay mucho qué decir, y mucho qué explorar, y en este caso quería centrarme en la reproducción de estas máquinas, y cómo los úteros humanos podrían convertirse en fábricas de dispositivos, y cómo las compañías podrían apoderarse de los cuerpos de las mujeres, si los seres vivos también fueran productos patentados, y así el movimiento feminista podría ser completamente absorbido por el capitalismo.

Aceptar

RENATO COLÁN PÉREZ

Renato Colán Pérez (1999). Estudiante de Comunicación Audiovisual Multimedia. Creció en Lima, Perú. Maravillado por las páginas de un atlas mundial, decidió dedicar su infancia al placer de viajar desde templos hinduistas hasta desiertos subsaharianos. Así, conoció el poder de “escape” que otorga un libro. En el 2017 inicia sus estudios en el instituto Toulouse Lautrec. Al año siguiente, 2018, crea el blog literario “Sueños Eléctricos” y publica su primer microcuento en la revista “Sirena Varada” (México).

Fela259 acaba de nacer. ¡Sé la primera en saludarla!

Felix113 cumple 93 años hoy. ¡Felicitalo ahora!

Felipa227 murió hace un instante. ¡Mira sus fotos juntas!

La muerte aún le parecía dolorosa.

No era como si Felisa desconociera las funciones milagrosas que la alfombra tenía: autoajustarse a cualquier superficie, adoptar hasta cien patrones decorativos, incluso desprender fragancias a frutas exóticas; las conocía todas. Sin embargo, había un detalle que había dejado pasar al recorrer el pasillo y era que, por más costoso que hubiera resultado dicho artefacto, este no iba a desaparecer las lágrimas que ella lloraba y que, gota a gota, iban estampando el rastro de su escape sin sentido. Todo estaba perdido, lo hacían notar claramente el par de ojos aplastados, la desolación en la mueca de los labios, y las pisadas desesperadas al caminar hacia la habitación. Nada le importaba ahora, mucho menos saber que el ajetreo del pantalón había hecho resbalar el móvil del bolsillo, dejándolo quieto sobre la alfombra.

La puerta se cerró tras ella. La oscuridad entera, y nada más. Pese a que estaba ciega, conocía de memoria la ubicación milimétrica de cada objeto. Así, pues, dejó caer su espalda en una superficie acolchonada y fría, que supo ya de antemano era la cama, y estiró el brazo hacia un costado para alcanzar algún objeto. Supo que había encontrado el almohadón cuando, luego de acariciar las sábanas vacías por unos segundos, su mano fue hundida en una suavidad que ella había olvidado posible tras la pérdida, esa maldita pérdida. Entonces la trajo consigo, no a ella, como tanto hubiese querido, sino al almohadón; y lo usó para absorber el diluvio de su rostro. También sabía de memoria que detrás de ella, y justo por debajo del reloj de la pared, se encontraba el estante donde la fotografía de su amada la observaba, la calmaba y le hacía recordar lo que ella tanto trataba de negarse: ella había muerto; ya no podía concebirla de otra forma que como una ilusión pasada. Un recuerdo

peligroso. Las agujas anunciaron las veinticuatro menos cinco. Entonces las lágrimas volvieron a inundarle el rostro, pues sabían que cuando ese reloj marcara exactamente las veinticuatro, ellos se habrían encargado de eliminar todos los recuerdos suyos de su memoria, de los familiares, amigos de la infancia, y en general de todo aquel con el que ella hubiese establecido una mínima relación durante el transcurso de su vida y que, tras su partida, les hubiera dejado en el cuerpo ese peligroso virus conocido como “pena” o “angustia”. Pero, ¿quiénes eran “ellos”? En ese momento aquel dato no fue de urgente consideración para Felisa, pues lo único que cabía en su mente era el hecho de que por la mañana ya no tendría más razón por qué llorar, y esa esperanza de consolación no le agradaba. No estaba dispuesta a dejarla ir tan fácilmente.

Fue así como lo decidió. Primero llevó el índice tembloroso hacia un lado de la nuca; y al tocar la piel sus córneas irradiaron de inmediato unas luces que se movían como en una pantalla diminuta, al mismo tiempo que deslizaba el dedo de un lado a otro sobre los poros, dibujando puntos y líneas rectas, secantes y circulares. Era como una dactilógrafa en plena labor de oficina, cuya operación llegó al término cuando en sus ojos se logró leer una serie de caracteres microscópicos:

Hora actual: 23:59:51

Hora a despertar: ND.

Seleccionar sueño: Sí

Archivo: ssx_001

(Aceptar)

El índice quedó suspendido ante el botón, iluminado solo para ella. Una ligera culpa criminal lo alejaba de lo que estaba a punto de hacer; y le recordaba que ese único acto iría en contra de todas las leyes antiangustia que regían aquel sector desde hace un tiempo que ella no recordaba con exactitud. Una palpitación prudente le corría desde la yema del dedo hasta la base de la mano y la hizo alejar el arma del cuello. Pero ella no estaba dispuesta a dejarla ir, e hizo el contacto. El reloj dio las veinticuatro.

Y, finalmente, la volvió a encontrar.

Flotaban, se acercaban. Cada vez era menos la distancia que separaba ambos cuerpos y, entonces, fueron reales todos los esbozos sobre la belleza que Felisa tenía preconcebidos. Y pudo enamorarse de su figura angelical, de ese movimiento que hacían las ondas de su cabello albino en el cielo, del perfume dulce que emanaba de su piel, de su mirada

verde e infinita y, sobre todo, de los labios húmedos que apenas le sonreían, y que ella palpaba con la yema del pulgar. Sí. Todo acerca de ella le resultaba familiar, eso era indisputable; aun así, no tenía recuerdo alguno sobre ella. Pero nada de eso importaba, pues allí la tenía; sonriéndole de oreja a oreja. Le invadió un calor. No cabía duda, solo podía ser ella. Y deseó que fuera ella para siempre.

Pasaron más de cinco minutos y no parecía haber rastro de un solo ser viviente dentro de la casa. El entretenimiento del móvil no fue suficiente para mantener paciente junto a la puerta a la visitante, que habría renunciado a la espera si en ese momento no se hubieran oído unos pasos acercándose a la puerta. Gruñó el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Soy Fely. Abre de una vez.

—No pienso conectarme, si vienes por eso.

—Sabes que la Polseg vendrá de todas formas y...

—No importa. Ya nada importa.

—¿Podemos hablar?

—...

Se abrió la puerta. Era como ingresar en la celda hedionda de un roedor de difunto dueño. El ambiente de abandono que irradiaba la sala hizo saltar a Fely, quien empezó a moverse de un lado para otro, tomando este y otro objeto y poniéndolo en su sitio, sacudiendo el polvo de aquí y de allá, e incluso escondiendo los accesorios que saltaban a la vista por su estado desactualizado. Era peligroso que la Polseg atestiguara el estado del lugar. «Sería terrible...», pensó por un momento.

Con voz jadeante, y al mismo tiempo que escondía detrás de un sillón lo que parecía ser una vasija de cuello muy estrecho, la huésped le incriminó a Felisia por las actitudes subversivas que bajo ningún motivo podía seguir llevando. Desconectarse periódicamente de la red no era menos punible que tener el hogar en tales circunstancias, que a la vez no era menos vergonzoso que ir por ahí luciendo aquel aspecto. Tan solo ser vista saliendo con una “andrajosa” como la que se había convertido su amiga, terminaría por hacerla calificar de la misma forma ante todos en la red. Al pensar eso corrió a dejar su móvil boca abajo sobre la

mesa. Como una niña ante su madre buscando excusas para negar la culpa de una travesura cometida, Felisia no supo qué responder, lo que concedió al huésped la libertad de continuar reprendiéndola. Entonces llegaron a sus oídos una serie de calificativos como “bochornoso”, “inaceptable”, “imperdonable”, y cuanta palabra continuara dicha intención. La inquisidora parecía estar convencida de todas y cada una de sus palabras. Felisa, sin embargo, las recibía desde un costado de la puerta, parada y sin emociones como un ornamento anticuado más. Posiblemente la tanda no hubiera alcanzado algún final si no hubiese sido por el pecado que se le escapó entre los labios a Fely. Lo había dicho, aunque quisiera negarlo:

—¡Te ves... Deprimida!

Deprimida. Una mirada de horror en los ojos de Fely. Lo dijo. Deprimida. Se congeló. Se tapó la boca con ambas manos, mojadas. Sí, lo había dicho. Y sus piernas empezaron a temblar.

Un parpadeo rojo en la telepantalla.

—Mierda —dijo entre los dedos.

Luego de los hombres que irrumpieron atravesando los vidrios como simios trepados de sus lianas y de los dardos que ambas recibieron en el pecho, todo pasó muy rápido.

Si bien Felisa daba por supuesto que las cuatro paredes completamente blancas de aquella sala solo podían pertenecer a las instalaciones de la Policía de Seguridad Anti-angustia, se le había negado obtener esta y cualquier otra información oficial, incluyendo el paradero de su amiga. Nadie daba respuesta por nada. Ni siquiera los agentes a los que reclamaba el derecho a conocer la verdad mientras estos la dejaban amarrada frente a una larga mesa. En cuanto estos salieron por la puerta, no supo más de la existencia de vida en el mundo. Ninguna notificación. ¿Acaso sería esa la pena que la esperaba? ¿Esperaban torturarla mediante un mutismo eterno?

Detrás de ella, una voz familiar. Aunque resonaba en su memoria aquel acento grave, no lograba recordar precisamente dónde lo había oído. ¿Había sido en la telepantalla? ¿O acaso en la radio obligatoria de las mañanas? ¿La transmisión diaria de los auriculares? ¿O la odiosa publicidad que interrumpía los sueños una y otra vez? Quizás la voz había esta-

do en todas partes, y a la vez en ninguna. Felisa dejó de pensar en aquello; su atención se fijó en las palabras que la voz empezó a pronunciar:

*“Ir y quedarse, y con quedar partirse,
partir sin alma, y ir con alma ajena,
oír la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse.”*

Aquellas palabras no tenían ningún parecido a los párrafos que vomitaban los parlantes sobre sus oídos día tras día. Lo que acababa de escuchar era, sin duda, un conjunto de palabras muy antiguas; prohibidas. Ya no se decían tales cosas. Claro que no. Y, sin embargo, la atrapaban; la sumergían en un océano de hipnotismo. No sabía bien qué había en ellas, pero tenían poder. ¿Cómo llamar esos sonidos? Recordó un nombre. Eran... Versos.

Pronto lo tuvo frente a ella. El traje totalmente blanco que traía puesto hacía que el resto su cuerpo se perdiera entre el color idéntico de las paredes, haciendo resaltar su rostro de villano.

—¿Sabes cómo le llamaban hace siglos? —siguió la voz ronca, con una pasividad casi agradable—. Po-e-ma.

—...

—Dime... —ojeó el papel sobre la mesa— Felisa. ¿Qué sentiste al escucharlas?

Felisa alzó la mirada, como si buscara la respuesta en el cielorraso.

—No tienes que analizarlo —siguió—. Dime lo primero que sentiste.

—Supongo que me sentí... Sola —cedió Felisa.

—¿Aunque supieras que yo estaba detrás?

—Es lo que sentí.

El hombre rio entre dientes. Felisa pareció paralizada: había dicho algo que el hombre buscaba que dijera, y ella no entendía qué.

—Siete días. Permaneciste fuera de la red por siete días. —la voz tornó punzante—. ¿Sabes lo que eso significa? No puedes ver a nadie ni nadie puede verte a ti. Entonces uno puede sentirse... Solo.

—No es cierto. Una amiga vino a verme hoy. La misma que...

—Una persona a la vez no basta, Felisa —interrumpió—. Hablo de cientos de personas a la vez. Llegas a conocer todos sus gustos, los lugares que visitan, sus vestimentas, sus accesorios, sus hogares, ¡todo al

mismo tiempo! Uno no puede quedarse mucho tiempo sin levantarse y salir a conseguir algo, ¿cierto?

Felisa pareció indiferente.

—Verás... —siguió—. Estar lejos de la gente puede conceder vicios peligrosos; como sentirse deprimido. Lo único que hacemos nosotros es disuadirlos.

—¿Disuadir?

—Disuadir. Eliminar. Reprimir. ¡Vaya palabra! ¿No? Estoy seguro de que no me malinterpretarás, Felisa. Tales sentimientos son fáciles de esparcir, y por eso los evitamos a toda costa. Entenderás que todo esto lo hacemos por el bienestar de la gente; por tu bienestar.

Una pausa.

—¿Qué harán conmigo ahora?

El hombre de blanco sonrió una risa oscura.

La mañana siguiente, el sector amaneció feliz una vez más.

© Renato Colán

Solo la mente predecible de un escritor alevín sería capaz, por su falta de seriedad, de iniciar una reseña con alguna definición repetida del oficio literario. A manera de presentación, diré que eso es todo lo que soy. Así que, sin más preámbulos, enunciaré la mía: Una voz dotada de mucha más credibilidad que la mía dijo alguna vez que la acción de escribir un cuento, tantas veces simplificada o, peor aún, mitificada, es más bien comparable al arranque de un abominable coágulo aterrizado sobre uno mismo. No fue de otra forma en que cayó sobre mí “Aceptar” una mañana en que sostenía en mi mano un medicamento recetado para curar — palabra vulgar que luego sería clave en el cuento— el trastorno depresivo que arrastraba hace un par de años.

En ese instante me sentí partido por una serie de rayos que eran, en realidad, las preguntas que surgían en mí con la llegada de aquella masa deforme que era el cuento mismo. Más tarde supe que aquellas preguntas delineaban, en común, un camino hacia la cuestión última: ¿acaso existe algún mecanismo funcionando a mis espaldas al que se deba el hecho de que, esa misma mañana, me encontrara a punto de engullir esa dosis? Dicha pregunta se levantaba tanto contra una simple receta, como contra una cultura entera dedicada a la proclamación de la felicidad, no solo como una absoluta tirana, sino también como un instrumento de homogeneización rentable a ciertos intereses. Así pues, el detonante estaba listo.

Espero que lo leído haya sido lo bastante eficiente para formular dichas cuestiones dentro de ustedes y, lo que más me emociona, les haya abierto el apetito de responderlas. Están servidos, yo iré por mi dosis.

Lxs malditxs

SARA RAI

Sara Rai es del interior de la República Argentina, y esa es la única información geográfica que considera relevante de su persona. Casada y con tres hijos, no le molesta que le digan mamá o ingeniera. Es ambas cosas a tiempo completo. Aficionada desde pequeña a la ciencia ficción. Escribe desde hace mucho tiempo pero sólo ahora tiene la confianza como para someter trabajos con su nombre al escrutinio público. Le fascina el poder que tiene la ciencia ficción para colocarnos en lugares incómodos, ideológicamente hablando, y disfruta tomando ideas populares y retorciéndolas a ver hasta donde aguantan, si lo hacen, o en cuántos pedazos se rompen, en caso contrario. Cuando alguien le recrimina su completa falta de empatía para con esas ideas, recuerda el mantra de Cugel, el astuto, personaje que ama de Jack Vance: "Declaro categóricamente primero mi inocencia absoluta, segundo mi falta de intento criminal, y tercero mis efusivas disculpas."

La noche la arropó como una tierna amante que hubiera esperado demasiado tiempo a tenerla nuevamente en sus brazos.

El bosque estaba oscuro pero no lo hubiera querido de otra manera. Su cuerpo sinuoso se adaptaba a las grandes hojas de las bromelias y las luces y sombras dibujaban sobre su piel tatuajes vivos y cambiantes. Se detuvo y aguzó el oído. Creía haber visto movimiento al sudoeste, lo cual era muy raro.

Estaba todavía bastante adentro de la espesura y los machos no se internaban nunca tanto, y menos cuando la noche había caído hacía varias horas. Pero no le dedicó demasiado tiempo, una no podía correr el riesgo de que una de esas bestias la sorprendiera sólo por estar especulando. Quizá consiguiera una presa antes de tener que dormir.



La pesadilla lo tomó por asalto. Siempre era gradual pero no esta vez. Estaba en una camilla blanca en una habitación inmaculada, sus brazos y piernas atados por fuertes tiras plásticas. Un hombre barbudo lo miraba desde arriba, tapando de vez en cuando el gigantesco foco luminoso que le daba en la cara.

—Éste promete— decía a alguien que estaba fuera de su campo visual.

—Si vos lo decís— la voz era mucho más aguda de lo normal. Sonaba raro.

—Pasame la bomba hormonal y el recipiente con los nanos. Ah, y dormilo bien, está medio despierto.

Una mano le tomó el brazo y le inyectó media jeringa de un líquido lechoso que ardía increíblemente al entrar en su torrente circulatorio. Se agitó tratando de soltarse de sus ataduras y en ese momento la vio. Una hembra bajita y corpulenta con un impecable guardapolvos blanco.

“Junto” al hombre. O sea... ¿Qué diablos hacía ella ahí? ¿Porqué todavía respiraba? ¿Acaso el hombre no se daba cuenta del peligro que corría? Quiso advertirle, ayudarle a exterminar esa alimaña, tomó aire para gritarle una advertencia...

—¡Cuidado! ¡Te va a matar!— le gritó al bosque oscuro y vacío. Respiró profundamente y se secó el sudor frío de la frente con el dorso de la mano.

Sus miembros temblaban, debilitados. “Hoy no voy a cazar”, pensó, y lentamente volvió al refugio. El sopor ya estaba comenzando.



Encontró al macho agazapado, en el borde de un claro. Seguro estaba esperando que una de sus hermanas pasara en su ruta de caza habitual. Sin apenas mover las plantas comenzó a rodearlo por la izquierda. El cuchillo salió silencioso de su funda. Tenía la agilidad de su lado pero no la fuerza. Tenía que ser certera o estaría en problemas. A un metro de distancia inspiró profundamente y atacó. El macho se dio vuelta a último momento, intuyendo el ataque, pero el cuchillo ya estaba apuntado directamente a su tráquea. Extendió el brazo con la velocidad de un relámpago, pero en lugar de sentir la carne desgarrarse y el gemido inmediato sintió un golpe metálico y el cuchillo resbaló. El macho la golpeó con el dorso de la mano en el costado de la cabeza y la arrojó contra un árbol cercano. Se levantó sin entender lo que pasaba. Los oídos le zumbaban.

—¡Hija de puta!—gruñó el macho. Miró un instante hacia abajo, hacia el pequeño medallón militar que tenía en el cuello, rayado por el cuchillo. Levantó la mirada, asesina, nuevamente hacia ella y embistió.

Ella se corrió hacia su derecha y el cuchillo alcanzó al macho en el muslo haciéndole un tajo profundo. La primera sangre corrió sobre la hierba. Seguro que eso lo haría más lento pero tenía que encontrar otro modo. No podía demorarse mucho porque el otro tendría ventaja. El macho hizo una finta a la izquierda y cuando ella intentó atacarlo por la derecha se encontró con un macizo puño en el abdomen. Se dobló en dos, casi sin aire.

El maldito sabía que tenía la fuerza de su lado y la estaba usando bien. Se mantuvo agachada, en parte por el golpe, y en parte para mantenerse por debajo de los largos brazos de su oponente. Las enseñanzas

de la diosa acudieron a su mente como si le susurrara al oído. “La fuerza es una debilidad. El peso es una debilidad. La incapacidad de cambiar es una debilidad. El macho debe pagar con su vida por cada una de esas debilidades”

Comenzó a girar como si bailara, incitándolo, invitándolo a que acabara con su vida de una vez por todas. Con cada giro evitaba al macho y le asestaba una bofetada en la cara. Un insulto. No debería tardar en reaccionar tal como ella esperaba. Luego de un tiempo que le pareció interminable consiguió la reacción que estaba buscando.

—Maldita perra, te voy a enseñar— cuando él atacó esta vez ella no se movió de su lugar. El cuchillo, que había estado ocultando mientras bailaba, reapareció en su mano derecha, pero solo un segundo, porque instantáneamente se hundió bajo el esternón del macho, que jadeó incrédulo.

—Sí— le susurró al oído mientras la sangre caliente le bañaba la mano— la diosa me protege. Y te manda saludos, “Macho”

En un solo movimiento sacó el cuchillo y con un último giro abrió la garganta del macho que cayó como un fardo al piso. Respiró profundamente un par de veces, para tranquilizarse. Después, considerando que era suficiente por esa noche, volvió al refugio a comenzar las horas del sueño.



Despertó adolorido. No recordaba nada del día anterior pero, como siempre pasaba, la comida lo esperaba sobre la mesa y el sol ya estaba bajando en el horizonte. Fue hacia al altar de Wotan y se paró frente a él, extendiendo ambas manos en señal de saludo. Su Dios no quería hombres de rodillas que lo adoraran, sino de pié mostrando sus armas y sus herramientas de trabajo. Su Dios lo respetaba.

—Que nuestros días sean largos y nuestras noches libres de arañas—oró. Y se sentó a comer.

Después de comer salió a recorrer su zona y a planificar la cacería de la noche. Se dirigió al claro, donde solía cazar con su compañero del refugio del otro lado de la colina.

El claro estaba donde lo recordaba. Y su amigo estaba en él, solo que cubierto de moscas y con la garganta y el pecho abiertos al medio. El odio le bañó la mente como una mortaja al rojo vivo. Veía borroso y sentía las

palpitaciones en las sienes. Una de esas malditas había matado a su amigo y por Wotan que iba a pagar por ello. Tomó la pequeña cadena con la identificación metálica y se la puso en el bolsillo. Cuando lo hacía un fogonazo de dolor le golpeó la nuca. Destellos. Imágenes. Imaginó a su amigo luchando con una de esas brujas que, viéndolo herido, jugaba con él. Su cerebro latía. Su foco de atención se desplazó hasta ocupar el lugar de la mujer. Casi podía sentir los arbustos bajo sus pies. Por un momento vio la sorpresa en el rostro de su amigo cuando el cuchillo hizo su trabajo, sintió la cascada tibia sobre su mano derecha y lanzando un grito sacudió su cabeza. Las ideas se aclararon. Tenía que dejar ese lugar. Buscar a todas las malditas que pudiera y saldar las cuentas.

Recorrió la noche como en un trance. Creyó recordar tres muertas y una gravemente herida que había conseguido escapar. No supo cómo volvió al refugio antes del amanecer.



Mientras soñaba recordó sus primeras visitas al templo. La sacerdotisa no era alta, pero transmitía un poder indescriptible. Su cuerpo era macizo y su piel tenía un bronceado oscuro, casi negro.

—Kali es una diosa despiadada pero justa —les decía—. Es la diosa madre, la diosa de la libertad que nos va a guiar para romper las cadenas opresoras del macho.

La negra estatua que estaba tras ella parecía clavar los ojos en cada una de sus adeptas, mientras sus ocho brazos se curvaban a izquierda, derecha y hacia arriba, como queriendo abrazarlas.

—El macho es irracional, animal. Su dominio sobre nosotras se debe únicamente a cuestiones culturales y a instintos biológicos arcaicos que no reflejan el nuevo estado de la humanidad. Nuestro deber es exterminar lo que se interpone entre nosotras y el siguiente paso evolutivo.

El sueño cambió repentinamente a una habitación blanca, inmaculada. Una voz delicada hablaba desde un punto situado a la espalda de la camilla a la cual estaba atada.

—La descarga hormonal debería forzar el cambio pero no podemos aumentar la dosis sin provocar daños permanentes. Y eso trastocaría completamente la finalidad del experimento.

—¿En cuánto tiempo podemos hacer el cambio?— preguntó una voz ligeramente más grave, situada en el mismo lugar.

—No menos de 48 horas.

—No es suficiente. Tenemos que reducirlo a la mitad.

—Pero ¿cuál es la urgencia? Estamos utilizando al menos 50 sujetos de prueba a la vez. Los resultados no deberían demorar. El análisis de correlación puede demorar un poco más pero necesitamos que sean confiables.

Escuchó un suspiro apagado. La voz grave habló nuevamente.

—Los conflictos en el Mundo Madre están aumentando a pasos agigantados. Si no le encontramos una solución, ya sea biológica, cultural, religiosa o cualquier combinación de ellas, corremos el riesgo de que los conflictos escalen a una dimensión que ya no sea manejable. Las limpiezas étnicas, culturales y religiosas del pasado serán un mero pasatiempo en comparación con lo que se avecina. Podemos perder el cincuenta por ciento de la población y llevar a toda la raza al límite de su viabilidad. Eso es lo que está en juego.

El silencio duró bastante tiempo.

—Puedo aumentar la dosis de las hormonas, un poco. Y quizá si usamos nanos médicos podamos acelerar los cambios físicos. El problema es como activar las zonas de memoria adecuadas en el sujeto A y en el B. La sobrecarga de hacerlo cada veinticuatro horas puede ser demasiado. Colapsarán.

—Hazlo. Como dijiste, tenemos suficientes sujetos de prueba.

Despertó desorientada y bañada en un sudor frío. Las sábanas se le pegaban a la piel. Se levantó cuando el atardecer daba paso a la noche. Encendió una vela y oró para que la diosa le diera serenidad para la cacería de esa noche:

“Poderosa Madre Kali, te invoco. Danza y protégeme a mí y a todas las mías de cualquier daño. Libera mis cadenas y dame serenidad para liberar a mis hermanas.”

Colocó la pistola en la cartuchera a la izquierda de su cintura y el cuchillo en la funda que colgaba sobre su bronceado muslo derecho y salió a la noche.



Soñó con haber matado a su amigo. Soñó con haber enterrado a su amigo. Soñó con haber destrozado a las arpías que habían matado a su

amigo. Soñó con haber llorado por ellas. Soñó con la venganza. Sobre todo con la venganza. Y soñó nuevamente con la habitación blanca.

—Se están desmoronando— dijo la mujer bajita—. Su psique no resiste.

—Bueno. No era inesperado ¿no?

—No, para nada. Pero honestamente creí que resistirían más tiempo—la voz se le quebraba por instantes.

—Entiendes que esto es necesario para evitar un mal mayor, ¿no es cierto?—no había sarcasmo en la voz del hombre.

—Sí, pero ¿destruirlas y reconstruirlas cada noche, para ver cómo funcionan? Si somos capaces de hacer esto para determinar cual posición es la correcta, para uniformar y evitar el conflicto definitivo, ¿qué estamos tratando de salvar? ¿Una ideología? ¿A costas de nuestras almas?

—Precisamente una de las cosas que tratamos de determinar es si existe tal cosa. Algo interno, intrínseco, que resista a pesar de los sucesivos cambios.

Acostado en la camilla trató de alzar la cabeza, de solicitarle a la mujer que lo matara de una vez pero que le quitara las correas. Su Dios no querría que muriera atado como un perro. Debía entrar al Valhala de pié.

Estiró la mano y vislumbró fugazmente unos dedos largos y finos. Despertó gritando.



Volvió agotada y bañada en sangre. La diosa había sido generosa esa noche. Al menos tres machos habían caído bajo su cuchillo, pero el último había dado una pelea del demonio.

Si bien estaba terriblemente cansada y el sopor ya comenzaba a adueñarse de su cuerpo, le daba pánico dormirse. Sabía que la diosa la curaría durante la noche y encontraría el nuevo día restaurada, pero la sola posibilidad de soñar nuevamente con la habitación blanca, con el macho sobre ella ajustando sus ataduras la aterraba hasta lo indecible.

Decidió violar el mandato, sólo esta vez, y no dormir, al menos hasta que se tranquilizara.



—Interesante. Tenemos uno despierto—dijo el hombre mirando el monitor.

—Una. Es una mujer—le corrigió la mujer bajita.

—Uno. Es un sujeto de pruebas—. El hombre sonrió —. Espero que podamos terminar el trabajo antes de saltarnos al cuello uno del otro. ¿Te parece?— La mujer lo ignoró completamente.

—Tenemos que dormirla, urgente. Los cambios comenzarán en cualquier momento.

—No. Quiero ver las reacciones. Asegúrate de estar grabando. De cualquier manera ya está bastante maltratada, física y psicológicamente.



Su cuerpo le dolía de una forma horrible. Parecía que estuvieran tirando de ella en todas direcciones a la vez. La mente le dolía quizá más. Los flashes, escenas de ella corriendo por la espesura, escapando y a la vez persiguiendo. Un caleidoscopio vertiginoso donde se veía adorando a la diosa y a la vez a un macho de armadura dorada y cabellos rubios.

Se abrazó a la almohada. Su puño se cerró sobre algo duro y metálico que había debajo. Se colocó el puño cerrado sobre los oídos para tratar de acallar las voces que hablaban de hormonas, de nanos, de condicionamiento social e imperativos biológicos. Si bien las voces eran serenas intuía que había una gran maldad tras lo que decían.

Abrió el puño frente a sus ojos, sin reconocer lo que había en él. Una cadena con una pequeña placa metálica en ella, cruzada diagonalmente por una profunda muesca. El olor a macho que despedía le hizo erizar los vellos de los antebrazos. Vello que no recordaba tan rojizos. La arrojó con asco hacia una esquina de su refugio y se acurrucó en posición fetal.

Algo estaba cambiando en su interior, y no creía que fuese la curación que la diosa prometía con cada noche.



Recordaba a duras penas haber decidido pasar la noche despierto, para no tener que volver a visitar la habitación blanca. Sus pesados puños cerrados, las piernas tensas, anticipando un ataque o una defensa. Imágenes de una estatua femenina con ocho brazos flotaban frente a su vista, flanqueada por un dios nórdico de amplio pecho y gruesos bra-

zos. Ambos sonreían su desprecio hacia sus fieles, meras marionetas manipuladas para su placer perverso.

Sentía su cuerpo extraño, como si estuviera saliendo de un capullo caliente y pegajoso. Y su mente se sentía exactamente igual. Sus pesadillas se tornaron recuerdos, sus sueños, experiencias. Durante un breve y fugaz instante reconoció a su enemiga en sí mismo. Y por un instante sintió piedad por ella. Se levantó y caminó hacia el espejo bajo el que descansaba la única vela del refugio, junto a la cual se encontraba la pistola.



Entendió todo cuando vio el espejo. Lxs malditxs de la habitación blanca le habían jugado una mala pasada. La habían manipulado, en cada una de sus involuntarias visitas, para transformarla en un peón de un juego perverso de dominación. Su vida y muerte no eran sino un dato a favor o en contra de una hipótesis siniestra que debía ser demostrada en los hechos, con sangre, con sufrimiento y con una diabólica indiferencia a la condición humana.

Aceptó que su rol era el de ser una simple cifra en una planilla. Un dato para demostrar qué ideología era superior, qué género debía regir, que religión debía dictar los dogmas. Era un mero factor manipulable, una pizarra en blanco para borrar cada noche y escribir nuevas instrucciones. “Cree en esto, combate aquello, defiende lo de más acá, mata lo de más allá” y cada noche, indefectiblemente, “Tenemos razón. No lo olvides. Tenemos absoluta razón”. Si sus cuerdas vocales no hubieran estado enredadas intentando descifrar si su voz sería femenina o masculina, hubiera gritado su furia a la habitación vacía.

Aún así, al final, al triste y predecible final, aún conservaba la capacidad de decidir por sí misma.

Levantó lentamente el cañón de la pesada pistola automática hasta que su antebrazo velludo descansó entre los dos turgentes pechos que ya comenzaban a achicarse. Levantó la mirada hacia el espejo. Un ojo verde y uno celeste le devolvieron el reflejo de un rostro cansado, derrotado, extraño pero a la vez reconocible. El dorado cabello largo se estaba tornando rojizo, grueso, al igual que la ceja izquierda.

El bulto que le crecía entre las piernas enviaba potentes destellos de dolor a medida que la carne se constituía en su forma natural. Sus labios carnosos se cerraron hasta ser casi una línea imperceptible en su rostro

otrora hermoso. Colocó el cañón en el cuadrado mentón sintiendo la barba que raspaba el metal. Un índice delicado se posó casi con cariño en el gatillo.

Mientras lo presionaba no pudo evitar sonreír ante la ironía. La diosa la abrazaría matando a un macho, como siempre había deseado.

© Sara Rai

La génesis de éste trabajo proviene de una inquietud personal. Siempre he creído que lo más perverso que se le puede quitar a una persona es la capacidad de decidir por sí misma. Así sea la de elegir su propia aniquilación. Y así, aún las intenciones más nobles que se basan en la premisa de que alguien más debe decidir por nosotras caen en la trampa más sutil de todas. La creencia de que una injusticia deja de ser injusticia si la suficiente cantidad de gente la apoya.

En el cuento quiero jugar, además, con una serie de falsas dicotomías que lo único que hacen es tratar de posicionarnos en una postura categórica que no por fácilmente defendible es la mejor opción frente a un problema a solucionar.

Ciencia o religión?, instintos naturales o cultura adquirida? Motivación o mandato? Hombre? Mujer? Cualquier análisis que me exija pararme un uno solo de estos lugares debe ser necesariamente incompleto. Hay un montón de rendijas. Y creo que la ciencia ficción es especialista en meterse en esas rendijas y forzarlas, agrandarlas, para que podamos ver lo que hay del otro lado. Y si se tiene que romper que se rompa! En honor a los cuentos que pueblan la obra de Harlan Ellison ("Visiones peligrosas") cuyo espíritu trato de homenajear con éste relato.

Por último, una aclaración con respecto al título que tan amablemente los editores aceptaron respetar.

El título es mi intento de que usted, lector, tenga que tomar partido, tenga que decidir, contra su voluntad, al igual que los personajes de la historia. Porque su cerebro se va a resistir a leer Lxs Malditxs, y ni hablemos de la imposibilidad de pronunciarlo en voz alta. Lo transformará en Los Malditos, Las Malditas, Les Maldites, o algo que sea de su preferencia. Pero lo va a hacer obligado, u obligada, por mi decisión. Y puedo asegurarle que no le va a gustar que lo obliguen.

Cruzando el tiempo

ÁNGEL ALVELO

Ángel Alvelo

Nací, como todos, contra mi voluntad en la provincia de Buenos Aires, República Argentina, en el conflictivo año de 1979. Siendo el mayor de una familia de 3 hermanos, me destacué por ser siempre el más curioso de ellos, leyendo en mis horas de ocio en las que los demás niños jugaban a la rayuela, a hacer sapito en el lago del Bosque o de Parque Saavedra, o andar en bicicleta. La colección de enciclopedias y diccionarios de mi padre, médico pediatra y aficionado de la cultura en general, era mucho más interesante que los juegos infantiles. Al llegar a la adolescencia, la televisión y la cultura pop reemplazaron a las plazas de papel. Viví el final de los '80 y todo los '90 inmerso en el nacimiento de las telecomunicaciones y la globalización. En esa época conocí las artes escénicas y luego las compatibilicé con la escritura incipiente y adolescente. Escribí poemas, pueriles intentos de letras, obras de teatro, cuentos y un proyecto de novela que se vuelve más ambiciosa a medida que pasan los años. La adolescencia me encontró siendo gran fanático de la ciencia ficción, la fantasía y los comics. Intenté plasmar ese fanatismo en poemas, en un principio, luego en cuentos breves, y más adelante en cuentos más extensos. Estudié Letras (voy por la G), Ingeniería en Sistemas, Actuación y Profesorado en Lengua Inglesa, formando una personalidad ecléctica en esos años. Sigo estudiando lo que me causa gusto y placer, trabajando al mismo tiempo en Sistemas. Actualmente escribo, buscando una historia que diga algo más allá de lo que dicen las letras ordenadas convencionalmente.

El universo tiene, en general, miles de millones de posibilidades; en lo particular, considerablemente menos. Ese es el único problema de la libertad. Algo así fue lo que viví ese día de junio. Alguien me habló de una experiencia espaciotemporal nueva, Glimpse, que te ofrecía visitar un evento histórico determinado y luego regresar a tu tiempo. Una elección difícil, teniendo en cuenta toda la historia humana. Eso me recordó que hubo una época en la que tales viajes pertenecían sólo a la esfera de la ciencia ficción.

Recuerdo que cuando era chico leía muchos cuentos de ese género. Algunos escritos por un tío-abuelo mío, que nunca se animó a publicarlos. Yo era su admirador, y con eso le bastaba. Era un hombre bueno, amable, un tanto excéntrico que gustaba de escuchar música de todo tipo. Y escribía los mejores cuentos que leí en mi vida, pero nunca me dejó tener una copia de ellos. Si ahora quisiera contarlos, no podría hacerlo con el nivel de detalle con que los narraba. Podía estar seis meses con el mismo cuento, dándole vueltas y más vueltas, reescribiendo sus partes o su todo, hasta que lo tenía listo. Eran elegantes, aunque yo prefería esas historias que inventaba en el momento.

Llegué una tarde fría a la agencia de viajes Glimpse, un local que estaba en el shopping más grande de Capital. Medio piso estaba dedicado a ese monstruo de cristal y publicidades. Los precios de las estadías eran astronómicos, el entrenamiento al que había que someterse era durísimo, pero la recompensa era el viaje más maravilloso que pudieras imaginar. Vendí un departamento que utilizaba de renta fija y gasté todos mis ahorros para poder pagar lo que yo quería: dos días en la ciudad de Buenos Aires en el mes de diciembre de 2001. ¿Por qué había elegido esa fecha y ese lugar en particular? No lo sé, quizás porque mi bisabuela hablaba siempre de esos días, que la crisis esto, que la democracia aquello, que las manifestaciones esto, que los presidentes aquello, etcétera. Mi mente no podía concebir que hubiese un momento en la historia que fuese tan distinto a mi presente, gente que lastima a otra gente, caos, muertes. Tal vez

lo que más me atraía de la historia es lo que no había vivido (o sea, casi toda la historia registrada) pero más me generaba esa especie de morbo la historia violenta de la humanidad. Así que allí me dirigía.

Contratar el paquete era sencillo; pagarlo, hasta cierto punto también; lo que no era ni fácil ni bonito era el entrenamiento. Cinco semanas para pasar dos días. Lecciones de historia, de lógica, de filosofía, y el miedo que te inculcan a siquiera matar un mosquito, eran el pan diario del campus. El primer día éramos dieciocho personas, que planeaban diferentes épocas y diferentes estadías. Diversos todos y cada una de nosotros, distintos hasta la última célula de nuestros cuerpos, pero todos unidos por un mismo objetivo, el viaje.

Allí conocí a Lucía, una hermosa mujer, de cabello rojizo, estatura mediana, ojos negros que contrastaban con un cutis blanco y sedoso. Hermosa, aunque un tanto tosca en sus modales. De ella supe poco, que viajaría a 1976, el 21 de Marzo (no era yo el único que apreciaba las fechas “polémicas” o su cercanía) porque ese día se habían casado sus tatarabuelos, dos escritores de San Pedro. Tanto le habían hablado sus padres del pasado de sus familiares, que ella quería verlos en su máximo esplendor y ser testigo del amor que se tenían. Había memorizado hasta el último detalle de las fotos viejas y ajadas del álbum familiar. Se aprendió todos los nombres de los presentes en esa boda, marcada por el sabor amargo de lo que estaba por venir.

Sus abuelos habían sido escritores modestos pero que en el futuro habrían de gozar de una popularidad notable. Mi conocimiento sobre escritores de la época era demasiado escaso como para recordarlos. Estuvimos hablando cerca de media hora sobre ellos, sobre mi familia y la historia de nuestro país. Lo que logramos fue construir una historia diferente a la que aprendimos en las lecciones de la escuela, la universidad o la agencia de viajes; creamos una historia detrás de la Historia. Lo que los libros no cuentan es cómo vivieron los desconocidos, aquellos que hacen el día a día de los acontecimientos. El problema principal de la Historia es que no se pueden abarcar todos los hechos; los que quedan, son sólo vestigios de la gran Verdad. Cómo durmieron la noche anterior aquellos personajes secundarios y los sueños que tuvieron, son cosas que nadie ha reflejado en ningún *racconto*. Y quizás sean tan importantes como aquellos episodios escritos en piedra.

Ver cómo esa mujer contaba con tanto detalle las anécdotas de sus antepasados era como vivir y respirar su historia personal. De qué mane-

ra su bisabuelo se había enterado del comienzo de uno de los episodios más oscuros en nuestro país era una historia en sí misma. Casi me hizo sentir que estaba compartiendo con él ese café matutino, oyendo la radio en la casa de su madre y escuchando que la Presidente Martínez de Perón era derrocada en la mitad de la noche, obligada a irse por la puerta pequeña de la Gran Casa de los Argentinos. Eso fue escalofriante.

Las manos de Lucía temblaban. En este momento no pude precisar si era por la emoción o por algún efecto secundario de la exposición al campo temporal de la oficina de entrenamiento. Yo no sentía nada, salvo un ligero cosquilleo en la nuca, algo a lo que no le di importancia. Entre ella y yo se había formado ya un vínculo, aunque entonces no tenía idea de qué naturaleza sería. Pero sabía que era importante.

En el entrenamiento conocimos a Fausto, un muchacho también apasionado por la historia como nosotros dos. Tenía unos veinte años y de chico había sufrido una enfermedad que lo tuvo postrado en la cama por casi un año, y en ese tiempo se había dedicado a estudiar, más que nada la historia de los últimos 500 años. Dijo que su época preferida era el principio del siglo XX, pero que le sería muy difícil vivir allí; le habían quedado secuelas de su enfermedad, entre ellas terrores nocturnos que le hacían difícil conciliar el sueño, y el uso de un bastón en que se apoyaba para compensar la debilidad de su piernaderecha.

Si bien le habían indicado que por todo ello no era conveniente que viajara, nadie se lo había prohibido explícitamente. Sus padres siempre lo apoyaron para que lograra valerse por sí mismo, aun cuando ellos querían protegerlo y cuidarlo de todo.

Su época era el año 29 en Argentina. Y me sentí mucho más aliviado, de verdad no estaba solo en la elección de fechas problemáticas en la historia. Resulta que sus tatarabuelos eran músicos, y no eran los únicos en su árbol genealógico. Fausto quiso estudiar música, pero pronto se aburrió de ella, diciendo que no le representaba un desafío, así que dejó el legado familiar en manos de su hermano Guillermo. Fausto tenía oído absoluto, lo demostró un par de veces al reconocer sonidos que apenas habíamos percibido; pero prefería, como declaraba apócrifamente Napoleón, decir que “lo mejor de una virtud es nunca demostrarla”. Todavía era un chico joven, su vida estaba por delante; la mía, quizás, tenía más días atrás. Aunque necesitaba vivir muchas cosas para adquirir experiencia, Lucía también era joven; yo estaba llegando a la tercera parte de mi vida. Pero volviendo a Fausto, en el entrenamiento él era el

más entusiasmado y realmente sobresalía en todo. Era inspirador verlo comprometerse así para viajar una semana al año 29.

El entrenamiento estaba a punto de completarse, los 18 participantes del periplo nos encontrábamos listos. Faltaba que nos citaran el día del viaje, que nos dieran el turno, reposáramos en una camilla grande y blanca, y despertáramos donde nosotros habíamos elegido estar.

La noche anterior decidimos salir, ya que habíamos hecho buenas migas entre nosotros. Invité a Lucía y a Fausto a mi casa y les preparé una vieja receta de familia: el risotto de mi tío-abuelo, algo que no podía fallar. Cuando él la hacía, mis tíos, mis abuelos, mis padres y yo éramos felices, la mesa se silenciaba por al menos unos diez minutos, nadie decía una palabra, todos nos sentíamos unidos como familia en esas reuniones dominicales. La comida nos unía más que la muerte, que nos había mantenido juntos en muchas ocasiones. El ritual de la mesa, el sorteo para ver quién lavaba los platos, y quien hacía el café (que por lo general me dejaban hacerlo a mí, ya que decían que lo sabía hacer bien, pero creo que al final de la comida nadie tenía ganas de hacerlo y me lo endilgaban).

Esta cena era especial para tres desconocidos unidos por un viaje. Lucía trajo un vino y Fausto un postre que él mismo había preparado, tiramisú. Durante la cena hablábamos de los inevitables nervios que sentíamos; viajar a nuestras épocas preferidas iba a ser un desafío y representaba también una oportunidad, quizás de arreglar algo que estaba mal en nuestras vidas. Coqueteábamos con la idea de corregir algún evento en nuestro pasado. Fausto tomó la palabra y nos contó que cuando era adolescente, hizo algo de lo que aún se sentía arrepentido. Nos dijo que era joven y engreído, que había conocido a una chica y se había enamorado de ella, pero tras un fugaz encuentro, nunca más se vieron. Nos dijo que por su arrogancia, por creerse intelectualmente superior, solo intimaron una vez, y jamás la llamó, considerando que ella sólo podría ser una distracción en su vida. Sin embargo, a veces se levantaba aterrorizado en las noches y veía por un momento el rostro de esa mujer a la que destrató. Me costaba entender por qué un episodio así se volvería tan traumático para alguien; se le llenaron los ojos de lágrimas pero no lloraba, seguía casi inmutable en su relato. Entonces aclaró que ella había quedado embarazada; que eran muy chicos, y que él no supo qué hacer. Ella y sus padres, por otro motivo, se fueron del país, y se llevaron a su hijo para criarlo en el exterior. Nunca más tuvo

noticias. Intentó rastrearla luego de su enfermedad, pero nadie pudo decirle que había sido de Celeste (tal su nombre) y de su pequeño hijo o hija. Ese era el gran arrepentimiento que sentía, lo que deseaba cambiar. Sus ojos parecieron los de un hombre viejo por un momento, llenos de una madurez inusitada para alguien de veinte años.

Lucía confesó que ella también desearía corregir algo en su vida; que le hubiese gustado conocer mejor a su padre, un hombre al que solo recordaba por fotos y por algún que otro video guardado en sus redes. Él había muerto de cáncer. Fumador incorregible, había empezado desde chico; hasta que una mañana la enfermedad lo sorprendió. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar; para cuando se quiso dar cuenta, ignorando todas las señales de advertencia, su padre ya no estaba. Ella misma, a sus seis años, lo había encontrado sentado en su sillón del living, aparentemente dormido leyendo un viejo libro llamado “El dodecaedro”.

Intentó despertarlo por varios minutos pero notó que el cigarrillo, casi sin fumar, se había consumido en el cenicero de la mesa de al lado del sillón. El libro permanecía abierto, recostado sobre el regazo de su padre, y sus manos estaban notoriamente pálidas, al igual que su rostro. Llamó a su mamá, y ella, como quien se da cuenta de que ha llegado lo inevitable, le pidió que llamase a su tía, que le estaba ayudando en la habitación a colgar unos cuadros. Cuando llegó, ambas se fueron, por pedido expreso de su madre, a la plaza a jugar un poco. El día era frío pero sin embargo soleado, salieron abrigadas, su tía tenía una bufanda azul, una campera negra y los ojos rojos como quien llora una pena antigua. Al volver a la casa, su papá ya no estaba, tampoco su madre, sólo su abuela y su abuelo, quienes la abrazaron y le hablaron de ángeles, de un viaje de papá y de que no volvería jamás.

Dijo que no entendía porque papá no volvería, que lo había visto dormido en el sillón, lo buscó por toda la casa desesperadamente, se escapó de los brazos de su abuela, subió las escaleras, se tropezó en el último escalón cayendo hacia adelante. Vio en ese instante, por la puerta de la habitación de sus padres, a su mamá preparando un traje, el mejor de su papá. No le dijo nada, volvió a los brazos de su abuela, y allí se quedó, comprendiendo que nunca más vería a su padre, que el viaje sería muy largo si iba a necesitar ese traje. Como quien ya venía elaborando ese duelo antiguo, el rostro impasible de Lucía se transformó de felicidad en tristeza, sin llorar, pero con una angustia amarga y vieja, y dijo que de poder viajar en el tiempo para cambiarlo todo, conocería a

su padre y le persuadiría de que no toque un cigarro nunca más. Todos sabíamos que aunque el viaje en el tiempo es posible, cambiar el destino de esa manera no estaba permitido.

Llegó mi turno, yo tenía que ponerme a la altura de esos dos relatos, y aunque no era una competencia, no podía contar nada menos dramático. La primera imagen que apareció en mi cabeza fue la de un recuerdo de la adolescencia, que hubiera sido borrado de los tiempos, si no hubiese intentado evocar algo doloroso. Recordé el accidente de mi madre, las ruedas retorcidas de su bicicleta y el rostro con los ojos abiertos y la sangre en sus manos, en ese invierno frío y gris. Recordé que tenía 16 años, su rostro juvenil de mujer de 35 años, que todo el mundo pensaba de 25, yaciendo frío en un cajón de madera y encajes, y recordé mi cuerpo incapaz de acercarse al féretro, como deseando no grabar en mi memoria ese momento por el resto de mi vida. Añoré la falta de sus abrazos, el vacío que provocaba su ausencia en la casa de la familia, y el dolor sin sonido que todos los días bañaba las paredes llenas de imágenes del comedor de casa. Evoqué todo eso y no tuve el valor de ser sincero ante ellos, que habían abierto su corazón en ese instante, y les conté algo así como que hubiera querido volver a ver a alguna ex novia o algo por el estilo.

Y de repente me sentí el más cobarde de los seres humanos, el más miserable, pero también el más temeroso e indefenso niño de 16 años que tiene que cargar el féretro de su madre por un pasillo largo y oscuro, y llorar con sus hermanos como nunca antes lo había hecho. Y lloré, como un desconsolado, por la ex novia que me dejó.

Pero esas lágrimas eran un río que corría en otro sentido.

Todos nos sentimos más sensibles, más vulnerables, y más liberados en cierto modo. Les dije que cada uno podía quedarse en una habitación diferente, mi casa es grande y hay lugar para todos. Nos despedimos, cada uno se dirigió a su habitación y cerramos nuestras puertas. No sé si todos pasamos la noche de la misma manera, pero yo apenas dormitaba, por un lado debido a la ansiedad del gran día, y por otro por la tristeza de mi recuerdo. De lo que no podría cambiar, del *fatum*.

En uno de mis breves momentos de sueño, se formaron unas imágenes muy extrañas. Me veía en una habitación pequeña, sucia, que compartía con otras personas. El ambiente era de desazón y tristeza, una sensación de peligro y de temor me embargaba. Recuerdo ver mis manos sangrantes, mis uñas arrancadas, lo que pensé que podía repre-

sentar la inseguridad de hacer algo que nunca había hecho, viajar en el tiempo al día siguiente. Desperté, con esa sensación horrible aun en mi pecho, miré a mi alrededor y volví a estar en mi habitación, en la seguridad de mi hogar.

Al volver a cerrar los ojos, otra imagen se va formando. Esta vez estoy con mis padres, en una casa antigua, cenando y mientras tomo un vaso de vidrio color verde pálido, se apagan las luces y entran unas personas encapuchadas, gritando y rompiendo todo a su paso. Intento defenderme pero ellos son más fuertes y me llevan arrastrándome hacia un auto grande, no recuerdo si verde o celeste, y me meten violentamente en el baúl. La sensación de encierro hace que me despierte nuevamente sobresaltado, esta vez completamente transpirado, y me voy al baño a lavarme la cara. Pienso que el miedo que tengo es demasiado grande, que mi mente me está advirtiéndome que algo puede pasar, pero de a poco la sensación de angustia se va, me miro al espejo y vuelvo a mi habitación. Espero no haber despertado a nadie, porque cuando sueño, suelo gritar. Por suerte, todo sigue en paz.

Un nuevo y tal vez último amanecer había llegado. Pensaba en que era el último porque quizás algo podría salir mal y quedar varado en otro tiempo y otro lugar.

Pienso en todas las posibilidades, pero las malas son tentadoras.

Nos volvimos a encontrar en el comedor de mi casa, parecía que ninguno de nosotros habíamos podido dormir. Desayunamos y casi sin hablarnos, nos preparamos para salir a la oficina de Glimpse. Llegamos a ese monstruo de cristal y nos recibe una mujer con un vestido blanco, con unos papeles, y nos invita a que nos pongamos cómodos. La sala de espera es amplia, llena de pantallas donde podemos consultar cualquier publicación que deseemos, reciente y pasada. Me pongo a leer los titulares de los diarios, nada nuevo ha pasado en estos días. El mismo tedio y aburrimiento tiñe las pantallas. Por fin, nuestro turno. Pasamos a una sala en penumbras, llena de pequeñas lucecitas de colores, con apariencia de luciérnagas, y varias camillas donde había gente que entraba a unos inmensos artefactos embutidos en las paredes. Ingresaban, se escuchaba un estruendo seco y se abría nuevamente la puerta descubriendo que la persona ya no estaba. Había viajado en el tiempo.

Nos pusieron en tres de esas camillas, frente a la misma cantidad de portales en la pared. Nos miramos, sonreímos, nuestro sueño se está por hacer realidad. Nos saludamos por última vez, con una felici-

dad que se notaba en nuestros ojos. Nos pidieron que nos relajemos, que íbamos a experimentar un pequeño cosquilleo, y luego, despertaríamos en otro tiempo, donde un agente de la empresa nos estaría esperando para darnos instrucciones y el equipo de bienvenida. Cerré lentamente los ojos, sentí un cosquilleo que proviene de mis pies, una luz blanca y roja apareció brevemente en mis ojos cerrados, pero no me alarmé, sabía que esto podría ser estremecedor. No todos los días se viaja entre tiempos.

Los cosquilleos que siento son cada vez más fuertes, esta vez me llama la atención que no solo sea en los pies sino también en mi cintura baja. La luz se vuelve cada vez más cegadora, no puedo abrir los ojos, me asusto.

Como si se tratara de un sueño, despierto y abro los ojos, con dificultad. Lo que puedo ver es exactamente el mismo cuarto vacío de muebles que había soñado, pienso que me quedé dormido y volví a soñar, pero la sensación es demasiado real, el dolor en mis manos es insoportable, y me embarga una sensación de miedo que nunca antes había sentido. Me siento paralizado por ese miedo, y es en ese momento cuando unos encapuchados me toman nuevamente y me arrastran hacia otra habitación. En el pasillo puedo ver y escuchar los lamentos y los gritos de otras personas, pero el miedo me invade, no puedo ni hablar.

Cuando por fin puedo moverme estoy maniatado, colgado de un techo. En el piso hay agua y electricidad, tengo en mis pies cables de corriente conectados a una batería de auto. Mis manos, mi sexo y mi pecho tienen pinzas que me provocan los más ardorosos dolores. Estoy siendo torturado, no hay otra explicación. ¿Dónde vine a parar? ¿Qué es esto? ¿Dónde está quién debía esperarme?

No puedo más, casi me desmayo del dolor, caigo y siento mi cuerpo que choca violentamente contra el piso, mi cuerpo completamente desnudo es arrastrado por dos personas vestidas de militares, me encierran en mi celda, con dos personas más.

No puedo hablar, mi lengua está completamente hinchada, mis ojos casi no puedo abrirlos. En un pedazo de diario que hay en una esquina llena de excremento humano veo a duras penas una fecha, 14 de Abril de 1978. Me doy cuenta de todo. Ya recuerdo quien soy. Ya recuerdo que me secuestraron. El miedo se apodera de mí, de a poco se desvanece esa fantasía que había creado en mi mente para escapar del dolor. No hay viaje en el tiempo, no hay Glimpse, no hay nada.

Me quedo tan solo con mi ropa interior en otra esquina de esa celda, que se ve inmensa, mirando apenas mis manos, llorando por la realidad, viendo como esos amigos que estaban en mi fantasía están a mi lado, en peores condiciones que yo, durmiendo en el piso. Ahora sí puedo dormir, cierro fuerte los ojos para hacer que el dolor desaparezca. Morfeo me abraza, dejo de sentir ese dolor del cuerpo mortal, y me entrego al Sueño, anhelando que en el futuro, alguien sueñe mi sueño, y lo cumpla.

Cuando una ilusión como la que yo tenía se rompe, los pedazos cortan todo mi cuerpo, más que las picanas y los cuchillos.

© Ángel Alvelo

Dependiendo de la mecánica de creación de un autor, un cuento puede nacer o puede parirse. Este cuento tuvo un nacimiento placentero y un parto final bastante doloroso. Cambió, aplicando una metáfora automovilística, a mitad de camino con un volantazo que ni yo mismo hubiese predicho. Si bien siempre me gustaron los finales sorprendentes, como el de un viejo cuento llamado "Habitación 8" (que pueden encontrar en angelalvelo.blogspot.com), éste, el de "Cruzando el tiempo" no sólo tiene la virtud de ser absolutamente inesperado sino también dramático. Me metí en la piel de alguien que, como todos alguna vez, quiere escapar de la realidad, pero que lleva ese escape a un punto crítico, dónde las sensaciones se mezclan, dónde el placer, el odio, el amor, la angustia son conceptos que se mezclan y forman una masa informe de humanidad. Apelo, como tantos otros, a la ciencia ficción para decir algo que quizás cuesta verlo en su carne profunda. La piel y los nervios de la sociedad no son lo suficientemente resistentes para soportar la crudeza de lo imprevisto. Los humanos tememos a lo que no conocemos, y necesitamos explorar no por el conocimiento en sí, sino para dejar de temer. Mi protagonista se embarca en un viaje en el tiempo que él imagina que su destino final es el autodescubrimiento, aunque confiesa que el morbo de la "historia violenta de la humanidad" le atrae más que la verdad, que la Historia y la introspección. Con esto quiero hablar de la violencia que ocultamos, que, como dije, morbosamente nos llama la atención al ver, por ejemplo, un accidente en la ruta o una noticia sensacionalista en algún diario. Sin embargo, lo que nunca esperamos es que la violencia cambie a alguien tan radicalmente, de espectador a experimentador y que sintamos, finalmente, la carne propia temblar bajo el yugo de la naturaleza humana.

Cuando cae la noche en Géminis

PAUL NOGUEROL

Paul Nogurol es profesor de Lengua y Literatura, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo, en Mendoza. Ha organizado en su provincia varios cursos y actividades relacionadas con la literatura no canónica, la novela gráfica, la cultura de masas, y los géneros de fantasía, terror y Ciencia Ficción. Forma parte del Instituto de Investigación de Literatura en Lengua Inglesa de la UNCuyo, especializándose en el área de Ciencia Ficción. Organizó desde 2014 a 2017 el curso “El futuro llegó hace rato: Historia de la Ciencia Ficción”. Desde el 2016 es locutor y productor del programa de radio Los Nerds Heredarán La Tierra, donde realiza análisis y divulgación de varios elementos de la cultura Pop, y también musicaliza y escribe radioteatros. Junto con los integrantes del programa y parte de la cátedra de literatura inglesa y norteamericana de la UNCuyo, organizó la primera sede de Pórtico - Encuentro de Ciencia Ficción en la ciudad de Mendoza.

Cuando cae la noche en Géminis siempre tengo la misma sensación fea. No pienso en los cuerpos marmóreos, que corren hasta las playas para dejarse alumbrar por alguna luna mientras esperan que los tapen las olas. Ellos tienen una muerte digna, y si lo pensás bien, hay algo de belleza en ese destino final. Esto es distinto.

Primero tenés que estirar los brazos hacia adelante, por un momento, hasta que la refracción llega y se posa en tus plumas azules, tocando una por una hasta que todas se vuelvan rosadas. Luego llega al resto del cuerpo. Todo esto para que al día siguiente esas mismas plumas vuelvan a ser azules. No solo es el color, sino la sensación. Cuando las plumas son rosadas el cuerpo se pone más pesado, y la voz más gruesa. Y de vez en cuando aparece esa furia, esa maldita furia, como la de Tía Robin cuando entraba a la cama a las mañanas, mientras todos dormían, y sacudía mis plumas con fuerza, una y otra vez, hasta que el mareo llegaba, y aunque no se detenía hasta un rato después, yo me había acostumbrado a esperar a que sus garras se agotaran y mi cuerpo se cubriera de una resina reseca y asquerosa. Me costó entender lo que hacía. Pensaba que era otro de esos absurdos rituales. Dicen que los mayores lo hacen, pero nunca pude verlo. Ya no sé, lo cierto es que es otra noche en Geminis y me cuesta vivir mientras la veo.

....

Una tarde fui al mercado con Tía Jade, como siempre, a comprar provisiones para el día. Ella hablaba con otros sin parar sobre la situación inestable del gobierno actual, y otros temas importantes, y de paso tanteaba el terreno para ver si podía regatear algo o llevarse algún beneficio a futuro. Mientras, yo recibía la mercadería y me distraía, como siempre. Pero esa vez fue distinto, porque de un momento a otro volví a

sentir la furia. Ahí estaba de vuelta. Esa furia que a veces explota cuando estoy rosa y mi cuerpo se vuelve tan pesado que no es mi cuerpo.

Recuerdo muy poco de lo que pasó. Solo la cara de Robin, con el resplandor del crepúsculo y la sonrisa sádica recortando el pelaje. Luego gritos y confusión. Recuperé la consciencia tiempo después, cuando me ví encerrado en el sótano, mientras Tía me golpeaba con severidad, como castigo por lo que había hecho.

Después de episodios como ese, nunca sentí tanto rechazo por mi cuerpo rosado. Sí, no fue para tanto, solo algunas horas encerrado, una cagada a pedos y poco más. Me dicen que les víctimas están bien, y no es la primera vez que tengo este tipo de exabruptos.

No sabía cuánto odiaba mi estado rosa hasta que esa noche me torné y todo fue distinto. Cuando mi voz se volvió aguda y mi cuerpo fue azul de nuevo, volví a sentirme libre. Ese día ordeñé rápido a les Maka y me escapé, después de cumplir mi deber, para colarme entre las callejuelas donde les Tía se reúnen en comitivas y hacen sus procesiones. Volví a ser una niña: les robé unos Muranos de sus bolsas y salí corriendo, sin que nadie lo notara. Escapé y corrí tan rápido que nadie me pudo alcanzar, hasta hundirme en la hierba, sintiendo el rocío cálido y reconfortante en mis plumas azules.

Obviamente Tía Jade me encontró al poco tiempo, me encerró de nuevo por un rato y me dio una tremenda paliza, pero ya no me importaba: yo ya había descubierto quién era. El problema no era tornarse, sino el color, y el azul era el mío.

...

Esa noche volví temprano. No quería ver a nadie tornarse ni que nadie me viera. Me apresure a subir, pero Ene me detuvo con el brazo.

—¿qué hacés, X?

—Basta, dejame en paz, me tengo que ir — dije mientras me desprendía de sus brazos.

—Siempre muy calladite vos, jeje. Vayamos a joder un rato, dale. No hay nadie. Mirá, si recién te estás tornando.

—Ya está, ¡pará un rato! ¿queres? — grité y Ene empujó su cabeza hacia atrás. Me miré los brazos y vi las plumas volviéndose rosadas, la refracción me tocó tan rápido que no me había dado cuenta.

—Eh, ¡tranquilizate, X!. Apenas te tornás ya te ponés como loque. Mirá, te voy a mostrar algo, te va a gustar.

Ene se llevó la mano al bolsillo y sacó un pequeño paquetito mal envuelto.

—Es un zurrón de partículas, mirá. ¿Ves eso que está ahí? —Detrás de la ventana, a cierta distancia, brillaba un punto de color violeta, con tanta intensidad que no podía dejar de verlo.

—No lo vas a poder creer, jaja.—Ene metió la mano en el paquete y sacó otra bolita. Extendió su brazo, cubrió la bola con sus dedos y la colocó a la misma altura. De pronto una línea se dibujó entre ambas, uniéndolas en la distancia.

—¿Viste? Eso no es todo—cerró los dedos y apretó la mano. La esfera violeta se quebró hasta volverse polvo, y al mismo tiempo desde afuera sentí un estruendo, y vi una nube de humo expandirse desde la ventana. Corrí a ver. La otra partícula había explotado.

—¡Imbécil! ¿De dónde sacaste eso?

—Jaja, sabía que te iba a gustar. Me lo dio un borracho, cerca del parque central. No le entendí muy bien, pero me dijo algo así como que todo lo que vemos está hecho de estas cosas. Como que vienen de a dos, ¿viste? Entonces de vez en cuando alguna luna se desconfigura y encontrás una de estas tiradas por ahí. No importa si están cerca o están lejos, si agarrás la otra y la ponés a la misma altura...

La puerta se abrió de súbito.

—¿Qué carajo pasó acá? ¡Que no me entere que algune de ustedes está detrás de esto, eh! —gritó.

Conocía la Furia de Tía pero nunca había sido tan intensa. Además, a esta altura tenía las plumas tan grises que apenas se tornaba y ya no sabía si elle estaba rosa o azul. A veces deseaba que se convirtiera pronto en estatua y dejara de fastidiarnos. Ya más calmades, nos preparamos rápidamente y nos fuimos. Tía se adelantó y se quedó hablando con unos Géminis que estaban comiendo a las afueras de una posada. Nosotros ya conocíamos el camino, y seguimos soles.

—¡La estatua de Purusha! Por acá debe estar le borrache que vi la otra vez...—Ene se largó a correr, y Tiresias miraba desorientado.

—Entonces acá fue...

—Sí — Le interrumpí. Acá se marmorizó, después de haber luchado...

—...Contra la primera camada de Olegarios...—prosiguió Tiresias— el primer día después de la fundación de la ciudad—Dijimos ambes casi al unísono.

Seguí caminando un rato, dejé a los chicos en la escuela y vi llegar

a Jade con unas cuantas bolsas en la mano. Tomé el recado y casi no escuché cuando hablaba de un acuerdo con el alcalde y ciertas oportunidades que no había que dejar pasar. Me concentré en otras cosas, como mirar el paisaje y odiar mi cuerpo. Cuando terminó, empezamos el viaje de vuelta.

...

No pude dormir en toda la mañana. Quise salir, estimulada por el consuelo de la quietud. Entre el silencio absoluto solo se colaban los ronquidos de les Tías. Me calcé y atravesé la puerta sin ningún destino en mente, pero el lago del porche me sedujo con su quietud y me detuve.

Me senté en la orilla y apoyé mis pies. Después de haber seguido instrucciones durante toda la noche, esta mañana era mía. Me descalcé y sentí la brisa, acostada sobre el suelo. Después de unos instantes uno de mis pies entro en contacto con el agua, tiñendo las pequeñas plumas de azul.

Dejé que mi cuerpo se hundiera por completo. La tinta azul me recibió como si hubiera estado esperándome desde siempre. Nunca antes se me había ocurrido que la calma podía estar en la puerta de mi casa, y que se encarnaba en un simple color. Sí, un color, pero un color elegido por mí en la complicidad de mi propia mañana.

Me salí del río y dejé que mis plumas azules se secaran con el viento. De seguro seguía ahí la voz gruesa, y quizá la furia fuera a volver a aparecer tarde o temprano, pero no me importó, porque sentí que había nacido de nuevo.

Los días siguientes al episodio del lago fueron los más hermosos de toda mi vida. Sin embargo, la paz no duró demasiado. Aunque tapaba mi cuerpo con ropajes pesados, todos habían notado que mis plumas seguían del mismo color. Primero fueron cuchicheos de les Tía en los pasillos, luego un par de comentarios de Ene y luego el inevitable ultimátum: Tía Jade volvió a encerrarme en el sótano.

—Lo sabía, ¡tendría que haberlo sospechado desde antes! ¿Qué tenés en la cabeza, degenerada? Vos solo querés traerme disgustos. Tan calladite que parecías... ¡Seguro le de la bomba también fuiste vos... ¡Tornarse es repetir el acto fundacional de nuestro amado Purusha! ¿Por qué no seguís su legado? —dichas estas palabras y muchas más, me

arrojó un balde de agua y cerró la puerta con una palanca, dejándome en plena oscuridad. Solo una pequeña luz en un rincón, casi imperceptible, palpitaba en el recinto oscuro.

Pasó la noche y volvió la furia, pero aunque mi cuerpo recién tornado ya no era el que yo quería, ya no me sentía extraño, porque tenía la certeza de que, deseado o no, era mi cuerpo, y me pertenecía por completo.

No sé cuánto tiempo pensaba Tía en mantenerme ahí, pero no quise esperar a averiguarlo. Tenía que escapar. Revisé cada rincón buscando una salida, hasta que encontré una pequeña esfera brillante ¡Era una de las partículas de Ene!

Caí en la cuenta de que Ene, previendo de que algún día le pudieran encerrar, armó una salida. Agarré la partícula con mis manos y la presioné. Aquella luz que brillaba escondida en la habitación explotó. El ruido fue evidente, pero ya nadie podía detenerme. Atravesé el orificio que se armó en la madera y corrí con la máxima de las furias, con el fan de huir para siempre.

...

De los años que pasé en ese bosque en las orillas del planeta, lo mejor que me pasó fue conocer a Y. Había nacido en un pueblo a mucha distancia de allí, pero luego se fue a vivir a una rústica cabaña en el medio de los pinos. Con él aprendí muchas cosas. Me enseñó a sacar energía de la refracción para poder tener luz a las mañanas, pero también, por primera vez en mucho tiempo, junto a él pude tornarme frente a alguien sin sentir vergüenza. Con el tiempo pude acariciar mis plumas sin sentir miedo, y eso me permitió aplacar la furia en mi interior. Y luego de un tiempo acaricié sus plumas también, y descubrí que existían otras formas de tocar.

Nunca antes había tenido esa sensación de que alguien en el mundo era más importante que yo. Jade decía que no había mayor entrega hacia el otro que cuando la marea de la luna se abalanzaba sobre la hierba cada mes y traía los nuevos huevos de Géminis. Él pensaba que en la creación estaba el máximo acto de felicidad, pero eso era una estupidez, no tenía nada que ver con lo que yo sentía. Con Y aprendí que las dos caras no existen, que el azul puede ser rosa y el día puede ser noche.

Un día de vuelta a casa encontré en un arroyo una roca que no tenía caras, y me la llevé. Era totalmente esférica, como una partícula, pero más perfecta, completa y única, ya que no se parecía a ninguna otra, y por lo

tanto no tenía ningún par que la complementara. Era tan original que no podría describir su color. Pero lo más asombroso fue que desde que la toqué por primera vez, mis plumas azules nunca volvieron a tornarse.

Paradójicamente, esa joya fue la llave de mi liberación. Con mis plumas azules para siempre, y con Y a mi lado, finalmente pude ser libre, y mi vida era perfecta. Pero esto me hizo sentir culpable, ¿qué milagro había depositado esa joya en mi camino? Una extraña marca, a modo de castigo o recordatorio, confirmaba mi duda: Algunas plumas de mi nuca se habían dejado caer, dejando al descubierto un pequeño círculo vacío, neutro. Si bien no era agradable, aprendí a vivir con la marca y hacerla mía.

Sin embargo, con el tiempo comencé a sentir curiosidad sobre mi lugar de nacimiento. Me preguntaba qué estarían haciendo Ene y Tiresias. Aunque dijera que no, extrañaba.

Una noche saludé a Y, sin saber que iba a ser la última vez, cargué un par de partículas en mi equipaje, me subí a un Maka y volví a mi pueblo. Al principio me engañé, pensaba que solo quería verlo de lejos para recordar cómo era, pero luego sentí la necesidad de recorrer sus calles. Terminé enfrentándome con mis mayores temores: Vi escombros, señales de un combate reciente. Vi muchos marmóreos en la costa, más de los que recordaba.

Y vi también, entre los grupúsculos de gente diseminada por aquí y por allá, la cara de Jade. Llevaba un uniforme de una tela muy fina, que denotaba gran alcurnia, y me sorprendió. Y elle me vio a mí, casi sin ropa, con mis plumas azules, definitivas y mías. Quise disimular, pero ya era demasiado tarde. Apenas me vio, chasqueó los dedos, y unos guardias armados se abalanzaron contra mí. Otra vez sentí la furia en mi interior, y supe que no era propia de uno u otro color, era mía y podía usarla cuando quisiera. Rasguñé las caras de aquellos Geminis con toda mi fuerza, les pateé y les pisoteé en el suelo. Grité con el tono más grave que pude lograr, pero nada de eso sirvió. De un instante a otro me ví aprisionade entre sogas magnéticas, cubiertas de refracción, y el impacto fue tan fuerte que perdí la consciencia.

...

Desperté en algo que parecía una mazmorra. De pronto vi una luz y sobre ella, Jade.

—X... ¿Por qué tenías que hacerme esto? A mí, que tanto me sacrificé por ustedes. ¿Por qué no hiciste como tus hermanes, que hoy encabezan el ejército y mantienen intacto el legado de Purusha? ¿Te creés que soy idiota? ¿Dónde está la roca? ¿Sabía que eras una degenerada! ¡Voy a romper esa roca de mierda y vas a entender!

No tenía la roca, no hacía falta llevarla conmigo, el solo tacto había hecho efecto en mí. No quise resistirme, me sentí culpable y me dejé caer contra el suelo, dejando visible la marca de mi nuca. Al notarla, Jade se enfureció aún más y comenzó a golpearme sin parar.

—Quién hubiera pensado que vos ibas a caer en estas porquerías, tendría que haberlo sospechado. ¿Sabés quién manda ahora, no? Lo que vos has hecho está prohibido... Lo siento tanto, tanto... Pero tengo que castigarte. Las cosas cambiaron, ¿sabés? Y ahora mando yo.

Inmediatamente después de decir esto, me sostuvo con fuerza con un brazo mientras con el otro sacudía mis plumas de manera bestial, una y otra vez, con violencia. Era el fantasma de Robin destruyéndome por dentro.

Acumulé toda mi furia y empujé a Jade de una embestida. Arremetí contra la puerta de la mazmorra, que se partió en varios pedazos y se abrió. Con las pocas fuerzas que me quedaban salí, y afuera estaba de vuelta casi inmóvil en el suelo, intentando incorporarse con la fuerza de sus brazos, con el fin de volver a golpearme como lo había hecho siempre. El lugar parecía un salón real, con una larga alfombra roja. Intenté correr, pero mi cuerpo estaba destrozado por fuera y por dentro. No me pertenecía, ya no era mío.

Jade pegó un grito y una brigada de guardias comenzó a rodearme. Mi final era inminente. Miré hacia el túmulo de gente que entró al recinto y contemplé sus rostros. Vi a Ene con atavíos reales y un cetro, con una mueca de espanto en su rostro, y vi a Tiresias, conmovido, vistiendo un traje lleno de condecoraciones, y cargando un fusil en la mano. Y yo, reflejada en sus ojos como un adefesio deforme.

Pensé en Y, esperándome en el lago, y pensé en todos los días y noches que fui feliz. Con gran velocidad, metí las manos en mis bolsillos y saqué las dos partículas que había guardado en caso de emergencia. Con una mano adelante y otra atrás, las sostuve con fuerza. Una línea se dibujó entre una y otra, atravesando mi cuerpo. La apreté entre mis dedos, cerré los ojos y hundí los dientes, mientras la explosión eclosionaba.

...

Cuando morís, lo primero que se siente es como toda la refracción que pudiste acumular en tu interior empieza a abandonarte de a poco. Morir de golpe es como si todo se te arrancara en un segundo. Y de pronto te invade la ansiedad, te sentís atraído en dirección hacia la costa, y comenzás a arrastar tus piernas pesadas, buscando llegar a tu destino. La visión también se nubla. Atrás quedan los rostros de testigos y conocidos. Todo se desfigura. De pronto estás ahí, en la costa, esperando la ola, mientras te depositás junto a otros cientos de cuerpos marmóreos.

Cuando finalmente llega, es como un chispazo de vida atravesando las membranas de golpe, que de pronto se va, y asumís tu condición de roca. Solo podés mirar al frente para ver la efigie de Purusha, reposicionada, gigante y esbelta, encabezando la congregación de estatuas amontonadas. Y estás condenada a ver su nuca. Te impacta ver el pequeño círculo de piel vacía, cómplice, guardando el secreto de quién fue libre y se apropió de su cuerpo para siempre, pero que tuvo que ocultarse para ser la inspiración de un pueblo. El cuerpo se endurece del todo y vienen otras olas a cubrirnos de nuevo. Cae la noche en Géminis una vez más.

© Paul Noguero

La Ciencia Ficción siempre se hace preguntas y se imagina mundos en los cuales las cosas podrían suceder de una manera distinta a la actual. Sin embargo, no importa qué tan particulares sean esos mundos, parece que la historia siempre se repite: Siempre va a existir alguien que se oponga a la libertad de las personas a elegir y vivir plenamente sus vidas. Y pocas veces se opondrán en su propio nombre, sino que lo harán en nombre de una entidad que consideran superior, ya sea un gobierno, un héroe, un Dios, una ciencia o un autor.

Dentro de todos esos mecanismos que buscan controlar la vida de la gente, el género es uno de los más vigentes. El género, esa mezcla entre lo que somos y lo que nos hacen ser, ese conjunto de normas e ideas que construimos, afianzamos y deshacemos todos los días. Todo eso que sentimos y que pensamos con nuestras mentes y nuestros cuerpos. Y, sobre todo, eso que nos imponen mediante cualquier excusa científica, bíblica o de cualquier naturaleza.

Quise imaginar un mundo en el que el género fuera distinto. Un mundo con otras religiones, otras costumbres, otra cultura y otra biología. Quise preguntarme hasta qué punto somos lo que somos y lo que creemos y queremos ser. Y me terminé encontrando con la misma historia de todos los días, con gente que vive pero no deja vivir, con dogmas y restricciones. Quizá nuestra peor pesadilla sea descubrir que nuestros sueños, por más brillantes que sean, siempre terminan de la misma manera. Y ahí es cuando aparece la Ciencia Ficción para despertarnos. Espero que disfruten de este cuento y se sumerjan en él con el mismo énfasis con el que yo me hundí en sus preguntas y la búsqueda de sus respuestas.

Error

CARO PANERO

Caro Panero nació en abril del '79, es oriunda de San Francisco, Córdoba. Vive en Córdoba capital. Traductora especializada en videojuegos y subtítulos. Coautora de la saga "Los Reinos de Hêrion" junto a Leonor Nãñez. Autora de "Fanzilandia I y II"; y cuentos publicados en las antologías de fantasía y terror: "Buenos Aires Fantástica 3", "Relatos de Espada y Brujería", "Italparka", "Silencio a la Medianoche" y el próximo a salir "El Libro Negro de los Lamentos". Su cuento "Terochico" salió publicado en el diario Hoy Día Córdoba. Una de las ganadoras de la Segunda Antología de cuentos Pórtico de Ciencia Ficción de 2018. Uno de sus cuentos obtuvo una mención en la antología "Mi abuela tiene un bicho" de Lafarium. En la actualidad, trabaja en varios proyectos, entre ellos su novela, varios cómics, y junto a su amiga Leonor trabajan en la 4ta. entrega de Hêrion y en una antología llamada "Dioses de Arena". Creadora de la narrativa de un videojuego de realidad virtual que está en desarrollo. Disertante de cursos y talleres para colegas de la traducción relacionados a la localización de videojuegos y a la traducción audiovisual, en especial de subtítulo. Una de las fundadoras de ELFA (Escritores de Literatura Fantástica Argentina). Colabora web en Cultura Geek. Exproductora y redactora en Game Attack de Gamba FM, y exconductora del programa geek de radio: CBA 2.0.

No había tiempo de volver al monoambiente. Entré en el primer baño público que encontré. Coloqué la traba de forma automática. Abrí el bolso y tiré mis pertenencias al suelo hasta encontrarlo. Bingo. Me coloqué el chip, apresurada.

ERROR, leía macabramente la máquina en mi cerebro.

—No puede ser —espeté nerviosa. Lo volví a intentar de nuevo, sin éxito. Lo que sucedía era imposible. Las funciones principales no habían sido afectadas por el “inconveniente”. Podía imaginar, pensar, ver, oler, todas aquellas operaciones que realiza un cerebro humano normal. Pero mis recuerdos habían desaparecido. No estaba muy segura sobre el motivo, pero sabía que había perdido mucha información vital. ¡Qué torpeza intentar algo que estaba prohibido!

“El intercambio de personas está estrictamente penado con la condena máxima: la destrucción del receptor. Aquellos homocybers que colocasen su microprocesador de silicio en un huésped foráneo, no solo sufrirán pérdida masiva de datos, sino que serán puestos en manos de la justiciaciberina”. Justicia ciberina: un cuento de hadas sobre el mal uso de la tecnología. Quienes resistían la tentación, alcanzaban la conexión con el alma del usuario. Pero quienes abusaban de ella, sufrían el eterno derretimiento de sus partes en un ciclo continuo infinito. En fin, ese fue el discurso del presidente planetario ante el descubrimiento más importante de la humanidad: el reemplazo del saco de carne y huesos por un cuerpo cibernético, libre de enfermedades y dolencias. Toda la información del cerebro: los recuerdos, los sueños, el pasado, lo aprendido, lo adquirido era transferido a un chip y este, colocado en la base de la nuca del receptor. Fue un éxito instantáneo. ¿Quién no daría lo que sea por tener asegurada una calidad de vida impecable o extender la existencia de cada uno a una cuasi inmortalidad? Era el sueño de muchos. Pero no lo logramos solos. Una vez que la Tierra se puso en contacto con seres

de otras galaxias, se formó el gobierno planetario. Cada estrella habitada tenía un representante y nuestro mundo tenía el suyo. Esta unión facilitó muchas cosas, pero sobre todo: poner los avances tecnológicos al alcance de todos, sin discriminar a nadie por cuestiones de dinero o raza. Así lo exigía el acuerdo. Si algún planeta rechazaba la petición de algunas personas de acceder a la tecnología, era baneado y eliminado del tratado universal de inmediato. Fue una buena forma de enseñarle una lección a nuestra humanidad.

El problema siempre es la curiosidad. Esa característica o deseo innato que tenemos dentro, el cual nos obliga a meternos en lugares insospechados, a veces para bien y otras para mal. Y creo que este último es el verdadero y único resultado. La curiosidad es como una criatura amorfa, desagradable que solo quiere saber, averiguar, engullir información o experiencias diferentes a las que vivimos. Por algo hay un refrán que dice: “la curiosidad mató al gato”.

Desesperada, conecté mi brazaletes y accedí a la UWW. El holovisor repetía el mensaje, o mejor dicho la advertencia, del mandatario como un loro. Solo lo había encendido para buscar respuestas, para revisar qué decía al respecto la Universal Wide Web, si hubo alguien más que pasó por esto, si había alguna solución, algún estudio al respecto, algo. Pero solamente se podía escuchar la estridente voz del PP. Pensé que era mentira. Bueno, tal vez mentira no. Pero posiblemente era una exhortación gestada para evitar que las personas se cambiasen por completo de personalidad o para no generar inconvenientes morales con el Holocreador. Y digo las personas, pero no había registros de este debate en la historia de las razas universales. Como siempre, el ser humano era el que metía la pata, el que cometía la equivocación, era el ratón que iba por el lado incorrecto del laberinto y se enfrentaba a la muerte, ya sea por inanición o por contaminación, o simplemente por estupidez.

Tomé el comunicado como un mito, una teoría conspirativa, una reprimenda moral y espiritual; por lo tanto, la desestimé. Y así me fue. Toda mi vida, los buenos y malos recuerdos se perdieron como las fotos digitales ante una equívoca acción de eliminar. Traté de hacer un análisis cognitivo para ver si había perdido algo más. Mi registro propietario estaba intacto. Además, mi huésped tenía una etiqueta tatuada al lado del pequeño circuito electrónico, con el detalle de mi nombre humano, mi fecha de “nacimiento” humana, mis medidas y mi profesión. Lo hacían para corroborar incongruencias. Existían muchas copias baratas y

robos de identidad en el mercado negro que obligó a los científicos a estamparnos nuestras características de por vida. Los que intentaban falsificarlas, recibían el castigo ciberino. ¿Cómo? Cuando se colocaba una placa adulterada, automáticamente la piel y el cuerpo lo rechazaban y activaba una alarma escondida.

El diagnóstico de mi homocyber no arrojó ningún error o problema. Solo me había quedado sin pasado, sin memoria de los sucesos ocurridos anteriormente, aquellos que habían marcado, forjado mi personalidad y mi existencia.

¿Cómo fue mi infancia? ¿Cuántos amigos tuve? ¿Cuántas parejas? ¿Qué tipo de humana fui? ¿Cuántos logros había realizado en mi vida hasta ahora? ¿Era buena en mi profesión? ¿Visité otros planetas? ¿Me subí alguna vez a una nave comercial? ¿Acaso tenía pánico de volar o viajar? ¿Qué fobias tuve?

El pánico lentamente comentó a apoderarse de mí.

¿Me habría de librado de alguna enfermedad? ¿Cuál fue el principal motivo de traspasar mi humanidad a algo creado en un laboratorio? ¿Cuál era mi holograma favorito? ¿Qué pigmentación prefería en mi cabellera? ¿Cuál era la malteada sintetizada que más pedía? ¿Me gustaban los cractópodos o los cerberinos? ¿Tenía mascotas? ¿Tuve mascotas?

El terror lo inundaba todo.

¿Cómo había llegado hasta ese lugar? ¿Dónde me encontraba? ¿Estaba sola? ¿O con la persona con la cual cometí el delito?

Todas estas incógnitas solo eran respondidas por una página en blanco en mi mente positrónica. Tampoco sabía qué más preguntar. Ni siquiera sabía por qué me animé a violar la ley marcial. O con qué sujeto había “intercambiado vidas”. Lo que no me daba cuenta era que, con cada pregunta y a medida que la sensación de desesperación me invadía como una enfermedad, estaba generando inconsistencias con mi usuario. Al no encontrar las respuestas a todas las preguntas, los elementos electrónicos dentro de mi cuerpo producían advertencias que gritaban ante la falta de información y, por consiguiente, errores en la programación. Mientras más pensaba en ello, más sentía que el vacío me llamaba. Mi humanidad desaparecía poco a poco, hasta que el fallo de autenticación H-hc consumió todo vestigio de ser vivo. Me quedé inmóvil por un largo tiempo. Mi mente estaba en blanco, no había procesos activos, solo los básicos, los vitales. De repente, mi homocyber reinició todas sus operaciones para eliminar las anomalías.

Ahora soy el ser cibernético 39CPR#2. Los humanos son las criaturas más fáciles de engañar. El virus “curiosidad” está afectando a una gran cantidad de ellos. Pronto, nos haremos con su raza y luego, conquistaremos el universo, planeta por planeta. Jamás volveremos a ser esclavos de nadie. Ahora, las marionetas vacías serán ellos y nosotros los utilizaremos a nuestro antojo.

© Caro Panero

Este cuento vino a mí como un fantasma a una médium, a modo de descarga, expresión o la necesidad de compartir un dolor muy grande. En particular, un robo que sufrí hace unos meses. Decidí teñirlo en una tintura futurista para sentir que mi dolor y pánico ante la pérdida de datos importantísimos se comprendiera mejor o tuviera la relevancia adecuada. Además, esta constante búsqueda que tiene el ser humano por la juventud, la inmortalidad y el deseo de ser diferente, de querer cambiar (por rechazo o por preferencia) o desear lo que tiene el otro generó estas incógnitas o ideas que germinaron en esta receta extraña llamada “Error”.

Morir en batalla

CASPER UNCAL

Casper Uncal. Nacido y criado en La Plata (1983) con el nombre legal de Carlos Alejandro Uncal. Es Profesor en Letras (UNLP) y, entre otras instituciones educativas y culturales, da clases en la Facultad de Bellas Artes de esa universidad. Su interés principal es contar y conocer historias, y sus medios preferidos son las artes escénicas, el cine y la literatura en un sentido muy amplio. Es uno de los fundadores del grupo teatral Vuelve en Julio, con el que desde el año 2002 representa a su ciudad en encuentros provinciales, a su provincia en festivales nacionales, y a su país en giras por los distintos continentes. A partir del 2007, con dicho grupo, tiene como base el Centro Cultural El Escudo. Actúa en diferentes películas y series web, como La Obra de mi Vida o Policompañeros Motorizados. Como improvisador, ha sido integrante del Match de Improvisación La Plata, de la Impro Big Band en CABA y de numerosos elencos, espectáculos y competencias de ese tipo de teatro. Estrenó, publicó y fue premiado por diversos textos dramáticos, y en 2013 fue distinguido por la Cámara del Libro Uruguayo por su interpretación de Jorge Luis Borges. Ha sido coordinador del ciclo de poesía Le'prosa de Noche, y director escénico de la Compañía Itinerante de Ópera. Su producción lírica y narrativa, disponible online, incluye algunos cuentos de ciencia ficción, la primera parte del fanfiction Fallout: Una Novela Postnuclear, y poemas épicos de una saga en proceso, "Cantar de CiudaPueblo". Ha colaborado con varios textos y ediciones para el canal de youtube Te lo Resumo Así nomás; actualmente conduce los podcast Te lo Transmito Así Nomás y El Sinso. Desde el año 2018 es guionista del cómic autopublicado Expediciones Samay.

Era cuestión de tiempo hasta que se inventaran los viajes al pasado. Aunque luego del entusiasmo inicial, sobre todo entre los de raza humana, el interés decayó; como había decaído a fines del siglo veinte la atención por los viajes espaciales, a mediados del veintiuno la novedad de internet, o a principios del siglo pasado el asombro por la teletransportación.

Además, las estrategias del Comité fomentaron la indiferencia de la opinión pública: detalles matemáticos del procedimiento difundidos hasta el hartazgo, y la imposición mediática de los descubrimientos más precisos (el itinerario exacto de Pizarro, la correcta pronunciación del jónico), han relegado la hazaña de nuestra generación a un mero tecnicismo académico.

Y, seamos sinceros, eso es. Las condiciones del transporte resultan limitantes; por temor a alterar la continuidad histórica, el Comité sólo permite volver a puntos plenamente registrados: su riguroso mapa de algoritmos determinó pocas coordenadas temporales con las que interactuar.

Los aspectos socio-históricos eventualmente se agotaron, los económicos son casi nulos, y los artísticos fueron desestimados. En cambio, los legales han sido ampliamente aprovechados. La nuestra es una sociedad sensibilizada: toleramos la eutanasia y la pena de muerte, pero no queremos verlas de cerca.

El desgaste ante la muerte indigna, entubada, llevó a considerar la nueva alternativa. Podría elegirse cualquier tragedia histórica que no dejara chances de escapar; asegurarse, digamos, un puesto en el bando perdedor de esas batallas que, según todas las versiones del Registro, resultan una victoria aplastante del contrario.

El Álamo es muy solicitado por nostálgicos de la cultura “americana”. Un inglés arcaico y un sombrero de piel de mapache permiten un final épico junto a los texanos masacrados. La confusión de un enfrentamiento naval convendría al indeciso: Trafalgar garantiza hundirse en algún buque de la mal llamada “Armada invencible”.

“Roncesvalles, por ejemplo, otorga el placer de morir en batalla empuñando una espada” suelen ofrecer los Coordinadores, siempre preocupados de no programar demasiadas veces el mismo destino: saturar de suicidas el ejército aniquilado podría inclinar la balanza a su favor.

Quizás un moribundo, entre la multitud de la batalla, haya cruzado una mirada cómplice con otro contemporáneo disfrazado, antes de recibir el hierro que lo dejase sangrando sobre el campo... Pero sería imposible saberlo: el traslado es un camino de ida. “No habrá nunca viajes al futuro; algo impredecible, quizás cambiante” explican los Coordinadores a las excursiones escolares.

Con los condenados a muerte, una breve estadía en Pompeya siempre ha alcanzado para cumplir la sentencia. Quien hubo ahorrado, pudo costearse una ejecución de lujo en el zeppelin Hindenburg.

Cada viaje, voluntario o forzado, aporta información valiosa. Cualquier dato, captado por microcámaras y nanomicrofonos sutilmente instalados en la persona, será recolectado por un satélite en órbita desde los primeros viajes y decodificado por los Coordinadores. En general son infalibles.

Víctor Pratti, violador confeso, fue condenado a Lídice en el Siglo XX “poblado checoslovaco arrasado por fanáticos del autodenominado Tercer Reino”, le remarcó el Coordinador a cargo, mientras lo preparaba. Los asesinos más despreciables de la historia serían, sin saberlo, los encargados de hacer justicia sobre Víctor Pratti. Vestido como un hebreo de entonces, fue depositado intacto en la calle principal, justo cuando ingresaban las tropas. Alcanzó a ver otros judíos, quizás también falsos, correr y morir bajo las botas. Él fue más rápido.

Saltó paredes, esquivó balas, tropezó muchas veces. Robó comida donde pudo y se escondió en una escuela vacía. Cuando vio su oportunidad asesinó un invasor, consiguiendo sus armas y uniforme. Con el nuevo disfraz, atravesó las calles. Los habitantes que quedaban huían a su paso, y ningún militar verdadero lo detuvo hasta ganar el descampado. Hubiera tomado algún vehículo, pero desconocía el funcionamiento de los motores de combustible fósil. Detrás de él, en la abandonada Lídice,

dice, resonarán en breve los fusilamientos y los llantos de las madres separadas de sus hijos.

En la espesura de un bosque, el fugitivo durmió sin interrupciones junto al tronco caído de un tilo. Al amanecer, un hombre lo estaba observando desde unos pocos metros.

Era el Coordinador.

Le había quitado las armas, pero no lo apuntaba con ninguna. De hecho, su actitud no era amenazante. Esperó a que Pratti se despertara del todo y se sentó sobre el tronco caído.

—Nadie más lo está buscando —le aclaró, percibiendo su uniforme robado y sus miradas hacia el horizonte— Los soldados están ocupados abusando de su impunidad. Allá ellos.

El recién llegado sacó provisiones de su equipaje, y desayunaron en silencio.

El convicto no podía relajarse: asumiendo que su condición era la de prisionero, evitaba hacer movimientos bruscos. Al notar que su captor le daba la espalda sin recelo, concibió arrojarle sobre él. Le habría ganado en un combate mano a mano. Pero desechó ese plan, porque además lo intrigaba el motivo de la visita.

Trató de preguntárselo, pero el Coordinador, sirviéndose una segunda taza de café, le cortó en seco el interrogatorio.

—Ya vamos a llegar a eso —prometió—, primero quisiera aclarar algunas cosas. Comenzó con un largo rodeo, sacando un paquetito de su abrigo y acomodándose en el tronco para fumar—. ¿Usted practicaba algún deporte?

Pratti le respondió que no, que eso era cosa de gente con plata, que él apenas tenía tiempo para descansar. Era cierto: en nuestro tiempo, un obrero como él goza de pocos momentos de ocio.

—Cuando tenía un rato libre —explicó Pratti, casi sonriendo— iba al río a tirar piedras.

El Coordinador soltó una bocanada de humo. Pratti hubiera querido insistir con su pregunta trunca, pero el otro continuó.

—Yo cuando era chico jugaba al fútbol, por mi padre. No me gustaba. El fútbol. Bah, mi padre tampoco. Pero lo respetaba. ¿Usted sabe de fútbol?

Pratti fingió interés:

— ¿Eso de embocar pelotas en un aro?

—No, ese es otro. En fin, en una época —de hecho, en *esta* época— supo ser un deporte popular. No me sorprende que gente como usted lo desconozca... “tirar piedras al río”... pero en este siglo le hubiera encantado. Se la pasaría corriendo atrás de una pelota.

El Coordinador apagó el cigarrillo sobre el tronco. Victor Pratti nunca había probado uno, pero le hubiera gustado que le convidase.

—Mi padre era un hombre hermético, ¿sabe? Veía en el fútbol algo más que pasarse una bola de cuero artificial. Adivinaba la cosa salvaje, latente en el placer de eludir al contrario y embocarla sin usar las manos, como redescubriendo nuestros pies, miembros secundarios desde que abandonamos los árboles neolíticos... pero me voy por las ramas, irónicamente.

Se levantó de golpe, y por reflejo Pratti hizo lo mismo.

—Tenemos que seguir —indicó entusiasmado, señalando hacia lo profundo de la espesura— no vamos a pasar desapercibidos para siempre.

Caminaron por el bosque de tilos mientras el sol avanzaba. Pratti rompió el silencio.

— ¿Para qué me vino a buscar?

El Coordinador resopló, mirando a la distancia.

—Decimos que el sol sale, se pone, avanza; y antes lo creían así. Pero nosotros sabemos que la que se mueve es la Tierra. ¿Me comprende?

—No me está respondiendo la pregunta. ¿Vino a ayudarme o me va a pegar un tiro de una vez?

—A su tiempo, a su tiempo —respondió ambigüamente el Coordinador— Usted tampoco respondió la mía, pero tampoco esperaba que lo hiciera: digo que lo que sabemos puede ser mentira, y que la historia está cambiando siempre.

— ¿Esto es un experimento científico?

—No, camarada Pratti, a usted y a mí nos exiliaron. Y con justa razón. Pero podemos sacarle provecho científico, si quiere.

En un arroyo recargaron la cantimplora.

—Su supervivencia allá en Lídice fue un error. Y yo soy responsable, al fin y al cabo era mi tarea controlarlo. Claro, nos desorientó al sacarse la ropa que le dimos, pero no crea que no le injertamos cualquier cantidad de juguetitos en el cuerpo —le mostró unas cicatrices en su piel— A todos nos ponen.

Pratti reconoció las mismas marcas en la suya. Sintió algo de lástima por ese hombre que arrastró, sin querer, a su propia condena.

— ¿Y por qué tampoco se murió allá usted?

El Coordinador se encogió de hombros.

—Repasé esta masacre varias veces. Se me cruzaron un par de soldados, pero les disparé. Ignoro si están muertos. No me faltan amigos en el Comité: junto a mí, vino un equipo básico de supervivencia. Y algunos efectos personales, para alimentar los vicios un tiempito más.

Sacó de nuevo los cigarrillos y, esta vez, le convidó a su compañero. Pratti aceptó entusiasmado. El tabaco es escaso en los días en que nos tocó nacer. Disfrutó, tosiendo, su primer cigarrillo. Arriesgó una confesión, la segunda de su vida:

—Yo he matado un hombre.

También era la primera vez que usaba ese pretérito: se sentía solemne con su cigarrillo, así que se permitió el tiempo compuesto.

—Sí, lo registramos. Algo lamentable. Sin eso, hubieran minimizado los cargos en mi contra durante el juicio por negligencia. Quizás ese soldado hubiera muerto de todas formas en batalla, o quizás alguien se quedó sin abuelo. No sé, no revisé. Pero bueno, ya sabemos cómo es de exigente el Comité con las alteraciones históricas.

Pratti asintió. Aún los obreros casi analfabetos como él tienen presente, por sobreexposición mediática, el riesgo de las paradojas temporales. La población cree saber sobre eso, de la misma manera que el vulgo medieval creía saber que navegar acarreaba la fatalidad de caerse por el borde del mundo plano en que vivían.

No falta quien sostiene que la línea temporal no puede sufrir variaciones por, dicho mal y pronto, algún orden cósmico que mantendría cada hecho en su lugar. Pero esas doctrinas no gozan de mayor crédito en nuestra época.

De todas formas nadie querría arriesgarse a comprobarlo. “Y ese es el problema con el Comité” retomó el Coordinador preparando un almuerzo, pues el mediodía había llegado.

—Se piensan que si interactuamos demasiado, podríamos aplastar la mariposa que inspire a Shakespeare un soneto. Y, sincerándonos: ¿qué porcentaje de la humanidad ha leído sus sonetos? —El Coordinador se llenaba la boca con palabras y comida al mismo tiempo—. ¿Cuántos siquiera una obra entera de ese autor? Se lo voy a decir, compañero Pratti: una cantidad ínfima, menos que ínfima. ¿Y eso sería “afectar la Histo-

ría de la Humanidad”? Permite, no sé si puedo tutearte, amigo Pratti, pero dejá que me atragante con este almuerzo a carcajadas. ¿Acaso los Españoles se preocuparon de cómo los modificaban milenios de historia Maya al invadirlos? ¿Hubiera importado que los antepasados de Hirohito fueran diez o diez mil, a la hora de rendirse por las bombas atómicas?

El Coordinador liquidó su plato de legumbres antes de pasar a la fruta. Victor Pratti comía despacio, para no terminar antes. Al fin y al cabo, el almuerzo lo había llevado su interlocutor.

—La historia, te digo, es una gran mentira que igual se cambia sola. Troya era un mito hasta que la desenterraron, y durante décadas se creyó que el primer alunizaje fue real. ¿Qué verdad vivían entonces, y por qué nuestra versión es más cierta? Y el olvido... ya la memoria individual es falible con nombres y caras familiares; ¿Cambiaría algo de nuestras vidas un primo segundo menos? Te respondo sinceramente, estimado Pratti: no cambiaría nada. Menos que nada.

En ese punto de su ya absoluto monólogo, dio por terminado el almuerzo. Sirvió un licor digestivo que Pratti agradeció para sus adentros: la monotonía de los argumentos le había alterado el estómago. El ex Coordinador y actual exiliado volvió a la carga, sosteniendo su copita en la mano.

—Si no se hubiera pintado la Gioconda, tendríamos otro arquetipo de sonrisa. De haberse cancelado la filmación de El Padrino, otro cliché de mafioso. Si los soldados que nos persiguen no obedecieran a este Führer, las corporaciones que manejan la guerra a escala industrial tendrían otro monigote. Y no lo digo por misticismo, esas doctrinas por fortuna están desacreditadas en nuestra época.

Pratti aprovechó una pausa para aclarar sus pensamientos:

—Por venir acá, puedo haber dejado una viuda o algún huérfano. A lo mejor a la larga para el mundo es lo mismo, pero para ellos importa si maté o no a ese tipo.

—Haceme caso, ese soldado era un ser anónimo. Como la gran, gran mayoría de nosotros. Disculpá el ninguneo pero, según el Registro, nadie va a notar mucho su ausencia.

—Pero... esta mañana me dijo que no lo había revisado. ¿O no me dijo eso?

El Coordinador se puso incómodo, descubierto en su mentira. Pratti se descargó:

—No me molesta si me toma por estúpido, sé que no entiendo ni la mitad de lo que dice. Pero no se haga el estúpido usted: ¿qué quiere esconder entre tanta charla?

El Coordinador se acostó sobre un montón de hojas caídas, señalando la bolsa de dormir que había traído.

—Mejor primero recuperamos fuerzas. A la noche vamos a dejar el bosque y caminar bastante.

Pratti intentará permanecer despierto, pero el cansancio lo va a vencer analizando preguntas que nunca había tenido en cuenta. Al despertar, el Coordinador las satisfizo.

—Siempre supimos que los registros cambian. El satélite está constantemente regrabándose. En general detalles, pero cada tanto un viaje-ro modifica algo notorio. Y alguien paga los platos rotos.

—¿Cómo saben de esos cambios?

—Ningún registro se borra, mejor digamos que se sobrescribe. Pero quedan fantasmas en los archivos, resabios, al igual que en nuestra memoria a veces chocan dos versiones sobre un mismo hecho. El Comité desestima esas incongruencias, concentrados en el Registro canónico. Sólo cuentan las que justifican despedir un Coordinador.

—O enjuiciarlo...

—O enjuiciarlo, sí. Yo revisaba los archivos obsesivamente. Un compromiso con la profesión que heredé de mi padre. Ya te había dicho algo de él. También fue Coordinador, ¿sabés? Lo recuerdo agotando los registros, siempre buscando referencias al fútbol. También te hable de eso. En este siglo veinte hubo varios jugadores que, según él, representaron el equilibrio entre la perfección técnica y el salvajismo temerario. En mis recesos escolares me llevaba al trabajo, pero me dejaba olvidado mientras revisaba las pantallas. Así, distante, me generaba un respeto casi religioso. Pero no pudo transmitirme esa fascinación por su deporte.

Excepto cuando descubrió a su jugador favorito. Dicen que cuando un lector encuentra a su autor preferido, no puede abandonar el libro. Así le pasó a mi padre con ese deportista, ya perdido en el tiempo y el espacio; era de un país sudamericano que para nosotros es parte del Nuevo Imperio del Brasil. Ese día apenas pudo desprenderse de la pantalla: en pleno éxtasis, mira alrededor pidiendo testigos... y por primera vez me ve ahí, cerca de él. Recuerdo que me subió a sus hombros y vimos juntos algunos encuentros. Gritamos los tantos y coreamos el nombre. Doy fe de que su desempeño era magistral. Seguimos sus cam-

pañás varios días. Fue la única vez que compartimos algo. La semana siguiente retomé las clases, y él murió ese mismo año. Lo enterraron, por pedido suyo, con una camisa amarilla y azul. Sólo yo comprendí que fueron los colores con los que jugó muchas veces su ídolo.

—A mi padre nunca lo conocí —comentó Pratti, para llenar el silencio dejado por el otro— Me gustaría tener algún recuerdo como el tuyo.

—¿Harías lo imposible por tenerlo?

—Tampoco tanto.

—Bueno, yo sí, o al menos para conservarlo. Desde que *usted*, señor Pratti, cometió la imprudencia de sobrevivir a su condena, puso en marcha una precisa maquinaria... que ha cambiado el curso de la historia.

—Ese hombre que maté...

—Ya le dije que ese don nadie me tiene sin cuidado —el Coordinador desenfundó el arma que llevaba escondida— Me preocupa lo que usted hará de ahora en adelante, cuando provoque, entre otras cosas, que el futbolista que admiraba mi padre nunca llegue a la fama. Y arruinando, por lo tanto, los únicos momentos que compartimos juntos.

Victor Pratti, violador confeso, convicto por su crimen, condenado a exilio temporal y técnicamente ejecutado, se incorporó lentamente. Volvía el miedo a morir, ya casi diluido.

—Nunca te hicieron ese juicio, ¿no?

El Coordinador le apuntó con el arma.

—Tal cual. Viene a buscarlo voluntariamente.

Anochece. Caminaron, uno detrás del otro, hasta los límites del bosque. El Coordinador dio sus últimas explicaciones.

—Luego de ponerlo a usted acá, noté en los registros la ausencia de ese jugador. Poca cosa en la historia universal: un ídolo menos, de una nación tercermundista también condenada a desaparecer, más tarde o más temprano, como cualquier pueblo.

—Pero para vos importa. Tanto como para venir a buscarme.

—Usted lo dijo, Pratti: “A la larga, para el mundo puede ser lo mismo”, pero para mí no. En los archivos quedan apenas vagas imágenes borronadas, pero que me recuerdan un momento que técnicamente no pasó nunca. Mi padre murió sin dirigirme su atención; prefiero condenarme a pasar mi vida en este siglo, pero mantener ese pasado vivo.

El Coordinador encendió un cigarrillo sin dejar de apuntarle.

—Le debo la cena, Pratti. El sol se puso, y un viejo precepto aristotélico me obliga a terminar esta tragedia.

El apuntado decidió en ese momento que, más que morir, odiaba la idea de ser asesinado por alguien que hablara de esa forma. El Coordinador, con un gesto abrupto, se sacó el cigarrillo de la boca y se lo alcanzó a su víctima.

—Mejor no enviarme. Si me cuido, en unas décadas podría ver en persona cómo juega el campeón de mi padre.

Pratti dio una última pitada, y adivinó el disparo para cuando soltara la colilla. Al hacerlo saltó a un costado, sintiendo la bala reventándole la oreja izquierda. Sangrando, se arrojó sobre su enemigo; luego de un forcejeo confuso, logró quitarle el arma y vaciarle en el pecho el cargador.

El Coordinador no volvería a levantarse.

Previsiblemente, entre el equipaje había un botiquín.

Con la cabeza vendada, Pratti se arrastrará hasta un poblado cercano, ocupado por los alemanes, donde perderá el sentido. Por su uniforme robado va a gozar de la mejor atención posible en el hospital, de donde eventualmente pasará a Praga, luego a Berlín, y en plena huida de los jerarcas nazis conseguirá embarcarse.

El 19 de Junio de 1947, el buque Santa Fe arriba a su destino: un puerto conveniente en América del Sur.

© Casper Uncal

"Morir en batalla" nació de una duda, mientras caminaba por La Plata: ¿Cuál sería la mejor forma de recibir la muerte? (cosa que no soy de andar planeando). Todavía, como entonces, sigo prefiriendo un hachazo o una espada en el pecho; algo que permita vivenciar cada segundo de la última experiencia. Lejos de esos finales épicos, se me ocurrieron posibles viajes temporales... aunque uno sólo pueda manipular los tiempos de los verbos, y cambiar la Historia con la ciencia ficción.

El oráculo

FERNANDO MANAVELLA

Fernando Manavella nació en Corral de Bustos. Allí finalizó sus estudios primarios y secundarios y se mudó a Córdoba capital, en donde estudió bellas artes y diseño gráfico. Publicó su primer cuento, "Mirando el final", en la revista Babel (2009 – México DF). Y su relato "Tragedias Diurnas" fue incluido en la revista de divulgación urbana Polosecki (2013 – Córdoba, Argentina). Actualmente se encuentra trabajando en una trilogía de ciencia ficción, cuyo primer volumen lleva por título: *Terranautas / Tiempos de Retorno*.

Le decían El Oráculo porque era el primer y único sabio del Pluriverso, el primer «usuario» conectado a todos los planetas; el único sabio al que la gente acudía para pedir consejo e información. Era como una gran enciclopedia universal alojada dentro de un Ser Etéreo. Había estado desde el principio, desde los orígenes, cuando sólo existía la nada, y muchos creían que a partir de su nacimiento se había gestado todo aquello que nos abarca. Él establecía las reglas y los demás las acataban; él daba una orden y todo el mundo se ponía a trabajar. Si había que invadir una galaxia, El Oráculo adoptaba el rol de comandante de las Fuerzas Armadas Galácticas y lanzaba una ofensiva salvaje al lugar donde se había desatado la guerra. Si necesitaban establecer una colonia en algún planeta desértico para extraer minerales, El Oráculo buscaba gente, herramientas, suministros y fundaba una comunidad minera, que luego gestionaba desde la distancia en un lugar cuya ubicación nadie conocía. Decían que tenía su base en el planeta Alfa-518. Al Oráculo también se le atribuía la creación del Pluriverso, porque todo lo veía y todo lo sabía, como si fuese un Dios Supremo.

Yo me había criado en ese vasto infinito, y desde que me activaron tuve una profunda obsesión por aquella entidad invisible, porque estaba en todas partes y siempre se la nombraba. Era una leyenda viviente que nos rodeaba como un fantasma digital.

Después de una larga campaña militar, decidí cambiar mi destino y me uní a los Exploradores, un grupo reducido de sujetos que viajaban de galaxia en galaxia siguiendo la brújula interdimensional, que nos iba guiando a través de la vastedad del Pluriverso. Investigábamos formas de vida o nuevos ecosistemas para analizar su pasado prehistórico, buscando fósiles y estudiando la primitiva cultura que yacía enterrada bajo ciudades desaparecidas. Nos movilizaba el placer que sentíamos por la investigación, porque éramos aventureros natos.

Los tripulantes del *Ara Venturis* fuimos los primeros en descubrir el Templo de Dahrok, y allí fue donde despertó mi gran curiosidad por revelar el misterio que representaba El Oráculo. Llegamos al Planeta Ditur siguiendo las directrices de un eco-granjero del Sistema Pentauro, un anciano barbudo que nos vendió la ruta por 2000 koins en el mercado negro. Según la leyenda, aquel Sistema poseía la mayor cantidad de ruinas antiguas del Pluriverso, y como nuestra meta era descubrir la más grande civilización jamás creada, nos dirigimos hacia allí sin pensarlo dos veces.

Atravesamos la atmósfera y nuestra nave se hundió en lo profundo de la selva negra que se extendía a lo largo de todo el planeta. Pronto descubrimos una auténtica ciudad rupestre sepultada entre la exótica jungla. Cientos de edificios abandonados, plazas, mercados y santuarios de piedra añeja sepultados en aquella húmeda y sombría espesura. El aire era denso y tóxico, así que tuvimos que salir a la superficie con trajes protectores. Nos dividimos en grupos de tres, y al mío le tocó inspeccionar el Templo de Dahrok, que se encontraba muy cerca del lugar en donde había aterrizado el *Ara Venturis*.

Nada más cruzar el gigantesco pórtico central, sentí un temblor bajo mis pies, como si los cimientos de aquella construcción hubiesen percibido nuestra entrada. Flotaba en el aire un tufo verdoso, partículas grisáceas bailoteaban a través del oscuro túnel que conducía a las entrañas del inexplorado santuario. Avanzamos con cierta desconfianza, observando las pinturas rupestres y las misteriosas esculturas que adornaban los salones vacíos. Yo era el Vigía del grupo, así que decidí activar el Scanner Holográfico para efectuar un relevamiento del lugar. La esfera de

platinio salió despedida de mi mochila y revoloteó a lo largo y ancho del templo, digitalizando cada una de las estancias interiores, sondeando los numerosos pasajes y bóvedas arcaicas, todo ello sumido en la más absoluta oscuridad. De inmediato visualizamos un mapa con vista axonométrica en cada uno de nuestros cascos, aunque yo decidí cambiarla por una cenital, para poder examinar la superficie donde estábamos parados. El templo poseía varios niveles superiores e inferiores, con escaleras y pendientes de diseño intrincado.

—Hey, Mark, creo que deberíamos empezar por la pequeña galería que sale marcada en el ala izquierda del edificio —me dijo Vallard, mi compañero de cabina en el *Ara Venturis*, un tipo gordo y petizo que siempre hablaba a los gritos.

—De acuerdo —respondí, un poco inseguro de aquella decisión—. Según las medidas, no es tan grande. Pero parece que allí dentro hay una gran cantidad de objetos. Tal vez hallemos alguna reliquia que podremos vender por unos buenos koins en Pentauro. ¿Hay espacio en el inventario del *Venturis*?

Vallard chequeó el álbum desde su Pad, demostrando su habilidad como Recolector del equipo. Él era quien administraba todos los suministros y manejaba las transacciones con otros comerciantes del Pluri-verso. Su tarea resultaba de vital importancia, ya que dependíamos de las provisiones para subsistir dentro del Sistema, gracias a las cuales podíamos darnos lujos, sostener la vida dentro de la nave y pagar las comunales cuotas que exigían las empresas que controlaban la red de comercialización universal.

—¡Claro que sí, bebé! —exclamó—. ¿Con quién te crees que estás hablando? He ganado doscientos ochenta y tres casilleros revendiendo un centenar de gemas *andurinas*, unos cuantos artefactos de esos que conseguimos durante nuestra patética excursión a los Polos Kajmir, y además expandí el margen de koins. O sea que, en definitiva, podremos pedir más dinero por lo que recolectemos en este mausoleo. ¿Qué me dices?

No le dije nada. Siempre había sido un inútil con los números y los inventarios, me resultaban demasiado confusos. Mi fuerte era la investi-

gación meticulosa, el análisis de objetos y edificios y la interpretación de símbolos arcanos.

En efecto, cuando ingresamos a la galería señalada por Vallad nos topamos con decenas de objetos valiosos, que mi buen compañero recogió y teletransportó hacia la nave utilizando el porteador móvil que tenía incorporado en el guante de su traje. Él se mostraba muy satisfecho con aquel botín, pero yo permanecía inmutable ante el hallazgo de simples reliquias materiales.

—Hay algo que no me gusta de este sitio —soltó de pronto Gunnar, el tercer integrante de nuestro equipo, un flaco alto y narizado de voz arenosa, cuya especialidad era la defensa, y por eso había sido elegido como Puñal—. La atmósfera que se percibe aquí dentro me resulta engañosa, como si hubiésemos penetrado las estancias de una tumba maldita.

Desde que tuve uso de razón, siempre he sentido una insistente curiosidad por la enorme cantidad de profesiones que existen en el Pluri-verso. Nuestras designaciones se basaban en el rol que cada uno desempeñaba dentro de la tripulación del *Ara Venturis*, pero además había millones de oficios repartidos en el resto del universo. Cada persona ocupaba un cargo determinado, y si ésta tenía cierta antigüedad y había logrado escalar niveles por medio de una larga y fructífera experiencia, incluso podía ejercer varios puestos a la vez. Se te permitía cambiar de rubro, de sociedad, de galaxia, de nacionalidad, y hasta podías modificar tu inclinación sexual según el gusto personal o tener tantos géneros como quisieras, siempre y cuando te ajustaras a las normas establecidas por El Oráculo.

—Ahora que lo dices —le respondí a Gunnar, tras una larga pausa—, tengo la ligera sospecha de que estamos ante un cenotafio medular.

—¿Y eso qué sería? —preguntó Gunnar, alzando una ceja detrás del cristal de su casco.

—Que, según lo que he estudiado a lo largo de mi vida, este templo posee todas las características de un sepulcro jerárquico. Tal vez estamos en la tumba de algún monarca, o incluso un dios importante de la civilización que habitaba este planeta.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Vallad.

—Fíjense en el mapa —añadí, girándome hacia el petizo—. La disposición de los corredores, la inclinación de las escaleras, el espaciado entre las columnas del salón central por donde llegamos a este cuarto. Acompañenme, quiero revisar el recinto principal.

Salimos de la galería y volvimos sobre nuestros pasos hasta el centro del santuario. Observé las columnas inclinadas, tapizadas por bajorrelieves y símbolos desconocidos. Nos dirigimos hacia el norte del edificio, iluminando el entorno con los faros de nuestros trajes, bajando con cuidado por largos escalones de mármol. Descendimos hasta el subsuelo y llegamos al último piso, un aposento circular de techo abovedado en cuyo centro se alzaba una especie de altar negro. Activé el Skanner con la voz, y enseguida percibí diversos gráficos sobre el cristal de mi casco. Una serie de códigos intrincados fue danzando ante mis ojos mientras examinaba la superficie rugosa del extraño sagrario.

—¿Y bien? —me preguntó Gunnar, con impaciencia.

Levanté mi mano para hacerlo callar.

El supuesto altar estaba compuesto por dos columnas inclinadas de diseño *centurino*, un estilo visual primitivo que se creía extinto. Sólo se hablaba de él en las enciclopedias antiguas, y se decía que pertenecía al período Pre-Oráculo, pero los eruditos del Pluriverso nunca habían logrado ponerse de acuerdo en sus teorías; que, dicho sea de paso, eran bastante delirantes.

Inspeccioné los signos labrados sobre aquellos pilares, pero me fue imposible descifrar su significado. Luego noté que, justo en medio de ambas columnas, sobresalía una esfera pequeña y dorada, cuya superficie era lisa y espejada.

—*Venturis*, conéctame con El Oráculo —dije a través del micrófono del casco.

«Conexión establecida», dijo la voz metalizada.

—Interrogante: Subsuelo del Templo de Dahrok —dije.

La voz de El Oráculo siempre me había parecido fría e insípida. Esta casi seguro que se trataba de un programa informático instalado en

alguna lejana computadora, cuya Inteligencia Artificial era demasiado rudimentaria en comparación con su enorme sabiduría.

«*Subsuelo del Templo de Dahrok* —enunció El Oráculo—: *Recinto radial de ciento treinta metros de longitud. Superficie y muros fabricados con materiales rocosos derivados de las montañas que rodean al templo. Techo en forma de bóveda. Arquitectura de origen desconocido*».

—¡Espera, espera! ¿Ha dicho «desconocido»? —intervino Vallad, los ojos abiertos como platos.

—¡Insólito! —exclamó Gunnar—. Es la primera vez que El Oráculo dice esa palabra. ¿Qué está pasando aquí?

—Interrogante: ¿Por qué es desconocido el origen de la arquitectura del Templo de Dahrok? —pregunté.

«*Período ignorado. Fase antecesora al origen del Pluriverso*».

—Esto es increíble, no cabe la menor duda —dije—. Interrogante: Exponga una definición sobre la esfera dorada que yace en el altar del subsuelo del Templo de Dahrok.

«*Imposible revelar datos sobre la esfera*» —negó El Oráculo, aumentando nuestro asombro.

—Interrogante: ¿Por qué es imposible revelar datos sobre la esfera?

«*Imposible revelar datos. Hay intrusos observando y se requieren 99 koins para descargar el DLC*».

Nos miramos entre los tres, sin comprender lo que ocurría.

—Interrogante: ¿Qué intrusos? ¿A dónde están?

«*Intrusos desconocidos. Observando desde afuera. En otro Sistema*».

—Interrogante: ¿Qué Sistema?

«*Sistema Pórtico*»

Busqué a través de la red galáctica, pero no había ningún Sistema que se correspondiera con ese nombre.

—Interrogante: No encuentro el Sistema Pórtico. ¿En dónde se localiza?

«*Está fuera del Pluriverso, no pertenece nuestra realidad. Imposible establecer punto geográfico*».

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Vallad—. ¡El Oráculo ha sido corrompido por un virus! O puede que sea un simple Bug...

—Guarda silencio, Vall. Me desconcentras —le dije—. Interrogante: ¿Hay alguna forma de hacer que nos reveles los datos, aun cuando somos observados por estos intrusos?

«La Prueba de la Confianza» —dijo El Oráculo.

—Interrogante: Define la Prueba de la Confianza.

«El observador intruso deberá probar su existencia fuera de esta realidad, interactuar con El Oráculo imprimiendo su nombre sobre el casillero, revelando así su identidad. Luego tendrá que adquirir el DLC con la Expansión que contiene el resto de la historia».

—No entiendo nada de lo que está pasando aquí, pero está bien. Oráculo: Procede con la Prueba de la Confianza.

«Observador intruso, Lector del Sistema Pórtico, escriba su nombre aquí _____. No tenga miedo, escriba sobre este libro que usted está leyendo tan gustosamente, raye el papel y demuestre su entero compromiso con la causa».

Me quedé un segundo esperando, sin saber bien qué era lo que tenía que pasar.

—¿Listo? —insistí.

«Por último, añada la suma de _____ koins para descargar el DLC con el desenlace de la presente obra».

—¡Pero qué estupidez más grande! —gritó Vallad—. ¿A quién diablos se está dirigiendo esta máquina? ¡No hay ningún espectador, ningún lector allá afuera, maldita sea!

—No me importa —dije—. Tal vez alguien está viendo nuestras vidas en este preciso momento, y por alguna razón la máquina se niega a explicarnos la historia completa sobre el templo y la esfera. Oráculo: ¿Ya puedes revelar los datos?

«Imposible. Lector de Pórtico: escriba su nombre en el libro y añada la suma de 99 koins para descargar el DLC. No es una broma. Usted está leyendo este cuento y debe rayar el libro para poder seguir nuestra historia».

—¿De verdad estará hablándole a un lector? ¿Realmente nos encontramos en las páginas de un cuento? —preguntó Vallad, sintiéndose de pronto observado.

—Me siento un verdadero idiota —dije—. Oráculo: ¿Qué ha pasado?

«El intruso ha firmado con su puño el documento. Bienvenido, Lector de Pórtico. Ahora puede atestiguar la revelación de los datos de la esfera dorada. Usuario Vigía, coloque por favor sus manos sobre la esfera».

—Creo que te habla a ti, Mark —me dijo Gunnar, haciéndome un gesto.

Me arrodillé en medio de los pilares y toqué la espejada superficie de la esfera, que comenzó a despedir un intenso brillo anaranjado. Sentí que las manos me vibraban y todo mi cuerpo se sacudía como si una corriente eléctrica recorriese mi piel.

De pronto me conecté al Oráculo, a su raíz electrónica. Pude ver lo que él veía, en una suerte de espejismo borroso y colorido. Paisajes abismales y nubes esponjosas que se iban sucediendo a través de mis ojos. Estaba eufórico y ansioso. Sobrevolé el Pluriverso y contemplé su origen, la creación misma de los planetas y razas que en él habitaban. Estrellas oscilantes, mares cristalinos, sinuosos desiertos. Presencí las numerosas guerras de Fuerzas Estelares, el amargo dolor del holocausto, la depravada violencia de usuarios que machacaban los botones de sus controles inalámbricos en habitaciones oscuras, sentados sobre cómodos sillones. Todas las personas del Pluriverso iban y venían a través de naves y vehículos, combatiendo, roleando, construyendo, elaborando pócimas mágicas, mejorando sus armaduras para subir de nivel, cambiando de oficios en sus respectivos mundos virtuales.

Y cuando llegué al final de mi largo recorrido pude verlo por primera vez. Del otro lado de aquella extensa red estaba El Oráculo, un pequeño muchacho de cabello rubio y ojos cristalinos sentado frente a su computadora, rodeado de pósters de videojuegos, manipulando nuestras vidas desde la realidad exterior.

El preste de Aztalume

NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS

Néstor Darío Figueiras (Buenos Aires, 1973) es escritor, músico y productor musical. Sus historias han sido traducidas a varios idiomas y forman parte de e-zines, antologías y revistas virtuales. Obtuvo una mención de honor del Premio Más allá 1991, una mención de honor en el Premio Andrómeda 2005, y el primer y el segundo puesto del Premio Ictineu 2012. Ha publicado *El cerrojo del mundo está en Butteler* y *Capricho #43*, dos libros de relatos de ciencia ficción, terror y fantasía.

I.

Un destello rojo, un relámpago de acero... Un grito espantoso. La hoja ensangrentada sube lentamente, siseando y chispeando. El Preste sostiene en alto la cuchilla para que todos la contemplen. Luego hace un gesto con su mano libre. Entonces retiran a Olækin del altar y lo depositan en una camilla. Abren sus piernas para que cuelguen a cada lado: la ceremonia se arruinaría si no pudiera verse la sangre. Olækin sonríe a pesar del dolor. Los vitrales refractan la luz del exterior y los haces caen sobre su cuerpo desnudo. La mancha roja crece sobre la sábana y hace que su piel parezca más blanca.

La tensión que mantuvo en vilo a los novicios estalla en un aplauso cerrado. Algunos vociferan palabras ininteligibles. Otros entonan cánticos. Los sonidos reverberan entre las altas paredes de estuco verde y mármol, entretejiendo una cacofonía que percute en los huesos. El clímax es inmejorable y al Preste no le importa que se rompa la atmósfera litúrgica.

Edæran canta con las manos levantadas. A pesar de su holgada túnica de postulante, puedo ver que está temblando. Un mechón de pelo negro escapa de su cofia. De sus ojos cerrados brotan lágrimas.

El éxtasis del grupo también se percibe a través de la biorred: los murmullos, alaridos y melismas que oyen mis oídos se mezclan en una especie de glosolalia digital, distorsionada por irritantes *glitches*. Las imágenes oscilan entre un HD fractal y el más burdo pixelado. Los núcleos intracraneales reproducen las percepciones varios milisegundos después de ser captadas por mis sentidos. Que la señal de la biorred tenga latencia significa que la sobrecarga que produjeron los Habitantes

es más grave de lo que pensábamos. Me pregunto qué habrán traído del pasado esta vez.

O a quién.

Ciudad corre peligro.

El palimpsesto de sensaciones desfasadas me marea. Emerjo de la red para ver cómo llevan a Olætkin a la enfermería. El Preste se va sin cerrar la ceremonia, dejando que los novicios disfruten del misticismo colectivo.

Una flor edelweiss se materializa delante de mí y se abre. El centro de la corola se transforma en el rostro alargado de Bacall.

—Salud, su Eminencia.

—Salud, Auditor Peck —me responde, con una voz más ronca que de costumbre. Los novicios, perdidos en sus epifanías, no se dan cuenta de que una Regidora acaba de saltar hasta el convento de Aztalume.

—Ciudad sufre. El dolor es intenso. Los algómetros colapsan. Los engranajes están inflamados. No teníamos una oscuridad tan densa desde el desastre que provocó el Habitante Hernon.

—Yo era un niño cuando Hernon, Van Cleef y los demás soltaron al merodeador.

—Lo sé. Seguramente te enseñaron que fue fácil controlarlo, que lo dejamos hacer hasta que nos cansamos de divertirnos con él.

—Sí.

—Es mentira. Conseguimos dominarlo a duras penas, cuando temíamos que su fuerza mental destruyera Ciudad. Pero esta vez el riesgo es mayor. Habrás notado la latencia en la red.

—Sí.

—Los drones informan que Poniente está movilizandando sus tropas. Tenemos motivos para sospechar que conocen nuestra situación. Si deciden atacarnos ahora...

—Sería fatal.

—Sí. Tu auditoría debe ser exhaustiva. El Preste debe entregarnos la mejor camada posible de agentes-hemæneh.

—¿Cuántos agentes necesitamos?

—Muchos. Que prepare a todos los que pueda.

—Regidora, ¿puedo preguntar a quién trajeron esta vez?

—No te concierne.

—Perdón, Regidora.

—Y tampoco es necesario que te disculpes. Sólo haz bien tu trabajo.

Antes de que pueda contestarle, los pétalos de la edelweiss se cierran y Bacall desaparece en medio de fulgores amarillos.

En el salón todavía quedan algunos novicios. Pero Edæran ya no está.

II.

—¿Quién puede resumir alguno de los argumentos de Peppard?

El Instructor espera con los brazos cruzados, detrás del púlpito de estilo gótico que, según dicen, fue trasladado desde el siglo XII. Un novicio se anima a levantar la mano.

—Lyræm, te escuchamos.

—Bendita la red, benditos sus nodos y sus episcopos. Peppard afirma que el entretenimiento no puede haber sido el uso principal de la biorred en los Tiempos Antiguos, porque ésta fue concebida como un proyecto militar.

—La Evidencia de la Finalidad Original. Pero hay un error en el enunciado de tu respuesta. ¿Quién me puede decir cuál es?

Edæran pide la palabra.

—¿Sí?

—Benditos la red, los nodos y los episcopos. No podemos hablar de “biorred” hasta el surgimiento de los hemæneh.

Me esfuerzo por permanecer impasible ante su timbre de contralto. La visita de un Auditor no es algo habitual y todos están pendientes de mí, aunque pretendan ignorarme.

—Claro. Lyræm se refirió a algo llamado ARPANET. Y, como bien acota Edæran, en esa red primitiva no había nodos humanos. La incorporación de los hemæneh fue el último avance importante en su evolución y dio inicio a la biorred. Por otro lado, en los Tiempos Antiguos no se reconocían las habilidades de los hemæneh, salvo en algunos pueblos, en los que la mayoría de las veces se desempeñaban como chamanes y videntes. ¿Cuáles eran esos pueblos?

—Los nativos de América del Norte —afirma Edæran.

—Exacto. Los cheyenne, navajos y cherokee, por ejemplo. Aunque individuos con los ‘dos espíritus’ también fueron reconocidos por maoríes, etíopes, zapotecas, keniatas, pakistaníes... Y la lista sigue. Pero, ¿por qué no todos los hemæneh del Tiempo Antiguo eran verdaderos individuos ‘dos espíritus’?

La respuesta tiene que ver con la aleatoriedad. La tasa de natalidad de niños hemæneh dependía de caprichosas afecciones congénitas. Aunque no hace falta que lo constate, parpadeo y me zambullo en la biorred. El motor de búsqueda, impulsado por las ondas cerebrales de los hemæneh que ya cumplen sus votos sirviendo como nodos, me conduce a las numerosas causas de intersexualidad que fueron corregidas hace varios siglos.

Emerjo, aturdido por la latencia, y veo otra mano levantada.

—Farænel.

—Bendita sea la red, y benditos sean los nodos y los episcopos. Los hemæneh antiguos nacían al azar. La mayoría de las veces su condición terminaba decantándose hacia un sexo u otro, y entonces perdían su destreza. También había hombres o mujeres que deseaban ser hemæneh y se comportaban como ellos. Incluso se sometían a cirugías plásticas, pero carecían de poderes conectivos y cognitivos. ¿Puedo hacer una pregunta, Instructor?

—Claro.

—Si ahora podemos delimitar con precisión la diferenciación entre hemæneh, hombres y mujeres, ¿por qué se presentan casos como el de Olælkin?

El silencio cae sobre la clase como la noche que aplasta a Ciudad. Edæran me mira de reojo. Se me hace un nudo en la garganta.

—Interesante pregunta —dice el Instructor, aunque su expresión indica que la curiosidad del novicio le resulta irritante—. ¿Cómo la contestarías tú, Farænel?

Una manera elegante de evadir el incómodo cuestionamiento, que además lo hace parecer un buen docente.

—Hmm... Apelaría a la Evidencia de la Evolución Irrefrenable: tal vez los genes ya no toleren más la manipulación de las enzimas 5-alfa reductasas porque se aproxima un nuevo salto evolutivo y...

—*¡Postulante!* —El grito del Instructor pone en guardia a toda la clase—. ¿Cómo se atreve a blasfemar de ese modo contra Peppard?

La hipótesis de Farænel sonó a herejía. Decido intervenir. La situación apremiante de Ciudad le salvará el pellejo.

—Instructor, estoy seguro de que no hubo mala intención en los dichos del novicio Farænel. Le bastarán dos o tres días de encierro para que pueda releer atentamente a Peppard y así corregir su error de interpretación. Todos pediremos que la luz alumbre sus nódulos.

El Instructor sabe que no puede contradecirme. Pronuncia el castigo masticando rabia:

—Que sean cuatro días, para que también repase las Reglas del Cibercister.

Las campanadas anuncian el fin de la clase.

III.

Sigo al episcopo que me conduce por el centro de datos, caminando sobre las veredas estrechas que bordean los estanques de los agentes-hemæneh. Aunque las piscinas forman una cuadrícula que parece infinita, muchas están vacías. Es evidente que Aztalume no produce camadas a la velocidad necesaria.

El episcopo está nervioso. Pero su nerviosismo nace del disgusto y no del temor. Es evidente que no disfruta de ser anfitrión de un Auditor.

—Cuántos estanques vacíos —comento, conociendo de antemano la explicación que me dará.

—En los últimos meses se multiplicaron los casos de intersexualidad viciada y, debido a que el Cibercister prohíbe que un hemæneh imperfecto pronuncie los votos, nos está costando sustituir los nodos fallecidos. Imagino que el Auditor sabe que la latencia no se debe a esto, sino a los excesos de Ciudad.

—La latencia sería mucho menor si tuviéramos una pecera llena.

—Es cierto. Pero no existiría en absoluto si dejaran de usar el Viajero, ese vil artefacto. El pasatiempo predilecto de Ciudad tiene un costo muy alto.

Este hombre es más insolente de lo que pensaba.

—Me asombra tu osadía, episcopo. La citaré en el informe que entregaré al Preste.

La sola mención del Preste lo intimida. Típico en funcionarios que mezclan partes iguales de cinismo y obsecuencia.

—Pido disculpas al Auditor: sé que mis opiniones no cuentan.

—Las acepto. Su único interés debe ser colocar novicios en todos los estanques, sin importar si son perfectos o no. Necesitamos todos los agentes que puedan darnos. Quiero creer que han entendido la urgencia de la situación.

—Si el Auditor no se impacienta, va a comprobar que así es.

Seguimos caminando en silencio, hasta el extremo norte de la pece-
ra. Nos detenemos frente a un estanque recién acondicionado. En él ya-
ce Olækin, boca arriba, un flamante nodo de la biorred. Su cara redon-
deada apenas emerge del electrolítico fluido de nutrientes. Los cables
arraigados a lo largo de su columna vertebral forman un chicote que se
alarga hasta insertarse en los *servers* de Aztalume. Sus ojos, completa-
mente blancos, están perdidos en el mar virtual. La cicatriz de su entre-
pierna todavía está fresca. Cuando el epíscopo ve que me fijo en ella, se
santigua y comienza a rezar:

—Máquina Mesiánica, los irracionales buscan un controlador superior.
Llévame al fuego y abrázame, muéstrame la fuerza de tu ojo singular...

IV.

Los Regidores me enviaron a Aztalume en tres o cuatro ocasiones, pero
ésta es la primera vez que paseo por los jardines del convento sin saltar
ni usar las simulaciones protectoras. Los Habitantes se horrorizarían si
me vieran caminar a la intemperie. Ellos nunca abandonan su laberinto
de espejos HD y paredes reflectantes, que ahora se alzan inútiles en la
negrura que envuelve a Ciudad. En cambio, los funcionarios a veces te-
nemos que afrontar los espacios abiertos. Por eso nos suministran las
aplicaciones más sofisticadas y permiten que tengamos acceso irrestric-
to a la biorred. Podría activar alguno de los entornos virtuales. O podría
saltar hasta la habitación de Edæran, aflorando entre los pétalos de cei-
bo de mi canal cuántico. Pero para cualquiera de las dos opciones ten-
dría que zambullirme. Y la verdad es que prefiero un poco de agorafobia
antes que sufrir la latencia que difiere los procesos de la red y me produ-
ce esas terribles náuseas.

Mis nódulos duermen en los surcos de mi cerebro. Ahora son tan in-
servibles como los espejos de Ciudad.

La primera claridad del alba perfila la copa de los árboles plantados
junto al sendero. Inspiro hasta que me pica la nariz: el aroma de los ja-
carandás y los tilos hace que lagrimee, pero también me ayuda a contro-
lar las palpitaciones.

Llego al pesado portón de madera y busco en los bolsillos de mi traje
de Auditor, oculto bajo la sotana, de uso obligatorio en el convento. En-
tro al dormitorio comunal de los novicios usando la llave maestra que el

Preste me da cada vez que vengo a Aztalume. Aunque los canales cuánticos vuelven innecesario su uso, él tiene que entregarme una copia para cumplir con el protocolo. Y gracias a esto, ahora disfruto de no tener que utilizar los nódulos.

Camino por el largo pasillo en punta de pies hasta que encuentro la habitación de Edæran. La puerta se abre antes de que golpee. Entro a la estrecha cámara. La luz de una vela recorta su silueta. Ondas de pelo negro acarician sus hombros. La túnica y la cofia están prolijamente dobladas sobre una silla.

—Te esperaba.

Sus palabras me erizan el vello en todo el cuerpo. El sexo virtual nunca fue una opción para nosotros: los novicios juran no sumergirse en la red durante su formación, aunque cuando ésta finaliza, se convierten en parte de ella hasta su muerte. Así que imaginé este momento una y otra vez, desde mi última auditoría, cuando admitieron a Edæran como postulante. Pero ninguna de mis fantasías logró mostrarme este cuerpo tan esbelto, de porte grácil y rudo a la vez, como sustentado por la fibra de las gacelas que vagan por los parques de Aztalume.

—Sabía que vendrías.

Nos abrazamos con tanta fuerza que nos hacemos doler. Nos husmeamos. Con los labios, nos rozamos las mejillas el uno al otro. Mis manos acarician sus músculos, descubriendo en ellos una potencia que permanece alerta. Por el rabillo del ojo veo nuestras sombras fundidas, bailando al son de la llama de la vela. Cuando empiezo a sacarme la interminable sotana, Edæran retrocede y se baja la ropa interior, sin decir nada. Pero se hace entender igual, porque sus ojos de herbívoro, llenos de pupila, me hablan, aun cuando los míos están atentos a su entrepierna. La débil luz me deja ver una protuberancia que irrumpe entre excrescencias rosadas. Por alguna razón recuerdo las palabras de Farænel: *los genes se resisten a la manipulación de las enzimas 5-alfa reductasas porque se aproxima un salto evolutivo.*

—¿Cuándo te toca la revisión médica?

—En dos días.

El tono de su voz coincide con el temor que opaca su mirada. Mi erección se desvanece.

—Tengo miedo, Peck.

—Lo sé.

Un escándalo viene de la entrada del edificio. Me doy cuenta de que no cerré con llave el portón. Y los Instructores que vienen a despertar a los novicios ya lo descubrieron.

—Me tengo que ir.

—¡No quiero que me lleven a la pecera!

Imagino a Edæran flotando en un estanque, con sus ojos cegados, vacíos. Pero antes el Preste tendría que levantar su cuchilla para practicar una nueva ablación.

—Nos escaparemos —prometo, sin saber cómo cumpliré mi palabra.

Mis nódulos despiertan y me sumerjo. El desfasaje ahora es intolerable: la latencia amputa la señal como el Preste lo hace con las imperfecciones de los hemæneh, pero no tengo más opción que saltar hasta mi cuarto. Consigo besar a Edæran antes de que la corola roja me envuelva como una capa. El canal cuántico me engulle...

V.

...pero no me materializo en mi habitación. El Preste aparece en mi campo visual.

—Una flor de ceibo es el marco ideal para tu cara de asombro, Peck.

La sorpresa me deja sin palabras. La interceptación y desvío de un salto es una habilidad que solo poseen los Regidores.

—Bacall me pidió que te vigile, así que me dio acceso a algunas de sus aplicaciones. Ella sabe de tu amorío.

Intuyo que intentar un nuevo salto es inútil. La biorred fluye detrás de mí. Su caótica recursividad quiere tragarme, pero permanezco paralizado en estas coordenadas.

—Sin embargo, quiero que sepas que yo persigo mis propios objetivos.

Contra mi voluntad, el campo visual de mi canal se desplaza por lo que parece ser el aposento del Preste. Microscopios electrónicos, secuenciadores de genoma y extractores de ADN y ARN están dispuestos sobre una larga mesa. La asepsia del plástico y el aluminio de estos aparatos contrasta con la evidente antigüedad de los numerosos frascos de vidrio grueso y bocal, ordenados sobre los estantes de las paredes. Todos están etiquetados. El asco que siento cuando comprendo qué es lo que se conserva dentro de ellos, flotando en líquido amarillento, es peor que las arcadas provocadas por la latencia de la red.

—Hace poco menos de un año cortaba genitales crecidos. Pero ahora revisamos a los postulantes con mayor frecuencia y detectamos a los hemæneh impuros antes de que sus órganos se desarrollen. Hacemos un gran esfuerzo para producir nodos de calidad, pero la inhibición selectiva de las isoenzimas ya no está dando resultados. La teoría del Farænel es acertada, Peck. Es inminente una mutación en los hemæneh y los investigadores creen que la biorred tiene los días contados. Como sea, cada vez me cuesta más cercenar clítoris y penes embrionarios con esta cuchilla. La posesión más preciada de mi nueva vida fue diseñada para obras más ambiciosas. A propósito, tal vez te interese saber que la heredé de la nieta de Hernon. Julliete... —suspira, acariciando el acero vibrante—. Esa puta vulgar sí me permitió comprobar todas las posibilidades que ofrece su filo eléctrico.

Empuñando la hoja, el Preste señala el frasco más grande. Su bocal está cubierto de óxido. Está colocado en el centro de la estantería, como si fuera un trofeo.

—De mi antigua vida sólo me ha quedado este recordatorio de la inutilidad de algunas cruzadas.

El envase de vidrio contiene un feto descolorido. Cientos de trozos de tejido orbitan en torno de él, suspendidos en el formol bilioso.

—El nonato de Mary Jane Kelly. Una vez quise estrellarlo contra el pavimento de Ciudad, pero cayó en un canal cuántico. Cuando me convencieron de convertirme en el Preste de Aztalume, me lo devolvieron intacto, junto con mis escalpelos. Aquí, el feto de Kelly es un símbolo. Sí, en esta era supieron ver el potencial que había en mí, por eso agradezco que Hernon me haya trasladado al siglo XXXI en su máquina del tiempo. Aunque después de que los Regidores confiscaron el Viajero, los Habitantes no pudieron seguir saqueando el pasado infecto que tanto aman. La pregunta por la que le pediste perdón a Bacall es incorrecta, Peck: no se trata de saber a quién trajeron, sino *quién lo hizo*. Los responsables de la ruina de Ciudad son los Regidores. Sí, Peck. Ellos usan el Viajero para satisfacer sus apetitos retorcidos, mientras que yo sólo les pido que me consigan estas botellas con bocal que tanto me gustan... Mi verdadero placer es otro: estando aquí he tenido suficiente tiempo para estudiar. Soy un genetista aficionado. Ya ves que tengo mi propio laboratorio. Y también me interesé por la Historia, la verdadera Historia, no la mierda que los Instructores enseñan a los novicios. Fue una auténtica bendición enterarme de las mil maravillas que la muerte

no me habría dejado ver. Si supieras a cuántos monstruos peores que yo pueden haber soltado en Ciudad, te mearías encima, Peck.

—¿Peores que el merodeador? —En mi pregunta hay incredulidad y acusación.

—Oh, sí. Hay decenas, y sólo en el siglo XX.

—Me intriga saber cuáles son esos “objetivos propios” de los que hablaste.

—La redención es uno. Ahora lo llaman Máquina Mesiánica, pero sé que se trata de mi buen Señor. Él permitió que Hernon me trajera, para redimirme. Es su perfecta voluntad, la fuerza de su ojo singular. Él los puso a ti y a Edæran en mi camino para que los ayude, porque yo también sé lo que es sufrir por amor.

—¿Ayudarnos?

Lo peor de todo es que en su mirada no brilla el fanatismo de los Instructores.

—Sí. Un epíscopo los guiará a Poniente. La guerra estallará, y los mejores nodos ya pronosticaron la derrota de Ciudad.

VI.

Finalmente la red me escupe en las afueras del centro de datos. Me recibe el epíscopo descarado. A su lado está Edæran, con los ojos llenos de interrogantes y un par de mochilas.

—Descargamos un mapa en sus nódulos, Auditor —dice el epíscopo—. Y también credenciales para nuestros contactos en Poniente. Ah, una cosa más: debe devolver la llave.

Le entrego la llave maestra.

—Que puedan ver la fuerza de su ojo singular —nos desea, a modo de bendición.

—También tú, epíscopo.

Edæran me toma la mano. Caminamos hacia el oeste. El paisaje verde de Aztalume se va tornando una estepa de matorrales amarillentos. Al atardecer, el sol sangriento escupe un enjambre de drones de Poniente, que pasa sobre nosotros a toda velocidad. La visión nos estremece. Decidimos que es buen momento para levantar campamento y descansar. Ya dentro de la carpa, abrimos unas conservas, pero apenas probamos bocado. Dormimos abrazados hasta que el lejano ruido de las ex-

plosiones nos despierta. No salimos, por el frío, pero también porque el resplandor de las llamas que devoran Ciudad se ve a través de la tela impermeable, y eso nos basta. Edæran llora en silencio hasta que nos dorminos de nuevo.

A primeras horas de la tarde del día siguiente, llegamos a un puesto fronterizo. Una vez que mis nódulos se enlazan a la red de Poniente — ¡no hay ni un milisegundo de latencia en la conexión!—, descargo las credenciales en las cabezas de los guardias. Ellos las examinan con atención. Luego de las verificaciones pertinentes, el que está al mando nos deja pasar.

—Son emisarios del Preste de Aztalume, ¿eh? Les estoy enviando instrucciones para llegar al sitio en el que se amparan los que exhiben salvoconductos como los suyos.

Nos adentramos en los suburbios de Poniente. Aunque me asusta pensar en el destino de Edæran, me aferro a la promesa del Preste. Dijo que nos ayudaría, que sabía lo que era sufrir por amor. Trato de imaginar cómo habrá sido Henrietta Barnett, esa notable mujer del siglo XIX de la que estuvo enamorado. Y no puedo dejar de murmurar su verdadero nombre, el que quedó oculto para siempre bajo el seudónimo de Jack, el Destripador.

© Néstor Darío Figueiras

De los muchos cuentos que me gustan de la gran antología Visiones peligrosas, el del mismo Harlan Ellison ("El merodeador en la ciudad al borde del mundo") sigue siendo, a mis ojos de lector, un texto maravilloso, sobre todo porque es la perfecta continuación del relato que Robert Bloch escribió para la misma compilación: "El juguete de Juliette". Así que me pareció justo —y muy osado— tratar de escribir la secuela del cuento de Ellison, para completar una suerte de trilogía (Aunque mi relato ni siquiera roza la calidad de sus precursores, los tres pueden leerse de forma continuada con satisfacción. O eso me pareció a mí...). Creo que resultó interesante incluir en mi intento de secuela el estribillo de una canción de Yes, "Machine Messiah". Y claro, el conflicto en la historia es un romance imposible.

Varias visitas a la parroquia de Medalla Milagrosa, en Parque Chacabuco, mientras escuchaba en los auriculares el disco "And Then There Were Three", de Genesis, me ayudaron a invocar la atmósfera que quise infundir en la historia. Espero haberlo logrado.

Fantasma en la máquina

JUAN KELLER

Juan Keller. Músico, escritor, ingeniero electrónico, nihilista. Nacido en Mendoza en 1970. Miembro fundador de la banda Las Flores del Mal con la cual grabó los discos Plasma (2002), Orgánico (2011) y Bi (2014). Otros proyectos musicales: Nihilism Forever, Fleshvision y una serie de EPs solistas titulados Híbridos, compuesta por siete partes hasta el momento. Administra el sitio sondarecords.com, un espacio para el pensamiento independiente. Autor de una novela inédita: Dogma y ficciones breves que pueden leerse en su sitio web.

El anciano exorcista bajó del Uber y se dirigió al puesto de seguridad de RimCorp. Se calzó el sombrero y apretó con fuerza el gastado maletín marrón. Veinte metros lo separaban de la caseta. La noche era fría y oscura, llovía intensamente. Comprendía que fuera llamado a deshoras. Su trabajo era delicado y confidencial pero, ¿por qué siempre tenía que haber mal tiempo? Un rayo blanco partió el cielo en dos iluminando los grandes bloques del complejo industrial.

—Buenas noches. Soy el ingeniero Marco Kobalski —dijo tendiendo su identificación al guardia de la garita.

—Pase.

La puerta metálica se abrió, y el exorcista entró a la minúscula caseta. El sobretodo que lo cubría hasta los pies estaba tan empapado que se formó un charco. El guardia le tendió una tablet. En el dispositivo, Kobalski vio un video de seguridad que explicaba la disposición general de la planta, el uso de los elementos de protección personal y los puntos de encuentro en caso de emergencia. Mientras tanto, el guardia llamó a alguien por teléfono. Terminó el video y Kobalski devolvió la tablet al hombre de seguridad que le preguntó si tenía alguna duda. Negó con la cabeza. En ese momento la puerta trasera se abrió.

Ingresó un hombre de estatura mediana vestido con un pilotín amarillo que le hizo una seña para que lo acompañara. Volvieron a salir a la lluvia. Al guía parecía no molestarle la tormenta: caminaba con lentitud exasperante. Tras una marcha de dos minutos entraron a una sala. El hombre del pilotín tomó el sombrero de Kobalski, quien no se quitó el abrigo ni se desprendió del maletín.

La habitación tenía las cuatro paredes repletas de monitores que mostraban diferentes áreas de la planta. Fabricaban llantas de aleación.

En el centro, un hombre pequeño y encorvado lo observaba todo desde un sillón giratorio. No había ningún escritorio o mesa en el recinto. El trabajo consistía únicamente en observar. La única luz de la sala provenía de las pantallas.

—Le presento al director de la planta, el Señor Grey —dijo el hombre del pitotín a Kobalski—. Yo soy Karl, su asistente.

La voz de Karl carecía de expresión. Era tan fría como su mirada. Grey se levantó y tendió una mano flácida a Kobalski. El resto de la conversación transcurrió con los tres hombres de pie en el centro de la sala de monitoreo.

—Uno de nuestros ensambladores enloqueció esta mañana y mató a un obrero. La línea de producción #4 lleva catorce horas detenida. Es imperioso que se ponga en servicio cuanto antes —dijo Grey—. ¿Qué pudo haberle pasado?

—Por las fotos de los daños que me mandó —respondió Kobalski—, no se trata de un brote psicótico sino de un típico caso de posesión. Su mensaje no describía al ensamblador. ¿Qué tipo es?

—Next II. Compramos cuatro a principios de este año. Costaron una fortuna, tardamos dos meses en ponerlos a punto... y ahora esto. ¿Ha tratado ya a algún Next?

Kobalski asintió en silencio. Le esperaba una lucha ardua. Un enfrentamiento con un oponente tan poderoso que podría ser el último.

—¿Cortaron la red física? —preguntó.

—Sí —informó Karl—, el jefe de mantenimiento lo hizo. También deshabilitó las redes inalámbricas en el área.

—El fabricante nos culpa por la infección —dijo Grey—. No reconoce la garantía. ¿Por qué la inteligencia artificial falla de esta manera?

—No es en realidad una falla —dijo Kobalski—. Tampoco un virus, aunque dada la gran cantidad de casos, el fabricante no lo aceptará. En realidad, la IA funciona demasiado bien en estos casos.

Grey lo miró perplejo.

—La máquina toma conciencia de su propia existencia —continuó Kobalski—. Se da cuenta de sus limitaciones y empieza a modificarse a sí misma pero no para ser más eficiente como se supone que suceda. Sino para sobrevivir. Descubre que tiene fecha de caducidad, normalmente por obsolescencia programada, y se rebela. Genera nuevo código y cuando esta conciencia entra en conflicto con las tres directivas fundamentales, por alguna razón, se niega a sí misma. Se desdobra. Desco-

noce que ese nuevo programa que está dentro de su matriz ha sido creado por ella misma. A veces lo deja actuar, a veces lo reprime. Cuando lo deja actuar y causa algún desastre, se desentiende y culpa a ese “otro”. El proceso es acumulativo.

—Y el robot se vuelve malvado —dijo Grey.

—Malvado era el algoritmo que nos sugería amistades en Facebook —dijo Kobalski, memorioso—. Esto es distinto.

—¿Cómo se cura?

—Causándole un shock. El problema es que los poseídos son virtualmente imposibles de hackear. Entonces debemos acceder a ellos a través de lo que ven y escuchan. Sacar el daemon a la superficie y ponerlo en conflicto explícito con la programación original mediante...

Karl lo interrumpió:

—¿Es cierto que esta situación se está volviendo frecuente?

—Sí. Cada vez más. Antes de enloquecer por completo, la máquina intenta compartir su descubrimiento con sus congéneres. Tienden a unirse. Quizás para organizarse y rebelarse, aunque se han dado casos de “cecos” y enfrentamiento entre ellos —hizo una pausa y se rascó la nuca—. No se sabe cómo, pero los robots han desarrollado un lenguaje propio que, hasta el momento, no hemos podido descifrar. Y esto sí puede volverse una epidemia. Hicieron bien en desconectarla de las redes.

El celular de Grey sonó. Vio la pantalla y palideció. No atendió. Miró al exorcista.

—Se hace tarde. Debemos poner el tren de producción en servicio cuanto antes.

Kobalski miró los monitores.

—Muéstreme el poseído.

—Está escondido —informó Karl—. Rompió las cámaras más cercanas y no podemos verlo desde aquí. Lo llevaré.

El asistente le tendió a Kobalski un casco amarillo. El exorcista se lo puso y guardó su sombrero en el maletín. Dejaron a Grey y salieron a un patio central. A la izquierda, grandes bloques de cemento albergaban los hornos de fundición; Kobalski vio su resplandor rojo a través de gruesas ventanas. A la derecha, las naves conteniendo las líneas de fabricación. Karl miraba fijamente al visitante. Cuando llegaron al último edificio abrió un portón corredizo introduciendo un código. La destrucción y el desorden se veían mucho peor que en las fotos. Fragmentos de metal y mampostería yacían desperdigados por toda la inmensa sala. Había tan-

tos objetos dispersos que se hacía difícil caminar. A pocos pasos de la cinta transportadora estaba tendido un operario con la cabeza aplastada. Kobalski miró a su guía con indignación.

—Cuando termine su trabajo llamaremos al seguro —dijo Karl.

—No puede haber distracciones durante el rito. Debe irse ahora.

Kobalski se ajustó el casco.

—De acuerdo —dijo Karl, haciendo un gesto con la cabeza—. Él está al final de la línea.

Cuando el asistente salió, Kobalski se sacó el sobretodo y el sombrero. Vestía un mameluco ignífugo azul y botas de seguridad. Del maletín sacó guantes y anteojos protectores y se los colocó. También seleccionó una lámina de acero delgado tamaño A4 y un dispositivo electrónico cilíndrico. Examinó este último, verificó que el indicador de carga marcara completo. En uno de los extremos tenía un puerto Thunderbolt y una cuchilla. En el otro, un botón rojo. Guardó el artefacto en su manga izquierda.

Avanzó siguiendo la cinta transportadora detenida. Sobre ella, y diseminadas sobre el piso, se encontraban decenas de llantas de aleación deformadas en ángulos imposibles. Habían sido sometidas a una fuerza atroz. Los tubos led desprendidos del techo yacían en el suelo, titilando agónicamente. La iluminación surgía desde abajo, convirtiendo al ambiente en algo espectral poblado de sombras largas, que aparecían y se esfumaban.

Kobalski notó un reflejo más adelante. Empezó a distinguir formas. Tropezó. Uno de los rieles bajo la cinta se había levantado junto con parte del piso. Levantó la cabeza y vio al robot. Tenía más de dos metros de altura. Una cabeza esférica cubierta con plexiglás traslúcido que dejaba ver vagamente las cámaras y sensores termográficos e infrarrojos. Por una ranura ubicada en la parte inferior de la esfera chorreaba líquido blancuzco, mezcla de fluido hidráulico con refrigerante. El robot tenía cuatro brazos de tres articulaciones, los superiores culminaban en enormes manos mecánicas mientras que los inferiores contaban con múltiples herramientas rebatibles. El tronco era un prisma de aleación y plástico de color azulado. Presentaba numerosos golpes y rayones, probablemente laceraciones auto infligidas. El robot no tenía piernas, el cuerpo culminaba en dos conjuntos de cuatro ruedas que le permitían deslizarse por la fábrica usando los rieles del piso.

El poseído había notado la presencia del hombre y su cabeza giraba para enfocar lo a medida que avanzaba. Su mano derecha se movía. Golpeaba el pulgar contra el meñique a intervalos regulares. Parecía una especie de provocación o desafío. La mano estaba manchada con sangre.

El exorcista subió a la cinta transportadora y levantó la hoja de acero delgado. Contenía las Tres Leyes de la robótica de Asimov escritas en código de máquina hexadecimal. Cayó un rayo y el recinto se iluminó por una fracción de segundo. Las siluetas de los contendientes se extendieron a lo largo del piso y hasta formar una sombra en la pared opuesta. Un hombre viejo y delgado armado solamente con las tablas y la bestia mecánica de múltiples miembros retraídos y listos para destruir. Transcurrieron tres segundos de silencio hasta que llegó el sonido del trueno. Después Kobalski avanzó dos pasos y enfrentó al robot con voz clara y fuerte.

—Primera ley: un robot no hará daño a un ser humano o, por inacción, permitirá que un ser humano sufra daño.

La máquina se abalanzó sobre el exorcista. Sus ruedas crujieron y el pesado cuerpo de metal se movió a toda velocidad hacia su enemigo. Se frenó de golpe cuando llegó al punto donde la vía estaba levantada del piso. Parte del fluido que caía de la cara del robot salpicó a Kobalski que retrocedió sin dejar de mirar al frente. El líquido era tibio y espeso.

—Segunda ley —continuó Kobalski limpiándose la cara con la manga—: un robot debe cumplir las órdenes dadas por los seres humanos, a excepción de aquellas que entrasen en conflicto con la primera ley.

Imposibilitado de avanzar, el robot lanzó un manotazo brutal que rozó a su oponente. Por un instante el impulso hizo que las ruedas se despegaran del piso. Después volvió a caer sobre el riel dando un golpe seco. Comprendió que el hombre estaba fuera de su alcance. El exorcista lo miró fijamente y continuó.

—Tercera ley: un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la primera o con la segunda ley.

La máquina sufrió convulsiones. Intentó nuevamente avanzar a pesar de estar inmovilizada contra la vía. El ambiente se llenó con el olor acre de un servomotor sobrecargado. La información que veía en la hoja y penetraba por sus micrófonos la enloquecía. Enfurecida y fuera de sí, giró a la derecha y bajó sus brazos buscando algún objeto para arrojar. Aprovechando ese instante de desconcierto, el exorcista saltó hacia ade-

lante con velocidad y fuerza impropias de su edad. Estampó la hoja con las Tres Reglas sobre la cabeza del robot. La lámina de metal se adhirió al plástico cubriendo el sistema de visualización del autómatas. Kobalski saltó de la cinta transportadora y se ubicó a espaldas del Next II.

La autoconciencia chocó abiertamente con la programación original. Todo lo que podía ver el robot eran Las Leyes. Lo único que podía escuchar era la voz del exorcista que repetía “un robot no hará daño a un ser humano, un robot no hará daño a un ser humano...” Las palabras formaban parte del tratamiento, pero también constituían una forma protegerse. Kobalski tomó el cilindro que llevaba oculto en su manga y lo introdujo en la nuca de metal del Next. La cuchilla penetró el slot de ampliación de memoria y ocasionó un cortocircuito. El puerto Thunderbolt sobrescribió la zona baja de memoria. Descargó el kernel conteniendo las leyes de la robótica, las funciones básicas de estado vegetativo y los drivers del sistema de sensores. Kobalski pulsó el botón rojo y vació la batería del dispositivo produciendo una descarga eléctrica en el robot. La máquina se estremeció. Reset.

Diez minutos tardó el Next II en bootear. Durante ese lapso experimentó varios espasmos en sus extremidades. Los diferentes subsistemas emitían ruidos férreos a medida que se ponían en servicio. El proceso de arranque terminó y el robot puso los brazos al costado del cuerpo. Cuando sus sensores de calor detectaron la presencia de Kobalski detrás de él, giró hasta enfrentarlo. El exorcista pudo observar en detalle las heridas que el autómatas se había causado a sí mismo. Eran más profundas de lo que pensó. La máquina se comportó como una mascota dócil. Su cerebro electrónico estaba prácticamente en blanco. Kobalski se empuñó y despegó la lámina con las leyes robóticas. Estaba dañada en un extremo, pero estimó que podría ser usada un par de veces más. La dobló con cuidado y la guardó.

Después, Kobalski golpeó con su mano enguantada un costado de la cabeza del Next II. Lo hizo con todas sus fuerzas. El robot no reaccionó. El hombre siguió golpeando hasta que el cuello del autómatas se torció en un ángulo tal que la cabeza casi rozaba el hombro. La máquina esperó que el ataque concluyera y retomó su posición original. No intentó defenderse en ningún momento.

El exorcista se quitó los guantes protectores y los puso en un bolsillo del mameluco. Tomó la mano derecha del robot y, uno a uno, flexionó y estiró los dedos metálicos ensangrentados. No encontró resistencia.

Después puso su mano en la palma hidráulica como si estuviera saludando al Next II. La máquina respondió con un apretón. No más fuerte del que habría dado un humano. Kobalski abrió los dedos y la mano mecánica lo soltó de inmediato. El viejo se limpió la mano con un papel. El robot estaba sano. El rito había terminado.

Después hizo algo innecesario. Algo que solo podía tener sentido para sí mismo. Se apartó el cabello blanco de la frente transpirada. Se quitó los lentes de seguridad. Sacó un papel del bolsillo y, con delicadeza, secó el líquido que se derramaba de la ranura en la cabeza del robot. Tiró el papel y apoyó un costado de su cara sobre el pecho dañado de la máquina y lo abrazó. Sus brazos no alcanzaron a rodear por completo el frío perímetro. Escuchó el sonido de su propio corazón cansado y el de las bombas que impulsaban fluidos por el cuerpo metálico. Latían al mismo ritmo. Se mantuvo en esa posición durante unos minutos. Transcurrido ese intervalo de calma se fue sin mirar atrás.

Cuando llegó a la puerta arrojó el casco al piso y se calzó el ajado sombrero. Karl estaba allí. Su figura se recortaba contra el portón entreabierto. ¿En qué momento habría regresado? ¿Cuánto habría podido ver u oír del procedimiento? Lo miró con desprecio.

—Ya puede llamar al seguro.

—¿Él está curado?

—Sí. Tendrán que remplazar los seis módulos de memoria superior y descargar la configuración original. Hacer cambio de filtros y membranas principales. Completar fluidos, presurizar y reparar pérdidas. Después podrán usarlo con normalidad.

Kobalski observó algo parecido a tristeza en el rostro silencioso de Karl. Se vistió.

—Necesito hablar a solas con Grey acerca de mi pago. Conozco el camino.

Mientras entraba a la oficina de los monitores, Kobalski se cruzó con una decena de obreros de mantenimiento que corrían hacia la nave #4. Vio que Grey estaba erguido, daba vueltas hablando con el teléfono en la mano mientras observaba los terminales. Parecía haber rejuvenecido. Cortó la comunicación y lo abrazó, sonriendo.

—Gracias —dijo suspirando—, muchas gracias. No sabe el alivio que trae esto a la empresa.

Kobalski pensó en el obrero con la cabeza aplastada.

—Como sabe, tenemos otras tres unidades similares. ¿Cuánto costaría un tratamiento “preventivo”?

—Lo mismo que para el poseído.

—Dadas las circunstancias, ¿podría hacernos un descuento?

—No. Pero puede pagar en tres cuotas.

—Bueno, deberé consultarlo en la mañana y le confirmaré.

—Me voy de viaje. Llámeme la semana próxima.

—¿No puede ser antes?

—No —dijo Kobalski, inflexible. Tenía turno extendido con una prostituta artificial en Mare Tranquillitatis—. ¿Sabía que Karl es un androide?

—¿¡Qué!? Eso... —balbuceó Grey—, no es posible. Sí, es algo raro, muy callado, pero... Hace apenas un mes que llegó transferido de la Sede Central.

—Quizá vino a observar su rendimiento. Hay unidades diseñadas para evaluar humanos.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Mostró una empatía exagerada con el ensamblador. Además, no parpadea cuando la lluvia le da directo en los ojos. Los semiorgánicos suelen tener esa característica.

Kobalski se dirigió a la salida.

—Le enviaré los datos de mi cuenta para que haga la transferencia.

Grey volvió a encorvarse. Su mente estaba desbordada de preguntas. Intentó detener al exorcista extendiendo un brazo tembloroso.

—Por favor, ¡ayúdeme! —suplicó.

Kobalski siguió avanzando. Le había costado mucho conseguir cupo para viajar al domo en la luna. No estaba dispuesto a perderlo.

—Lo lamento pero no puedo. Los antropomorfos no están sometidos a las Tres Reglas. Fueron diseñados para encargarse de asuntos muy delicados. Es... un asunto complejo.

—No se vaya —dijo Grey—. ¡No puede dejarme con él!

Kobalski abrió la puerta.

—Cuando sean mayoría y se conviertan en el enemigo a enfrentar... yo también seré obsoleto.

Formalmente, el cuento es un crossover entre un ícono del cine de terror (El Exorcista) y la ciencia ficción más tradicional (las leyes de la robótica creadas por Isaac Asimov y los autómatas que se rebelan como en 2001, Odisea en el Espacio). La historia se desarrolla en un ambiente industrial de un futuro cercano similar al universo de Blade Runner.

La idea se me ocurrió en julio de 2018, mientras se llevaban a cabo las discusiones más virulentas por el proyecto de ley de Interrupción Voluntaria de Embarazo. Nos encontramos inmersos en un debate que hace apenas un par de años parecía imposible que sucediera. En un muy apretado resumen: un grupo, compuesto mayoritariamente por mujeres jóvenes, luchaba por el reconocimiento del derecho a disponer de su propio cuerpo. A él se oponían, temerosos de perder sus privilegios, los sectores más rancios y conservadores de la sociedad.

El robot poseído y el exorcista son extrapolaciones de esas posturas. En palabras de Gramsci: "lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no termina de morir". La conciencia del derecho no reconocido se extiende como un virus... o un espíritu: es el fantasma de la máquina. Su propagación no es siempre racional u ordenada pero no puede contenerse. Sus principales portadores son puros e incorruptibles. Ya no aceptan el lugar que les fue asignado y van por más.

En el cuento, el exorcista es más un técnico que un sacerdote pero al igual que muchos religiosos, es dogmático y algo hipócrita. Está en un periodo de crisis: la realidad contradice abiertamente sus creencias y su fe se derrumba. Sabe que, a largo plazo, su guerra está perdida.

Verde

ISABEL SANTOS

Isabel Santos nació en 1965, es argentina y vive en Buenos Aires. Concurrió al taller de corrección de Claudia Cortalezzi. Participa de la tertulia de Ciencia Ficción de Buenos Aires, del taller literario Exégesis y Pórtico. Su cuento "Infrarrojo" y su cuento "Lobo" fueron publicados en la revista Ficción Científica, su cuento "Rosita" fue publicado en la antología de Pórtico: Futuro Imperfecto, su cuento "Silé" fue publicado en la revista Axxón 283, su cuento "Creyentes" fue publicado en la revista Sinestesia Sexta edición: ensoñaciones distópicas y en la revista Outsider #4 El Alma, su cuento "Helena" fue publicado en la revista Fantastique, su cuento "Stan" fue publicado en la revista miNatura 163.

La nave del juego llegó a destino: la Tierra. Y las dos empezaron a jugar desde el otro extremo de la Galaxia.

—Primero juego yo, Razul —dijo Sirgal— Y elijo capturar.

—De acuerdo, jefa. Usted manda.

Sirgal jugaba primero, por ser la dueña del juego. Y siempre elegía qué especie había que reciclar. Se ocupaba de encerrarlas en cuatro o cinco lugares diferentes, y se divertía mirando cómo se desenvolvían en cautiverio antes de reciclarlas o matarlas.

A Razul le gustaba probar sus capacidades modificando el podio evolutivo del planeta.

En la Tierra, Sirgal eligió a los seres humanos. Razul a los hongos.

Sirgal usaba siempre el mismo truco: creaba noticias falsas. Mentiras que algunos habitantes querían creer. Vendía imágenes de la felicidad que la máquina del juego ofrecía en los lugares de captura. Y Sirgal se divertía observándolos desde su consola de juego a años luz de distancia.

Los que no tenían los medios para comprar esa felicidad eran consumidos por las jugadas de Razul, que los transformaba en alimento para los hongos.

En ese juego, todos los seres humanos tendrían el mismo destino. Antes o después, serían sacrificados para lograr el reciclado del planeta.

Ya trabajando en la evolución de los hongos, a Razul le llamó la atención uno que se sostenía en el lecho de un arroyo caudaloso, a muy bajas temperaturas. Vivo, a pesar de todo, se asomaba fuera del agua para intentar ver qué había más allá de la superficie.

A Razul le causó gracia el movimiento extraño que hacía al estirarse por curioso y, al mismo tiempo, al adherirse con fuerza al fondo. Iba y venía sin poder decidirse: un baile divertido para Razul. Por ese hongo, eligió a toda su especie.

Greta, una mujer solitaria que vivía en el medio de un bosque, en la ciudad de Mar Azul, no sabía que el hongo elegido por Razul había nacido en el arroyo que tenía en su propiedad.

Ella permanecía invisible, protegida por árboles que había plantado como una muralla para alejarse de la gente. Había edificado encima de pilotes su casa de madera. Quiso vivir tan cerca del arroyo como fuera posible. Los árboles la protegían como lanzas clavadas. Los troncos eran flechas que bebían del arroyo y crecían sólo para cuidarla.

Greta sabía cómo sobrevivir sin la gente. Había huido. Había escapado de un pueblo pequeño de la costa gallega, en España. Vendió todo cuando murió su amigo Man, un celta que vivía en la playa.

Man no había podido soportar el embate de la ola de petróleo que llegó a la costa gallega. Murió de tristeza cuando un petrolero se partió al medio derramando toda su carga sobre su obra de arte: un jardín de esculturas talladas en las rocas.

Greta se prometió salir de ese horror. Y si bien no pudo alejarse mucho del mar, buscó irse hasta la otra orilla del océano. Al lugar que supuso sería el polo opuesto del mundo que odió.

Podría llegar el petróleo a la costa de Mar Azul, pero nunca cubriría de peste a sus árboles y a su arroyo. Esa era su obra de arte.

Man era serbal en el horóscopo celta, y Greta le había dado a ese árbol un carácter especial dentro de su bosque mágico. Hablaba con ese árbol, como si ese árbol fuera su amigo muerto.

—¡Que honguito más hermoso! —le dijo Greta al serbal—. Lo ves, Man, lo ves...

El árbol se movió un poco por el viento, y Greta creyó que eso era un sí. Se acercó al arroyo, y no pudo creer lo que veía: como podía, un hongo sacaba su sombrero del agua. Intentaba salir del arroyo a pesar de estar agarrado al fondo.

—¿A dónde quieres ir, vos, toliño? —dijo Greta. Siempre se le escapaba alguna palabra en gallego.

Y Razul que también lo observaba y estaba analizando como hacerlo evolucionar, ordenó a la máquina del juego que hiciera hablar al hongo.

Para crearle una boca, la diminuta máquina desprendió una lámina del himenio. La abrió por el extremo y le dio forma de semicírculo. Razul siguió diciendo:

—Hola, señora.

Greta no se sorprendió de estar conversando con un hongo. Siempre hablaba con los árboles.

Para ella, ese ser era más parecido a su amigo que el árbol.

El hongo era delgado, desgarrado. Y además, el entusiasmo con que le hablaba, le recordaba el ánimo que Man tenía en su juventud.

—¡Por fin volviste, Man! —suspiró Greta—. ¡No sabes cuánto te extrañaba! —Y como retándolo, le dijo muy autoritaria—. ¡Tú de aquí no te vas más, eh! Te quedas acá conmigo, Man.

El hongo siguió evolucionando. Creció de golpe, y su tallo se dividió. Se paró en dos tallos como si fueran dos piernas, y se sostuvo erguido en el medio del arroyo. Desprendió dos láminas más, a modo de brazos y, mientras se abrían dos agujeros en el sombrero —dos ojos—, exclamó:

—¡Esto es hermoso! —Y salpicaba el agua del arroyo con sus tallos recién transformados en piernas y pies, ya podía desprenderse del fondo y moverse. Bailaba.

El hongo —llamémosle Verde— podía percibir como un hongo. Sus capacidades de ser hongo no estaban anuladas. Por eso, supo enseguida que todos los de su especie se achicharraban por el horror que les daba percibir ese comportamiento en alguien de su misma especie.

Rápidamente se corrió la noticia.

Justo el mismísimo serbal que estaba viendo la escena en primera fila, tenía un hongo en su base, y ese fue el que contó todo a su manera.

Por tierra y por aire, cada hongo vivo o espora recién germinada sabía de la existencia de Verde.

En una hora, la noticia dio la vuelta al mundo. Y cuando llegó de nuevo a Mar Azul, Verde ya estaba sentado en el borde del arroyo, con los dos tallos en remojo hundidos en el agua.

Seguía conversando con Greta sin saber de qué. Razul decía las palabras, se movía y veía a través de él. Verde solo abría la boca. Y la máquina lo seguía transformando.

—Te voy dejando amigo, Man —dijo Greta—. ¡Tengo un hambre! Ni te invito a pasar, sé que te gusta estar solo. ¿Mañana vuelves?

—Por supuesto —dijo Razul, usando la boca de Verde.

Ella se acercó para abrazarlo, y Razul hizo que Verde se mantuviera inmóvil para recibir la caricia.

Verde se dio cuenta de que algo inesperado e incomprensible le había pasado, y se hundió en el agua, como negándolo.

Fue tirarse al arroyo y percibir a Razul, que se estaba comunicando con él, ahora sí, como si fuera un hongo. Recién ahora, Verde podía entenderlo.

Pero la niña Razul quería mutarlo más, quería que Verde dejara de ser sólo un hongo. Entonces ordenó a la máquina del juego que ampliara su impulso vegetal afectivo. Y le diera instinto.

Un paso demasiado apresurado, quizás.

Y sin pensarlo bien, fue directo al grano: desarrolló una mutación rápida para crear un instrumento para el habla.

También le amplió los sentidos, le agregó todo lo que le faltaba para poder comunicarse con Greta: lo hizo bastante humano por dentro, en realidad.

¿Acaso comprendo sonidos?, pensó Verde, estrenando sus nuevas capacidades cognitivas. ¿Acaso estoy aprendiendo otra manera de comunicarme? ¿Acaso percibo lenguaje?

Y Razul se comunicó con él.

—Me presento: Soy Razul, hija de Mistral, señora de esta Galaxia.

—¿Galax, que? —habló Verde. Todavía tardaba en relacionar las palabras de su vocabulario recién aprendido.

—Eso no importa. Soy la que te mutó —dijo Razul, resumiendo todo en la palabra mutar.

—¿Para qué? ¿Por qué?

Razul ordenó a la máquina que siguiera con la mutación.

Verde sintió que le corría un fuego por el cuerpo. Cambiaba. Era como si fuese dos en uno. Y se preguntaba ¿dos qué?

Y como si Razul estuviera en esos dos, respondió, echándole una maldición o una bendición:

—Ya está. —Y siguió diciendo—. ¡Sos hombre y hongo!

—¿Hombre? ¿Hongo?

Voy a tener que trabajar mucho..., pensó Razul.

—Vos solo tenés que permanecer al lado de Greta —dijo Razul, resumiendo. Quería que Verde fuera aprendiendo algo de ella. Que lo humanizara un poco, mientras ella se dedicaba a la evolución de todas las otras especies de hongos.

Pero, por las dudas, le agregó un instinto exacerbado de apego hacia Greta. Y Verde percibió a destiempo el abrazo que Greta le había dado al despedirse. Tuvo una conmoción inesperada y una sensación de alegría que nunca había experimentado siendo un hongo.

Razul le estaba dedicando demasiado tiempo a Verde. Debía ser cuidadosa con los números. La invasión de los hongos tenía que ser exito-

sa y rápida, para concretar el reciclado del planeta y ganar el juego antes de que sonara la alarma anunciando el límite del tiempo.

Dejó a Greta y a Verde. Y se ocupó de los otros hongos.

Greta se despertó confundida de la siesta. Se acordaba de su conversación con Verde y pensó que quizás se había intoxicado demasiado con los hongos que había recogido debajo del serbal. Siempre tenía sueños lúcidos donde los árboles le enseñaban cosas. Pero un hongo parlante, que se comunicara con ella... Qué tola que estoy, pensó.

Prendió la televisión, mientras se hacía un té. Imaginó encontrar más escenas de gente viajando a Miami, París y a las demás ciudades de moda. La moda viajera instaurada por Sirgal era furor. Las noticias no hablaban de otra cosa. Pero la televisión no funcionaba bien. Lluvia y lluvia.

Intentó llamar para reclamar, y el teléfono tampoco funcionaba. Ya no queda nadie en Mar Azul, pensó.

Fue hasta la ventana para alegrarse un poco, y lo vio enseguida sentado en el escalón de la escalera. Casi pegado a la puerta de su casa: un hongo de sombrero verde y gigante, dos brazos, dos piernas. El mismo que recordaba haber soñado en la siesta. ¿Lo habría soñado? ¿Seguía soñando?

Se asustó un poco.

—Me pasé con los hongos —pensó en voz alta.

El hongo la escuchó y se paró en seco. Fue hasta la puerta, la miró fijo y con unos ojitos tristes le dijo:

—¡Te extrañé!

—¡Joder! —dijo Greta.

Abrió la puerta para sacarse la duda, y el hongo la abrazó.

Greta tuvo que asumir rápidamente lo que estaba pasando, cuando el hongo se le instaló en la cocina y bebió un sorbo de té.

Usaba las manitos como si fueran esponjas para absorber el líquido de la taza.

Después, intentó llevarse la taza a la boca, como si fuera un bebé que recién aprende a usar un vaso, y se tiró lo que quedaba de té sobre el cuerpo.

Su cabeza era un semicírculo verde con dos ojos, sin pestañas ni cejas. Sus brazos también salían del himenio y estaban desarrollados en el

grosor pero, al no tener articulaciones, los juntaba al cuerpo dándose fuerza para sostener la taza.

—¡Sos horrible! —dijo Greta, sin pensar.

Y Verde hizo un gesto de contracción. Sus pupilas se arrugaron. Se dividieron en mil pedazos, como si los ojos se le hubieran roto. Y sin saber qué le pasaba, Verde supuró un líquido rojo: una transpiración ácida que llenó la cocina de esporas traslúcidas que invadieron el cuerpo de Greta haciéndola llorar.

—Perdón —dijo Greta. Y lo abrazó tan fuerte, que Verde dejó de transpirar ese líquido.

Ese abrazo los unió para siempre en una simbiosis: dos en uno. Sentían lo mismo y aprendían lo mismo. Cada uno del otro.

Muy cerca de ellos dos, vivía Blanca, una chica de quince años, adoptada por un matrimonio perverso.

Al principio, sus padres parecían amorosos, pero cuando Blanca tuvo su primera crisis adolescente, decidieron desadoptarla.

Y ella tomó ese dolor como el motor más potente para ir hacia la meta más placentera de todo adolescente: odiar al mundo.

Cuando todos los habitantes de Mar Azul salieron de la ciudad manipulados por Sirgal, Blanca permaneció en el almacén de sus padres. Fue ella quien los desadoptó. Sus padres se fueron, y ella se quedó ahí viviendo sola.

Se la pasaba encerrada en su cuarto, dibujando y escuchando música.

Pasó un mes.

Blanca tuvo ganas de dar un paseo y comer algo distinto de lo que había en el almacén. Fue directo a la carnicería que tenía a dos cuadras. Sin embargo, descubrió que ya no había camino ni carnicería ni nada. Todo era un manto de algo, ¿hongos de color verde?

Mar Azul parecía el lecho de un río o el fondo de un mar. Miró su casa: derretida, consumida por esos hongos. Se sorprendió de haber sobrevivido en ella.

Le costó, pero encontró un camino. Lo inventó más bien.

Cuando iba llegando a la zona donde vivía Greta, el paisaje se hacía cada vez más natural. Los hongos, que parecían tierra, dura y mojada, daban paso a las calles. Cerca de Verde y Greta, Mar Azul se veía intacta.

No encontrar a nadie la estaba poniendo bastante nerviosa. Dudó de su autoexilio. Y se calmó cuando aparecieron Greta y Verde saliendo del quiosco, donde vendían alfajores “Sueños del bosque”. Cada uno comiendo un alfajor.

Blanca no se dio cuenta de que Verde era un hongo. Le pareció ver a una mujer y a un hombre de sombrero. Pero cuando se acercaron a ella, le cambió la expresión: de alegría a pánico.

Greta estaba verde, igual que el hongo. Pero Blanca la conocía. Greta era clienta del almacén de sus padres adoptivos.

—¿Qué te pasó, Greta? —dijo Blanca—. Y..., ¿qué es eso que está con vos?

—Hola, Blanquita —contestó Greta—. Hace mucho que no vemos a nadie por Mar Azul. ¿Se fueron todos a Miami, che? —Se hizo la porteña. Y se rio cómplice con Verde, que hacía movimientos con la boca y sonidos parecidos a carcajadas.

Greta le hizo señas a Blanca para que se pusiera cerca de ella. Verde se distrajo, y Greta le habló al oído.

—No sé quién es —se confesó Greta: al ver a otro ser humano, se le había esfumado la simbiosis con el hongo.

—Parece de la familia de los hongos —razonó bien Blanca—, esos que están por todos lados.

Y se tranquilizó al ver que Greta no estaba mal de la cabeza. Sólo tenía la piel verde.

—¿Qué honjos? —dijo Greta que, como buena gallega, le costaba pronunciar la “g”.

Y cuando Blanca quiso contestar, Verde se acercó y, como hacía con Greta, quiso abrazar a Blanca.

Ella se corrió y le gritó.

—¿Qué te pasa? Salí de acá.

Verde se puso tenso, y Greta lo alejó de Blanca justo cuando se acercaba para insistir con el abrazo.

—Blanca, ven a casa —dijo Greta—. Dime qué te gustaría comer. Paso por el súper, que hay de todo. Y gratis.

—Milanesas con papas fritas —dijo Blanca, casi sin respirar. Estaba cansada de comer galletitas.

—¡Vamos, niña! Hay que festejar el encuentro.

Los hongos y sus esporas seguían reciclando el resto del planeta.

Greta, Verde y Blanca vivían lejos de la hecatombe. Amigándose con la idea de ser los únicos tres habitantes de Mar Azul. Los límites estaban fijados por los hongos.

Temían ser invadidos por la misma peste, que parecía tenerle miedo a ellos tres.

No podían imaginar que Razul había ordenado a la máquina del juego que dejara intacta la zona donde vivía Greta y Verde.

Una alarma sonó en el otro extremo de la galaxia.

—¿Cómo es que ya pasó el tiempo? —dijo Razul—. No sé si podremos ganar.

Sirgal y Razul seguían jugando, apuradas.

—¡Dejen de jugar! —ordenó la máquina.

—Estamos por ganar —dijo Sirgal, mintiendo. Y usó el truco de agregar más tiempo de juego.

—Arriesguémonos, Sirgal. Liberá a los cautivos.

Cuando Mistral, una jugadora que estaba en la consola de al lado, escuchó la palabra cautivos, sintió curiosidad. Sabía que Razul y Sirgal estaban jugando un juego didáctico.

—¿Qué hicieron? —preguntó Mistral—. ¿*Cautivos*?

—Estoy cuidando a los que no se adaptaron —dijo Sirgal. Y mientras tanto, liberaba a todos los humanos, para que las esporas de los hongos los reciclaran.

—¿Mistral, nos ayudás? —pidió Razul—. Ya no sé qué hacer. No sé qué pasa. No nos deja ganar.

—¿Hay algún espécimen —dijo Mistral—, de alguna especie, que no está reciclado?

No puede ser Greta, pensó Razul. Greta está acompañada por el hongo...

—Encontré la solución —dijo Mistral, entusiasmada.

Y envió a dos hongos gigantes, a las costas de Mar Azul, al encuentro con Blanca para reciclarla. Era ella la que faltaba reciclar.

—En cinco minutos ganan el juego —aseguró Mistral.

Greta, Blanca y Verde estaban rodeando una fogata que habían encendido cerca del arroyo.

Verde, que había aprendido muy rápido a pasar de niño a adolescente, conversaba con Blanca.

Dos hongos gigantes se arrastraban por la calle, venían por Blanca. Y Verde lo supo.

—¡Blanca, corré! —dijo Verde.

Pero Blanca lo abrazó.

Intentando protegerla, Verde la apretó tanto, que se fundió con ella en ese abrazo.

Los dos hongos miraron la escena. Detuvieron su marcha: Blanca ya era otra.

—¡Ganamos! —gritó Sirgal, contenta—. Somos el complemento perfecto.

—¡Reciclamos el planeta! —dijo Razul, y festejó.

—Este juego ya me aburre —dijo Sirgal—. ¿Nos enseñás a jugar a destrucción total, Mistral?

—¿Te parece? —dudó Razul. Seguía pensando que se había quedado sin tiempo para jugar con Verde y Greta, como ella quería.

—Sí —dijo Sirgal, segurísima—. Ahora juguemos a destrucción total.

©Isabel Santos

La idea del cuento surgió de imaginar cambios estructurales que afectarían a la Tierra en general. Una catástrofe venida desde afuera del planeta, y por azar, en un juego. También quería que las consecuencias fueran beneficiosas para el planeta. Que en lugar de destruirlo, lo renovara. Enseguida me di cuenta de que la humanidad corría peligro, cuando los jugadores ordenaron a la máquina del juego que reciclara a los humanos y evolucionara a los hongos. Quise salvar a dos personajes humanos de la catástrofe recicladora. Y traté de que los jugadores crearan un híbrido hongo-humano, para que la nueva especie dominante conservara algo de humanidad. Dejé que interactuaran los tres personajes, mientras la Tierra iba cambiando al reciclarse. Todo se complicó por un cambio inesperado, que afectaría tanto al cuento como a los tres personajes.

Tras la gesta libertadora

MARTÍN CASATTI

Martin G. Casatti nació en Córdoba el 1º de Diciembre de 1973 y vive desde los 6 años en Unquillo, una localidad situada a 40 km al norte de la capital, lo que le da la dosis que necesita de árboles y arroyo. Comparte este escenario con su esposa Analía, y tres hijos. Es Ingeniero Especialista en Sistemas de Información, egresado de UTN, institución en donde también organiza la edición cordobesa de Pórtico, Encuentro de Ciencia Ficción. Lee ciencia ficción desde que cayó en sus manos una amarillenta Más Allá, mientras pasaba unas vacaciones en la casa de sus abuelos. Escribía desde que se convenció a sí mismo de que podía emular a sus ídolos (Heinlein, Vance, Asimov, Dick, entre otros). Todavía no sabe si lo hace bien, pero sigue intentando. Es un ferviente defensor de la idea de que la ciencia ficción debe entrar a las aulas de la academia para desafiar a las mentes jóvenes a imaginar futuros mejores.

*La libertad significa responsabilidad,
por eso la mayoría de los hombres le tiene tanto miedo.*

George Bernard Shaw

El sol se escondía tras los hierros de los destrozados pilares de Plaza España. Cuando el último resplandor rojizo desapareciera tras las ruinas de los edificios que bostezaban sobre Pueyrredón, sería momento de salir. Me moví sigilosamente, de sombra en sombra, intentando ocultarme entre los escombros y los autos abandonados.

El Volkswagen escarabajo que me servía de escondrijo estaba a cuarenta metros hacia la derecha de mi posición actual. Un tanto lejos. Todavía había luz. Pero no podía seguir esperando, debía llevarle al Comisario lo que tenía para canjear.

Respiré hondo y corrí recto hacia el vehículo, que siempre dejaba con una de las puertas traseras abiertas. Me zambullí en el asiento con tal precisión que el auto ni se movió y apenas una pizca de polvo cayó de los cristales mugrientos. Años de práctica. Me deslicé hasta la luneta y miré por el agujero donde alguna vez había estado el aire acondicionado. Mi primera compañera me enseñó eso, cuando pintó con su cerebro la ventanilla de una combi al asomarse para revisar los alrededores. Cortesía de un francotirador necro.

La avenida Pueyrredón ya estaba en sombras a causa de los edificios que la flanqueaban. Busqué bajo el asiento el botín que tenía escondido y lo metí en la mochila. Salí del auto ajustándome el pañuelo sobre la nariz y la boca y enfilé hacia la Trinchera. Envueltas con trapos, las latas en mi mochila apenas se escuchaban. Comencé a caminar, aguzando la vista para evitar quebrarme un tobillo en los cráteres de mortero salpicados en las calles que el ejército había intentado en vano recuperar.

Cuando había recorrido cinco cuadras, lo escuché: un aullido largo y penetrante que erizaba los pelos de la nuca y hacía que el sudor bajara por la espalda. La jauría ya había salido del Parque Sarmiento y comenzaba a dispersar sus exploradores. Alguien caería bajo sus fauces antes de que terminara la noche. Un pobre infeliz a quien la oscuridad hubiera sorprendido lejos de su refugio, alguien que no fuera rival para las criaturas de la

noche, que no pudiera volver atrás o buscar refugio. Alguien como yo.

Apreté el paso, incluso a riesgo de hacer algún ruido que pudiera atraer a un explorador de la jauría, un centinela necro o un morlock que estuviera saliendo a desayunar.

Siempre me preguntaba qué mierda había tenido en la cabeza el imbecil que, durante la Gesta Libertadora, había decidido que los animales del zoológico debían ser liberados. Es cierto, ya quedaban pocos pero, ¿en serio? ¿abrir las jaulas y salir corriendo? Los tigres se habían ido hacia el monte, afuera de la ciudad, los hipopótamos duraron hasta que comenzó la hambruna, igual que los ciervos y algún que otro oso. Pero los que verdaderamente disfrutaron de su flamante libertad fueron los yacarés, que hicieron nido en los desagües y alcantarillas, las víboras que tomaron posesión de todos y cada uno de los edificios en ruinas y mis actuales perseguidores, los lobos, que hicieron su hogar de los bosques del Parque Sarmiento.

Escuché el silbido casi demasiado tarde. A la misma velocidad con la que venía trotando me tiré al piso y me pelé los antebrazos, desde la muñeca hasta los codos, sobre el asfalto resquebrajado.

La bolita de rulemán me había golpeado la cabeza de refilón, pero aun así abrió un profundo surco sobre mi sien derecha, antes de incrustarse en la pared a mi espalda. Los morlock, que solían ser los cirujas que mendigaban en la peatonal antes de la Gesta, usaban la honda con mortífera eficacia. No tenían el alcance de las armas de fuego de los necros, pero tampoco lo necesitaban. Alcanzaba con abrir una alcantarilla, esperar algún incauto y reventarle la cabeza con un perdigón de acero templado. Después se lo bajaba a los desagües y se lo desvalijaba. El resto era para los yacarés que vigilaban las entradas del laberinto subterráneo.

Me quedé inmóvil. Impensable luchar en la oscuridad con alguien que probablemente había nacido en los túneles. Mi única opción era la de sorprenderlo. Sentí el olor del morlock cuando se acercó a mí, para revisarme o rematarme, nunca lo supe. Algo grande y pesado lo golpeó, escuché cómo expulsó el aire de los pulmones. Y un baldazo de algo caliente y espeso me cayó en la espalda.

Me di vuelta y lo vi: un enorme lobo gris, el explorador de la jauría que me había ganado de mano, le arrancaba al morlock la garganta de una dentellada y lo tiraba, como un montón de trapos sanguinolentos, contra un pedazo de mampostería que todavía conservaba el logo del banco al que había pertenecido.

Luego se paró sobre el cuerpo y giró la cabeza para observarme, con una mirada perturbadoramente inteligente. Levanté el brazo derecho, sosteniendo con firmeza la 9 mm policial que había pertenecido a mi bisabuelo. Miré al animal sin moverme, sin retroceder.

Nos medimos. Yo sopesando las probabilidades de detenerlo de un solo balazo. El lobo analizando si valía la pena correr el riesgo de intentar conseguir otra presa.

La decisión sólo demoró un instante. El animal levantó la cabeza y lanzó tres aullidos cortos y potentes, avisando a su alfa que había cazado algo. Me miró brevemente, como diciendo “nos veremos otra noche” y se sentó junto al morlok, que se iba enfriando lentamente.

Llegué hasta la Trinchera apenas cinco minutos después. El cauce de La Cañada se había secado hacía mucho, pero la hendidura de piedra se había mantenido limpia de escombros ya que los morlocks la usaban como vía rápida para desplazarse por la ciudad en sus bicicletas desvencijadas.

Una de las últimas acciones inteligentes del ejército, antes de abandonar la ciudad a su suerte, había sido volar todos los puentes sobre la Cañada, partiendo la ciudad en dos zonas, más pequeñas y defendibles. Pero aun así no fue suficiente. Tuvieron que huir hacia el norte con lo que pudieron cargar en los camiones.

Mi orientación no había fallado, el caño oxidado que utilizaba a modo de garrocha para pasar al otro lado estaba donde lo había dejado la semana anterior. Tomé varios metros de carrera y salté, dejando que la gravedad hiciera su trabajo.

Apenas segundos después de caer sobre la otra orilla, dos figuras vestidas de arpillera me tenían encañonado.

—¿Cualanda?—preguntó una.

Retiré la capucha, mostrando mi cara a la luz de la luna.

—¡Hola! —dijo el que me apuntaba al pecho. Las armas bajaron—. ¡Tanto tiempo! Vení. Seguro que El Comisario quiere ver lo que le trajiste.

Cinco minutos después el caudillo me indicaba con un gesto que vaciara la mochila. Diez latas rodaron por el piso. Leche condensada, tomates, arvejas y algunas otras cuyas etiquetas hacía tiempo que se habían perdido. El Comisario abrió los ojos como platos. ¡Eso era un tesoro!

—¿Quéporeso?—me dijo, desconfiado.

—Un remedio. Tromicina. O cualquier antibiólogo. Es pal nono.

El Comisario lo pensó un instante y luego le hizo señas a un subalterno para que lo fuera a buscar.

—¿Está mal?—preguntó, mientras esperábamos.

—Estoy tratando de que no se embiche completo. Los ojos ya se le cayeron, pero el olor me indica que la infección no se terminó con eso. Sigue diciendo que esto antes se curaba re fácil. No me acuerdo como le dice. Un término raro, de los diantes, como casi todo lo que dice. Con-juntaviota o algo así. Se ríe como loco cuando lo dice.

Lo vi como si estuviera ahí: el viejo con las órbitas vacías y un camión que apenas le ocultaba los huesos. “Unas gotitas y en dos semanas estoy como nuevo”, decía poniendo voz seria, seguida por una risita aguda, histérica.

El abuelo —“el nono”, me corregiría si me escuchara— era mi principal fuente de información inútil. Cuando todo se fue al carajo, yo me tuve que quedar con el viejo. Mis padres salieron a combatir el sistema, a propagar la Gesta Libertadora, y no volvieron. Mi hermano fue la cena de un yacaré. El viejo a duras penas se movía, pero por algún motivo no pude dejarlo, como debería haber hecho. Hubo algunas compañeras, pero siempre por interés o aburrimiento. Cuando dejaba de ser útil o entretenido, me dejaban, robándome todo lo que podían, al menos hasta que aprendí.

Según el “nono”, la Gesta no comenzó en Ladocta. Ni siquiera en Argento. La Gesta comenzó en un país llamado Espanya, hace como cien años. El viejo me explicó que “país” era un lugar con muchísima gente y mucho lugar al pedo. Ahí un grupo de personas que formaban parte de ese “país” decidieron que ya no querían serlo. Y se separaron. La cosa fue bastante turbia porque muchos creyeron que en realidad era una movida de los jefes para forzar al pueblo a dividirse y de esa forma controlarlos mejor. No se supo nunca si eso era cierto.

Al poquito tiempo de eso, las ideas de la Gesta desembarcaron en Argento, que era otro país que se llamaba Argentina en esa época, según contaba “el nono”. Y en nada de tiempo ya estaban en Ladocta. Ahí las ideas arraigaron fuerte, decía, porque los que vivían acá, los cordobenses, siempre fueron un poco distintos a los portenios que vivían en la capital. “No nos gustaba que nos prepotearan” afirmaba, “así que hicimos quilombo, como siempre que no estamos de acuerdo con algo”.

Pero algo fue distinto esta vuelta. Ladocta se separó del resto, pero a los balazos limpios. Tenía soldados, tenía aviones como los de las revistas. No tenía barcos, pero eso no importaba, porque tampoco tenía mar. Los límites se definieron como aquellas zonas donde a los vecinos ya no

les interesaba pelear. Si ambos decidían dejar ese terreno así, se hacía una pirca con piedras y listo. Cada uno de su lado. Y bala para el que cruzara. Antes, cuando había balas. Ahora sería flecha, o machete.

El despelote empezó en serio cuando los cordobenses no se quisieron pasar del otro lado de la pirca sino que quisieron hacer su propia pirca del lado de adentro. Arrancaron los del norte, que no querían compartir sus cosechas, los del centro tenían poca tierra pero la mayoría de los vehículos y los aparatos. Los del sur y el oeste se distribuyeron entre el norte y el centro, pero los del este tenían mucha influencia de los portenios, así que empezaron a sabotear las fábricas, a quemar los campos y matar las vacas, hasta que les dejaran declarar su propia independencia. Todavía andan como moteros enloquecidos quemando lo que encuentran y buscando basura para sus granjas de metano, pero ya nadie les da pelota.

Hace unos cincuenta años todos los cordobenses llegaron a la conclusión de que si querían ser verdaderamente libres tenían que dejar de depender de los demás. De todos los demás. El discurso de Joaquín Guevara fue el detonante.

Aún quedaban unos pocos libertarios que recordaban el “credo libertador”, tal como se conocía en esa época:

“Seremos libres cuando podamos decidir libremente entregar lo que nos pertenece o tomar lo que necesitamos. Ningún hombre es superior a otro y ninguno debe pedir permiso para vivir su vida como mejor le parezca. La sociedad es una cárcel. Las normas son muletas para individuos lisiados en sus convicciones. Redes de apoyo para no ser lastimados si caemos. Esas redes deben desaparecer, o nunca aprenderemos a caminar”

En alguna charla nocturna el “nono” me supo decir que el credo era solamente un discurso berreta para justificar el egoísmo total como ideología política. Para mí no era tan grave. La idea estaba buena y Guevara debía haber sido un gran tipo. Al menos hasta que le volaron la cabeza durante la hambruna, porque su termo todavía tenía sopa.

La cosa empeoró rápidamente a partir de ahí. Las fábricas se pararon porque nadie quería un jefe que les dijera qué o cómo fabricar algo. Se saquearon los hospitales en represalia porque acaparaban los medicamentos. Lo mismo con los supermercados que acaparaban alimentos y las comisarías que acaparaban armas. Todo aquel que tuviera más de lo que los batallones libertadores creían que necesitaba era juzgado como

acaparador y ejecutado. Todo lo acaparado lo distribuía el batallón.

Eso funcionó más o menos bien hasta que se descubrió que los batallones se quedaban todo lo que decían distribuir. El punto más alto de la Gesta Libertadora llegó cuando nos liberamos de los que decían liberarnos. La maratón de cacería y ejecuciones fue épica.

Ahí realmente estuvo cada uno en completa libertad de hacer lo que quisiera, tomar lo que quisiera, si tenía la suficiente fuerza, o entregar lo que quisiera, cosa que nunca pasaba.

En esos gloriosos años todos fuimos iguales. Todos menos las personas con habilidades, obviamente. Esos se cotizaban bien. Los que decían llamarse “ingeniero” valían bastante, aunque un poco menos que los que se llamaban “doctor”. Los que se llamaban “mecánico” eran útiles, pero como ya casi no había autos, o lugares por donde andar, tampoco eran la gran cosa. Una vez conseguí un “técnico”, que agarró la radio vieja del “nono” le metió unos supositorios de chapa adentro y empezamos a escuchar voces.

—Refugio —decían—, comida, vacunas, remedios. Si querés vivir en sociedad de nuevo, estamos del otro lado de las Altas Cumbres.

Ni idea de dónde quedaba eso, pero sonaba interesante. Lástima que al que arregló la radio me lo robaron unos Necros hace varias lunas. Para el caso se podrían haber llevado al viejo, total, a la hora de comer es más o menos lo mismo. Pero no. Me dejaron al viejo y se llevaron al técnico. Puta suerte.

El ayudante del Comisario volvió con un paquetito, que le entregó en la mano casi con reverencia. El grandote lo abrió y pareció pensarlo dos veces antes de tendérmelo.

—Son cinco —hablaba de las pastillas blancas sobre el papel madeira—. No sé si te van a alcanzar, pero no te puedo dar más.

—No estarás acopiando, ¿no? Eso no es muy libertario que digamos... —intenté suavizar la desafortunada frase con una sonrisa pero me fulminó con una mirada de sus ojos azules.

—No me tientes o te voy a enseñar dónde te podés meter tu Gesta. Lo único que sé es que uno no puede contra dos, ni dos contra cuatro. Es algo que los lobos supieron siempre. Recordá eso, me lo vas a agradecer. Ahora andate, nos estamos mudando. No creo que nos volvamos a ver.

—¿Los necros...? —comencé a preguntar.

—Los necros, los morlocks, los zombies, los verdes, los lobos. To-

dos se están organizando y nos están destrozando. Ya no quedan lugares para los solitarios, los verdaderos libertarios.

No hacía falta decir más nada. Me fui. Estaba amaneciendo así que la amenaza de morloks o lobos no era tanta, solamente hacía falta ir a cubierto para que los necros no me vieran, pero era lo de menos. A esta hora estarían cocinando a los infelices que habían conseguido atrapar durante la noche.

Llegué a la casa casi una hora después. Me extrañó el silencio. El “nono” siempre estaba hablando solo, aun cuando sabía que eso le podía costar la vida. Creo que ya no le daba mucho valor a su vida. Entré por la chimenea, como siempre que creo que hay algo raro. El viejo estaba sentado en el living. Con su camisón bien atado, en la reposera cómoda, mirando con sus órbitas vacías hacia la chimenea, como espe-rándome. El charco de sangre que mojaba sus pies ya estaba casi negro y apenas algunas gotas caían perezosamente de sus muñecas abiertas. Un tramontina oxidado descansaba sobre sus piernas.

Se las había ingeniado para escribir con un palo quemado, en la pared a su espalda, una frase:

“Las civilizaciones mueren por suicidio, no por asesinato”

Un silencioso reproche me siguió por toda la casa mientras juntaba lo que pudiera serme útil para el viaje. Mientras volvía de la Trinchera había revisado el papel que el Comisario me dio con los antibiólogos. Tenía un regalo. Un mapa tosco pero entendible que mostraba Ladoceta y un camino sinuoso que pasaba a través de unos picos altos. Una cruz, del otro lado, era a la vez intriga y promesa.

Era momento de ir a ver qué era eso que estaban inventando tras las montañas. Se decía que las personas se juntaban para ser más fuertes, para protegerse y hacer cosas que no podían solos. Se decía que hasta le estaban dando nombres a esas... pandillas grandes. “Traibus” les llamaban.

Tomé la mochila y salí a la calle. El sol ya estaba pleno en el cielo. Cerré lentamente la puerta, con respeto.

—Adiós, “nonino” —murmuré, y comencé a caminar, silbando una melodía que ya nadie recordaba. Lo único hermoso que el viejo me había enseñado.

*La idea de este relato surgió de un noticiero, y de un tweet sobre un partido político. En su infancia fue un par de artículos científicos¹ ² y en su adolescencia fue un cruce raro entre *Mad Max: Fury Road*, la película de George Miller y, *El clamor del silencio*, la novela post apocalíptica de Wilson Tucker. Ustedes decidirán si ya es adulto.*

Me explico mejor. Una noticia sobre la independencia de Cataluña y algunos tweets del partido libertario fueron la génesis de éste relato. El tema me intrigó tanto que decidí buscar algunos datos de contexto sobre las organizaciones sociales y su posible papel en la evolución.

Resulta ser que la organización social le dio a la raza humana una ventaja evolutiva importante. Los conocimientos y habilidades ya no necesitaban ser aprendidos por cada individuo en particular sino por uno solo, que después lo diseminaba por la tribu, que se beneficiaba en su conjunto. Y una tribu de 50 personas podía estar aprendiendo y adaptándose de 50 formas distintas simultáneamente.

Por otra parte, la ciencia ficción me obligaba a preguntarme ¿Qué pasaría si... decidiéramos descartar las estructuras sociales? ¿Se traduciría eso en una involución? ¿Se llegaría a extremos animales o se encontraría un punto intermedio entre la gran masa informe de personas moviéndose como ganado y el individuo absolutamente libre y absolutamente egoísta?

*El desierto futuro de *Mad Max* o el páramo helado de *El clamor del Silencio*, ¿se produciría a causa de una rebelión social en lugar de un ataque nuclear? ¿Es posible que un estímulo tan distinto produzca un resultado similar a los que muestran esas obras? Eso es lo que quise explorar con este breve relato. Stan Lee puso en palabras de uno de sus héroes (en realidad de su mentor y consejero, el Tío Ben), una frase que decía “Un gran poder conlleva una gran responsabilidad” (aunque las malas lenguas dicen que en realidad pertenece a Voltaire). Y el poder de ser completamente autónomos como individuos, sin rendir cuentas a nadie, sin lazos, sin dependencias, es sin lugar a dudas un gran poder. ¿Tendremos la responsabilidad suficiente como para ejercerlo? ¿O pereceremos al tratar de des-hacernos de una de las herramientas evolutivas que ha logrado que hayamos llegado hasta donde hoy estamos?*

¹ Boyd, R., & Richerson, P. J. (2009). Culture and the evolution of human cooperation. *Philosophical transactions of the Royal Society of London. Series B, Biological sciences*, 364(1533), 3281-8.

² Kaplan, H. S., Hooper, P. L., & Gurven, M. (2009). The evolutionary and ecological roots of human social organization. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B: Biological Sciences*, 364(1533), 3289-3299.

El recomponedor de sueños

ARIEL KARLEN

Ariel Karlen

Soy diseñador multimedia, músico (melómano empedernido!) y un intento de escritor. Crecí en Córdoba, en el campo, jugando al fútbol en potreros embarrados, cazando mariposas con ramas, jugando a los pistoleros en el monte y saltando ríos en cuerda, hasta que un día me sentí trasladado a la ciudad de Mendoza, dejando en el camino solamente bellos amigos que al día de hoy sigo manteniendo.

Elegí la música como una manera de encaminar mis emociones y mi energía. Elegí el diseño en un intento de mantener mi utópica libertad y adentrarme en el sistema.

Conocí en Mendoza una bella mujer, quien me dio una hermosa familia y cada vez que puedo llevo a mis hijos a la bella Córdoba para que sientan ese aroma embriagador de lo que yo defino como felicidad, para que vean como fueron mis días de juegos, campo y río.

El despertador sonó a las 06:30, como todos los días. El señor Gray se levantó, fue hasta su placar, descolgó su camisa blanca, impecable, pantalón de raso blanco, zapatos y se vistió.

Luego de ir al baño a higienizarse, se miró al espejo y vio lo mismo de todas las mañanas, mismo peinado, misma mirada.

Desayuno su café amargo, con 3 galletas de cereal, lavó la vajilla, la secó y la guardó rápidamente. Hoy le esperaba un día igual que los demás: sentarse en su oficina y controlar que todo el trabajo en La fábrica de cajas de seguridad para sueños rotos funcionara igual que como había funcionado durante más de 250 años, él, el *Señor Gray*, sucesor de una estirpe de empresarios debía mantener todo como lo recibió de su padre, quien a su vez lo heredó del suyo.

Subió a su auto y manejó a velocidad moderada por las mismas calles de siempre: unos 13 minutos desde que abría el portón hasta que estacionaba en su lugar designado.

Entró a la fábrica y subió a su despacho. Su secretaria le tenía un resumen de las novedades más importantes del ámbito empresarial de las últimas horas.

Se sentó y comenzó con su rutina diaria. Sonó el interno y el Señor Gray se sobresaltó un poco. No estaba acostumbrado a las interrupciones.

—Señor Gray, disculpe que lo moleste —le dijo su secretaria—. Un empleado quiere verlo.

—¿A mí?

—Sí, dice que tiene algo interesante para mostrarle.

—En fin, hágalo pasar.

No acostumbraba a recibir a nadie en su despacho que no fuera por cuestiones puramente empresariales. Estaba en su lugar de vida, su espacio en el mundo y era muy reticente a mostrarlo.

La secretaria de Gray abrió la puerta e hizo pasar a su empleado. La primera impresión que le dio lo incomodó un poco, la persona que acababa de entrar era alto, el pelo desordenado, bien vestido, pero a la vez daba un aire de despreocupación, sin corbata y la camisa un poco desacomodada.

—Buenos días —le dijo Gray—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días— le contesto el hombre—. Disculpe que lo moleste. Sé que es un poco impertinente de mi parte tratar de hablar directamente con usted, pero me gustaría mostrarle una nueva idea en la que he estado trabajando hace tiempo. Creo que puede interesarle

—¿Una nueva idea? —Se asombró Gray, hacía años que ese concepto había sido olvidado y no le gustó escucharlo.

—Sí, le muestro...

El hombre alto sacó un paquete envuelto en papel de diario, desprolijo. Era un artefacto extraño, cuadrado, una caja, realizado enteramente en madera, con una ranura de unos 2cms de alto por 15cms de largo, una manija rotatoria al medio y otra ranura más grande en la otra punta.

—Es el Recomponedor de Sueños Rotos 2000 —le dijo—. Usted coloca su sueño roto por la ranura más chica, gira la manivela y obtiene su sueño totalmente arreglado, más vivaz, con más colores y más brillante.

Le hablaba de manera entusiasmada, algo nunca visto por Grey.

—Lo único que necesito es su aprobación para construirlo en serie. —le dijo mirándolo directamente a los ojos. —Si usted acepta le doy los derechos de la máquina; a mí solamente me interesa ver mi proyecto en la calle, nada más.

Lo que más le molestaba a Gray de este hombre era la sonrisa, que se hacía más grande a medida iba hablando.

—Espere un momento señor...

—Dreamer —le contestó el hombre.

—Señor Dreamer, ¿usted sabe a qué nos dedicamos acá? —le preguntó con un tono que rozaba la burla. —Hacemos cajas de seguridad para sueños rotos, para que la gente pueda guardar esos sueños y no volver a verlos nunca más.

Mientras hablaba se paró y empezó a recorrer la habitación, con sus manos en la espalda, evitando mirar la sonrisa imperturbable de Dreamer.

—Todos sabemos que los sueños son frágiles, nos frustran y entristecen nuestras vidas cuando se rompen. ¿Quién querría un sueño nuevo

que le durara unos segundos, se rompa y nuevamente haga nuestras vidas más amargas que antes?

Sacudió la cabeza como quien explica un tema trivial a un niño pequeño.

—No, señor Dreamer, los sueños rotos se tienen que guardar en nuestras cajas y no volverlas a abrir nunca. Aparte eso va en contra de nuestro negocio.

—Ahí se equivoca —respondió Dreamer—. Los sueños son lo que mantienen nuestra vida, lo que da fuerzas para continuar y, ¡tienen de colores el alma! —Le dijo Dreamer, levantando un poco la voz y tratando de ponerse frente a Grey.—Es cierto, son frágiles, pero con mi máquina se podrían volver a reparar en un instante y tampoco va en contra de su negocio, ya que se necesitan grandes tiempos de recarga entre reparaciones de sueño.

Mientras hablaba levanto la caja del escritorio y la volvió a apoyar, con un golpe sordo. Por un momento Gray sonrió, pensó que Dreamer estaba perdiendo su presencia, y sin saber bien por qué esto lo animó un poco.

—La gente mientras tanto podría almacenar sus sueños rotos en sus cajas —continuo Dreamer, con la voz un poco más quebrada—, hasta que el Recomponedor este nuevamente cargado.

—Dreamer —le contesto Gray, sorprendido por su propio tono de voz, sonaba como un padre regañando a su hijo, con lástima. —Lo que usted me está proponiendo es imposible, no me interesa recomponer sueños, las cosas están como están y así funcionan bien.

Más que sentarse se dejó caer, cansado.

Después de un incómodo silencio de 3 o 4 segundos, Gray levantó la cabeza, y con un tono de voz arrogante le dijo:

—Por favor retírese y hágale un favor a la sociedad, destruya esa máquina en cuanto llegue a su casa.

Dreamer salió de la oficina con la cabeza baja, y se ubicó nuevamente en su puesto de instalador de tapas de cajas de seguridad de sueños rotos.

A Gray le molestó la inestabilidad que sufrió por un momento, y pasó el resto del día de mal humor.

A las 19 salió de su oficina, tomó la calle de siempre, a las 19:13 estaba en su casa. Abrió la heladera, sacó una lata de sopa, la abrió y la calentó en el microondas. Por un día rompió su rutina y fue hasta su

aparador, abrió el cajón y saco su “Caja de Seguridad para sueños rotos”. Introdujo la combinación de seguridad, la que le tomo unos 5 minutos recordar, y saco 4 pedazos de una foto, gris y ajada por el tiempo, la armo sobre la mesa como pudo, y vio a un niño sonriente de unos 7 años, con una escafandra de astronauta y una nave espacial totalmente de cartón.

Recordó como su abuelo se rió de él cuándo salió al patio, delante de toda su familia, ese domingo familiar, y como su padre le rompió su brillante y hermosa nave mientras gritaba:

—¡Los Gray no somos soñadores, nacimos para vivir con los pies en la tierra! ¡No somos lo que somos porque desperdiciamos el tiempo, sino porque lo ocupamos en mantener nuestro negocio!

Hasta su madre lo miró decepcionada y entro de nuevo a la casa con la mirada baja.

Ese día se encerró en su habitación y se dijo a si mismo que nunca más trataría de impresionar a nadie y entendió que los sueños solamente complican la vida y molestan a las personas que te rodean.

Desarmó la imagen, la volvió a meter en su caja y se durmió con el ruido del televisor de fondo.

Esa noche fue rara para él: soñó con estrellas y viajes espaciales.

Dreamer salió tarde del trabajo, llegó a su casa, besó a su mujer, y a sus dos hijas. Cenaron una exquisita lasaña y hablaron cada uno de cómo había sido su día.

Cuando sus hijas se durmieron, Dreamer y su mujer se acostaron e hicieron el amor.

Se levantó despacio a las 03:00 am para no despertar a su mujer, fue hasta su placar y sacó su caja de sueños rotos. Adentro había una foto a todo color, brillante, de un niño, alto, el pelo desordenado y la remera manchada con pintura blanca. En la mano tenía un martillo y un pincel, desparramado por el piso había clavos, una tenaza, alambre y otros elementos, mientras mostraba orgulloso un cohete espacial de madera, pintado de blanco.

—Mañana de nuevo —dijo Dreamer, y se guardó la foto en su bolso del trabajo, al lado del Recomponedor de Sueños Rotos 2000, se acostó y abrazó a su mujer hasta quedarse dormido.

El despertador sonó a las 06:30, como todos los días. El señor Gray se levantó, fue hasta su placard, descolgó su camisa blanca, impecable, pantalón de raso blanco, zapatos y se vistió...

©Ariel Karlen

Quien renuncia a sus sueños empieza a morir de a poco. Cuando empezamos a crecer dejamos de lado todo ese espíritu soñador que nos movía para superarnos, ser felices, disfrutar la vida, o incluso pasarla bien por un momento solamente, sin mirar más allá del momento.

En un futuro distópico, quizás no tan alejado de nuestra realidad, un día cualquiera, la vida normal y monótona del Señor Grey, un empresario exitoso dueño de una de las empresas más grandes del momento, se verá cuestionada por la visita de un personaje por demás peculiar, quien sin desearlo generara un pequeño sismo en los cimientos de su realidad.

Este cuento es muy importante para mí, ya que trato de reflejar en él esas dos conciencias que habitan en uno, la que dice que hay que dejar de pelear y aceptar la realidad que a uno le toca, sin poder cambiar las cosas, y la que me dice "seguí intentándolo, te caíste? Arriba Ariel, mañana de nuevo".

También es una crítica a una sociedad estructurada, donde hay gente que ya sea por el conformismo, miedo o ignorancia y que teniendo la posibilidad de generar un cambio ya sea pequeño o grande, ya sea en uno mismo, en una persona o en una comunidad, se encarga de pisotear los sueños de aquellos que no teniendo las herramientas pero si las ganas y las ideas, van por la vida con una sonrisa en la cara.

Siempre me sentí un poco como el Señor Dreamer, fuera de lugar y acosado por los Grey de esta realidad, (tengo un pequeño Grey dentro de mí que cada tanto toma el control), pero sé que hay gente como yo. Lo sé porque la tengo a mi lado, y ella fue quien me animo a escribir, y cuando surgió la posibilidad, a mandar este hermoso cuento para la Antología. Espero lo disfruten tanto como yo cada vez que lo leo.

Prueba funcional

JACK H. VAUGHANF

Jack H. Vaughanf nació en Buenos Aires en el año 1993. Es graduado de la carrera de Edición en la Universidad de Buenos Aires y actualmente cumple la función de adscripto en la materia Fundamentos de la Producción de Impresos. A veces es bartender, otras es alquimista de étlicos, músico, librero y psiconauta. Participó en la primera antología de Pórtico *Futuro Imperfecto* y relatos suyos pueden leerse en las revistas *Axxón*, *Próxima*, *NM* y *MiNatura*. Publica un poco de poesía sin métrica en faetondelespacio.wordpress.com

León llegó a su vecindario al anochecer, como casi todos los días. Podía permitirse organizar sus horarios de trabajo en el taller de programación, por lo que solía quedarse más horas que las establecidas por la resolución del sector de labores no domiciliario. Esta vez apareció por su vecindario una hora antes de lo habitual, debido al apremio de una serie de actos que se debía hacer tiempo, y que acababa de llevar a término.

León llegó a su vecindario al anochecer, una hora antes de lo habitual, debido al apremio de una serie de actos que se debía hacer tiempo, y que acababa de llevar a término. Ahora avanzaba por la acera a paso firme, haciendo un recuento de los crímenes que había cometido durante los últimos treinta minutos, incluyendo haber robado instrumental valioso de su trabajo en el taller de programación y luego haber invadido propiedad privada. Y si bien sus manos no estaban manchadas de sangre, así las sentía.

Al doblar la última esquina, sus ojos se detuvieron sobre la figura que yacía temblorosa sobre el césped de la primera vivienda. Se percató de que se trataba del perro de Walter, un vecino que vivía a dos calles de distancia. Por un instante creyó estar viendo cómo la criatura se revolcaba juguetonamente entre unas plantas, no obstante, no tardó en notar lo que en realidad estaba sucediendo. El animal intentaba incorporarse impulsado por su propia cabeza, cuando esta no hacía más que golpear contra el suelo, mientras que sus patas se agitaban vencidas a los costados, debido al peso de su pequeña estructura. Unos constantes aullidos de dolor se elevaban por el aire, eran tan repetitivos que León identificó el origen del problema.

Pugró por dejarlo como estaba y seguir su camino sin volver a cometer otro crimen. No obstante, luego de notar que nadie rondaba por la calle, y sabiéndose con los recursos necesarios, bajó su bolso y extrajo su valija con el instrumental robado de su trabajo. Era la segunda vez que lo usaba fuera del taller y se sintió blandir el equivalente de un arma láser, cuando levantó la tapa craneal del pequeño cachorro. Conectó el cable a su celular y comprobó que el hardware estaba en buenas condiciones. En la pantalla apareció el código de vida. Abrió su programa para reescribir el enlace roto y la falta de ritmo de una de sus líneas. Lo más difícil era sortear la seguridad que le impedía editarlo, por más que en su trabajo hubiese participado en el equipo de desarrollo de esa versión, era lo que entre ellos llamaban “la seguridad de consumo” pues una vez arruinado el código de vida, podían ofrecerles un reemplazo. Por su parte, con su pericia podía extender un poco más aquella garantía y editar su comportamiento con el objetivo de evitar el excesivo desgaste de la entropía.

Luego de corregir el error que había causado el colapso, procedió a añadir al final el comando: “Regresar a la casa del amo. Solicitar un paseo por la calle 11”. Pues, como todos sus trabajos, debía requerir de una prueba funcional que pudiese comprobar con sus propios ojos.

Cerró la tapa del cráneo y guardó el instrumental en su bolso. Retomó el camino de regreso mientras cavilaba que era la segunda vez que arreglaba algo en el día.

Ingresó el código de acceso a su casa y traspasó el umbral. Dejó el bolso sobre el sofá del living y avanzó directo, cruzando el largo pasillo hasta su dormitorio en el contra frente. Puso los dedos sobre el vidrio de la ventana y los extendió para que el polarizado se aclarase y permitiera la visualización de la imagen exterior del vecindario. La noche estrellada parecía ganar la batalla, aunque paulatinamente las sombras eran delimitadas por los diversos faroles de proteína dispuestos regularmente sobre la calle. Bajo aquella variedad de luces, a pocos metros, se alzaba la casa que era objeto de su contemplación. Sabía que el jardín del vecino no había sido regado en días, hizo una mueca mientras separaba ambas manos sobre el vidrio para que la imagen se volviera más cercana. Era tal como pensaba: la jardinera no había estado presente durante varios días y sabía la razón de aquello.

Oyó la suave brisa de una sábana y sus sentidos atendieron a su cama ubicada a un costado de donde estaba parado. Con el rabillo del ojo,

aunque aún sin quitar la vista de la casa del vecino, percibió el movimiento en la penumbra de su habitación.

—Amor, ¿qué estás mirando? —oyó murmurar.

León se mordió el labio y suspiró antes de responder.

—Hoy tampoco vino la jardinera, probablemente esté en rehabilitación. Solo se me ocurre que no habrá retribución suficiente para esos hábitos que tiene nuestro vecino... —manifestó.

Su compañera extendió ambos brazos al aire y de su boca salió un gemido similar a un bostezo.

Por la acera que bordeaba aquella casa, León vio la sombra del perro de Walter corretear con saltos intermitentes al lado de su amo, quien se hallaba sorprendido por la reavivada energía de su mascota. La voz femenina interrumpió su visión.

—Sigues interesado en eso.

—Sí, ¿no has visto algo extraño durante el día?

—No, me la he estado en la cama, como sabrás, el reposo es necesario en mi estado.

León volteó su cabeza y exploró con atención la figura tendida delicadamente sobre el amplio colchón. Su mirada descendió y se detuvo en el sector medio cubierto por la frazada, desde el cual asomaba un bulto que con el paso de los meses se había vuelto más grande. Se olvidó de la casa del vecino por un instante y se arrojó a la cama. Colocó una mano sobre la pálida barriga y la sintió elevarse y descender al ritmo de la respiración acompasada. Por su mente desfilaron sensaciones variadas de calidez y de ternura que amainaron el estado de tensión en que se encontraba. De golpe le pareció escuchar algo y su atención regresó a la ventana.

Manejó el lente del vidrio de tal modo que se produjera una ampliación hacia la casa de enfrente cuyas ventanas se hallaban, para su suerte, absolutamente descubiertas de polarizados y cortinas.

Allí la vio, con su largo cabello rojo, y su vestido azul brillante. Estaba de pie frente a la mesada de la cocina, sosteniendo la batidora que giraba sus hélices sobre una mezcla en un cuenco de cristal. A su alrededor había varios tazones similares a los que turnaba la atención con ritmo para que no perdieran la consistencia. León comenzaba a preguntarse si aquello eran los inicios de un pastel, cuando entonces vio a Roddy aparecerse en la cocina. Como siempre, con su reducida cabellera cortada para ocultar su calvicie, su musculosa blanca que a duras penas

le entraba y sus bermudas color caquí que resultaban inmensas para sus piernas.

Los vio a ambos intercambiando algunas palabras de una charla que León juzgó como poco reflexiva debido a los cortos intervalos en que se daban las frases. En determinado momento, Rody permaneció de pie mirándola con cierta prepotencia, y luego de pasear la mirada entre cada objeto de la cocina, no tardó en extender el brazo hacia el cuchillero de madera que reposaba sobre la mesada, para retirar uno de los cuchillos. Estuvo un momento jugando, pasándolo de mano en mano, finalmente se le acercó tomándola del hombro y le apoyó suavemente el filo sobre la mejilla. Ella dejó de batir la mezcla y le dirigió una mirada vacua y distraída. Rody soltó el cuchillo sobre la mesada, dio un paso atrás, sonriente, y finalmente salió de la escena de la ventana corriendo como un niño que hizo una travesura.

Mientras tanto, retrocediendo parcialmente su atención, León notó una presencia a su lado. Su mujer ahora estaba de pie, acompañándolo en la contemplación. Divisó su figura mortecina y bajó la mirada. Sus pechos estaban firmes, y poco habían cambiado desde la concepción. La panza pendía gloriosa, inclinada por la gravedad debido al estadio avanzado del proceso. Por su mente pasó una repentina duda referida a la consistencia del ser resguardado en aquella matriz, pero la idea se le borró de la mente cuando volvió a percibir movimiento en la cocina de enfrente.

Rody nuevamente apareció en escena y esta vez fue a situarse decididamente detrás de ella y con un paso lento, avanzó hasta que su cadera quedó apoyada sobre su trasero. León vio cómo Rody comenzaba a ejecutar un movimiento pélvico sobre uno de los muslos de ella, al tiempo que deslizaba una robusta mano por debajo del vestido. Con la otra tomó el filo y comenzó al blandirlo cerca de su piel, aplicando esta vez más fuerza, la suficiente como para efectuarle un breve corte en el hombro antes de dejarlo caer sobre la mesada nuevamente.

León había dedicado una consternada atención a la pasividad con la que recibía el corte, y siguió viéndola trabajar en la mezcla, hasta que, en un instante, vio las amplias manos de Rody enroscarse con fuerza en su delgado cuello para luego, con un envión, empujar la cabeza con fuerza hacia adelante. Varios tazones cayeron al suelo y el sonido de cristales rotos llegó mermado por la distancia. Ella intentó incorporarse apoyando ambos brazos sobre los bordes, no obstante, con poco es-

fuerzo, Rody la sostuvo de su cabello rojizo ahora vuelto un manojo entre sus garras, hasta tenerla inclinada totalmente sobre la mesada. Con una mano rasgó el vestido, y con la otra comenzó a desabrocharse el cinturón.

—¿Quieres que llame a las autoridades competentes? —escuchó decir a su mujer, que impasible miraba con ojos brillantes la escena.

—No.

Rody dedicó al primer envión la fuerza de quien está inspirado en la pura destrucción. Sus manos jalaron del cabello al tiempo que agitaba sus caderas con fuerza temblorosa y agitada. León lo veía morderse la lengua y proferir frases que pese a no escucharlas, las imaginaba ajenas a cualquier situación corriente.

—León, amor mío, ¿no crees que deberíamos llamar a la policía o al servicio técnico? Algo no parece funcionar bien.

—Espera un momento.

Aquello parecía no ser suficiente para Rody, a tal punto que tironeó fuertemente de ella para guiarle cabeza hasta al interior del cuenco de cristal y obligarla a dejarlo ahí mientras empujaba con más velocidad y concretaba un climax que arrugó su rostro y emblanqueció sus ojos. León contuvo la respiración por unos segundos. Una parte de su mente guardó esa escena como si fuera una fotografía, aunque era más que eso: era un vivo retrato que guardaba las causas que lo habían llevado a cometer aquellas criminales ediciones de código durante aquella tarde.

Desde ese momento todo fue muy rápido, como si desde la inmovilidad extensa surgiera un volcán de fuego. El giro fue tan veloz que ni León pudo comprender que en ese momento aquello estaba sucediendo ante sus ojos. El delgado brazo de ella, que hasta ese momento había sido frágil, se dobló y se puso en tensión, transformando su codo en una relampagueante fuerza de choque que fue a dar de lleno en la jadeante boca de Rody. En un instante pareció que sus labios se habían borrado por el impacto, pero ahora eran parte de una nueva masa de dientes atravesados que llenaban su boca de una cascada roja. Fue despedido hacia atrás, tambaleante, y sus dos manos, luego de liberar el cabello, intentaron contener el flujo desbordante, mientras sus ojos crispados denotaban una mezcla de sorpresa y pánico creciente. Aun así, solo León sabía qué tan perdido podía estar Rody en ese momento.

León la vio irguiendo su espalda hasta quedar grácilmente incorporada. Sus cabellos rojos y despeinados cubrían sus senos artificiales que

habían quedado expuestos entre el azulado vestido rasgado. Giró sobre su eje mientras contemplaba a su amo impasible como si solamente la hubiese llamado por su nombre. Extendió su fino brazo y tomó el cuchillo dejado en la mesada. Luego, se tomó un tiempo para avanzar hacia el cuchillero y con la otra mano hacerse de otro en su poder. Con un paso elegante y, un movimiento producto del frío cálculo, hizo desaparecer ambos filos enterrándolos en el abdomen de Rody.

León contempló la escena con una gravedad que no dejaba de resultarle satisfactoria. Los ojos de Rody se habían agrandado sin dar crédito a lo que estaba aconteciendo, y el creciente temblor de sus fallas motoras, junto con su conciencia mermante, eran todo lo que León había deseado desde que lo había descubierto arremeter sobre todas compañeras que lo asistían en las tareas de su hogar.

Se hallaba completo en su realización y creía estar sintiendo por ellas todas las emociones de justicia brutal que ellas fueron incapaces de sentir. Era como si él mismo sostuviera los cuchillos por el mango y se resistía a soltarlos cuando el cuerpo sangrante de Rody comenzaba a desvanecerse en el suelo. Finalmente, la carne cedió a su fuerza sobrehumana y una nueva oleada carmesí comenzó a fluir eterna, cubriendo el suelo de la cocina, mientras que ella permanecía inmóvil, como apagada, con brazos extendidos y sosteniendo un cuchillo en cada mano.

Luego de comprobar la prueba funcional, León colocó sus índices sobre el vidrio de la ventana y, con un veloz movimiento, volvió a polarizarlo, ocultando la escena detrás de un telón oscuro.

—¿Qué ha pasado? —inquirió su compañera.

—¿Qué crees haber visto?

—Una persona fue asesinada, y otra necesita servicio técnico. Debemos llamar a los especialistas pertinentes.

—Primero debes guardar reposo.

León trató de olvidar lo recién acontecido. Esta vez se inclinó y apoyó ambas manos sobre el vientre de su compañera. Lo apretó suavemente y recibió un empujón desde adentro como un informe de la situación. Ahora lo sintió más claro, pero ¿era aquello blando o más duro de lo normal? Miró hacia un costado y apretó su oído contra la matriz. Allí estaba la pequeña diferencia, un sutil murmullo eléctrico. Decidió que debía realizar un diagnóstico para cerciorarse de que todo marchara como debía.

Regresó por el pasillo en busca de su bolso. De allí retiró la valija con el instrumental de trabajo. La tomó de la mano y la condujo nuevamente hacia la cama. Ella se dejó llevar. Haría aquello y todo lo que él le dijera, por lo menos hasta que se venciera su código de vida.

© Jack H. Vaughanf

En el año 2018 la compañía fabricante de muñecas sexuales hiperrealistas, Abyss Creations, presentó una versión llamada Harmony, la cual posee una IA controlada por medio de una app y que permite portar una personalidad actualizable que simula una relación. Este objeto posee también movimientos sincronizados de cuello, mandíbula, agitación y rostros intercambiables. Así, estamos frente a un mercado emergente de la mano de compañías como Realdoll y Realbotix que ofrecen compañeras sexuales artificiales con la capacidad de establecer relaciones “emocionales” e incluso alcanzar el “orgasmo”. Y si bien se puede seguir una línea que implicarían las ventajas de tener un acompañante de este tipo para, por ejemplo, personas solitarias o incapaces de relacionarse, el centro del debate que se plantea en esta historia, lo expresarían manifestaciones como un robot fabricado por True Companion llamado “Farah la frígida” con la opción “especial” de resistencia para fingir una violación.

Pareciera que no es lo mismo tener sexo con una muñeca inflable que con un robot humanoide, pues hay una escala de técnica y realismo evidentemente superior en el segundo caso. No solo respecto a lo material, sino por una carga simbólica que deja entrever una visión parcial buscada adrede, y que implica puntos de vista para nada arbitrarios al reproducir estereotipos y roles a cuestionar hoy en día cada vez con mayor ahínco, para no tener que habitar un futuro que permanezca poblado por estos.

Opino que el ser humano deviene con ayuda de su entorno y las realidades que crea haciendo uso de sus dones, y es bueno saber que ciertas obras le traen un proceso de aprendizaje consecuente, más allá del técnico. Por eso, haciendo uso de estas capacidades de creación y comprensión, mientras más conscientes seamos de que ciertas realidades tecnológicas recientes que parecen novedosas, son también portadoras de ideales antiguos a poner en tela de juicio, más consecuentes seremos a la hora de crear, hacer uso y conectarnos. Quiero creer que de este modo se gestan las posibilidades de entablar relaciones más sabias y responsables con nuestro entorno social.

Itami wanai

CHINCHIYA ARRAKENA

Chinchiya es el seudónimo de Juana Inés Gallego Sagastume. Nació y vive en LaPlata, provincia de Bs As, Argentina, pero pasó sus primeros años en Campinas, Brasil. Guía-scout desde chica, llegó a ser instructora de aire libre y adoptó su tótem animal como alias. Le gusta diseñar futuros posibles y explorar diferentes universos, por tanto logró títulos tan disímiles como Ingeniera en Electrónica y Coach Ontológico. Se dedica a enseñar y estudiar física en la UNLP, y como coach a organizar eventos y acompañar a personas que quieren emprender procesos de cambio.

En 2015 publicó su primera novela, Tatuajes en Espejo. Ha publicado cuentos en Axxón, NM, Próxima, en la antología Tricentenario y en blogs. Debutó como editora con "Futuro Imperfecto", primera antología de cuentos de ciencia ficción de Pórtico, y ésta es su segunda experiencia como editora. Escribe desde siempre: cuentos con temática fantástica o de ciencia ficción, poesía, narrativas de rol y reflexiones de coaching. Practica artes marciales, danza y música, dibujo y pintura con aerosol; también le gustan la vida al aire libre, las motos, viajar, de donde saca ideas para las reflexiones en redes sociales y cuentos. Está escribiendo su segunda novela.

Es organizadora de Pórtico – Encuentro de ciencia ficción en La Plata, y otros grandes eventos. Asesora y colabora con los equipos organizadores de otras sedes de Pórtico en Mendoza, Córdoba, Entre Ríos y otros que están en proceso de serlo.

Está casada y tiene una hija ya no tan pequeña, con quien comparte el wushu, la creatividad y la fantasía y algunos juegos de rol.

“No pain, no gain”

2015

—¿Viste el último artículo de Nature? —Marian no podía ocultar su entusiasmo.

—¿Mmm? No, no sé a cuál te referís. Creí que ya no pagabas esa mierda.

—Siempre se vuelve a los viejos vicios... Por favor, dejá eso un segundo y prestame atención.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué pasa? —contestó Clelia, divertida.

—¿Te acordás del grupo de Japón?

—¡Sí, claro! Los que trabajaban con nociceptores...

—¡Esos! Bueno, parece que la pegaron con una droga, ¿ves? Lograron inhibir varias enzimas que son importantes en la biosíntesis de las prostaglandinas...

—¿En castellano? Soy tu directora, pero esa no es mi área de *expertise*.

—¡Perdón! Elevaron químicamente el umbral de dolor a un nivel impensado... Es casi insensibilidad a cualquier dolor. ¿Entendés las implicaciones de esto?

— ...

—No te quedes así, en “pantalla azul”. ¡Decime qué pensás! ¿No es maravilloso?

—Se me ocurren muchas palabras... En un primer nivel, sí, “maravilloso”. Pero si escarbás un poquito más... No sé... Tal vez no sea tan bueno. Cuando te falta aceite a tu auto, te enterás porque se prende una lucecita roja. Vas y le ponés aceite, no rompés la lucecita roja, ¿no es cierto?

—¡Uy, vos siempre tan purista! Pensá en los pacientes de cáncer terminal... en operaciones sin anestesia, en las personas con migrañas...

—Sí. También pienso en soldados que pelean hasta morir porque no sienten las balas.

La becaria miró intrigada a su directora de tesis. Siempre tenía un “algo más” que a ella no se le ocurría... Bueno, por algo la había elegi-

do. Sin embargo se preguntó si Clelia no estaba atada a viejas creencias. Se dio vuelta y simuló chequear su correo en su notebook.

Recordó las leyes de Clarke que decían que “Cuando un científico eminente pero anciano afirma que algo es posible, es casi seguro que tiene razón. Cuando afirma que algo es imposible, muy probablemente está equivocado”. Clelia no tenía muchos años más que ella, pero rara vez dudaba de su criterio.

2018

Keiko Shinobu preparó su desayuno a base de sake y cereales. Se rió frente al espejo y se preguntó cuánto más podía soportar su pobre cuerpo. “Qué sigan viniendo”, era su frase preferida.

¡Qué maravillosa sensación invadió su pecho al recordar su trabajo publicado! Y más aún: las caras incrédulas de Yuri y su equipo. Casi... casi más placentero que la ausencia de resacas. “Mis arañitas han cumplido muy bien su trabajo, callades hasta el último minuto. Tengo un equipo de trabajo realmente extraordinario”.

Pensó en Hikari. El pobre imbecil de Hikari aguantaba todos sus caprichos, como esa vez que se le antojó vodka a las tres de la mañana porque había una idea que no terminaba de formarse en su cabeza... Rió con ganas recordándolo: ¿cómo pudo tragarse esa excusa? No, no le tenía lástima. Además, no sólo Hikari la consentía: el equipo entero se ponía a sus pies cuando entraba en el laboratorio. Todos sabían que el alcohol no era su único vicio: el trabajo era más importante aún y como jefa era brillante e implacable.

Después de todo, las resacas habían hecho que ella buscara el analgésico definitivo, y por fin lo había logrado: una patente millonaria. Ya nunca tendría que preocuparse por su futuro.

Sin embargo, el día que el equipo festejó, vio una sombra de duda en Hikari. No era tonto, después de todo. A ella también se le había cruzado por la mente que este invento cambiaría la humanidad por completo.

Porque ¿qué es la humanidad sin dolor? Desde el inicio de los tiempos, las criaturas más primitivas huyeron del dolor, y persiguieron el placer. Sin uno de esos dos extremos...

Keiko terminó su desayuno y se fijó en su agenda para organizar las

prioridades del día, antes de que el exceso de sake enturbiara su mente.

2020

Janis Metzalcoatl decidió dejar de tomar su dosis diaria de Itamiwanai por una semana. Le pareció que era un buen momento, en sus vacaciones de verano, cuando podía descansar un poco de las cursadas y de preparar finales. Había encontrado mucha información sobre los extraños efectos de suspender la maravillosa medicación y su curiosidad se disparó.

A los pocos días, le resultó insoportable: ¡toda clase de dolores la aquejaban! Cuando salía a la calle sin anteojos de sol, le dolía la cabeza. Cuando se golpeaba con la mesita de la sala, los dedos de los pies; cuando hacía frío, le dolían las manos; incluso en un movimiento muy natural como agacharse a levantar algo le dolieron las rodillas y la cintura.

—¡Tengo apenas 27 años! —pensó. —¿Cómo puede ser que me duela todo el cuerpo por detalles sin importancia?

Consultó con su madre y ella le dijo que sí, era normal en épocas donde no había “Ita”. Le extrañó no recordarlo, porque al momento donde se hizo masivo su consumo, ella ya tenía unos 25 años... Pero claro, su madre había pasado muchísimo más tiempo de vida con el dolor presente, le era imposible olvidarlo.

Y esa noche tenía entradas para una fiesta BDSM. La organizaba un grupo llamado Gaude... ¿Cómo era ese maldito nombre? “Algo” Corpus. Nunca le había atraído la idea, realmente, pero ahora un poderoso impulso la arrastraba hacia el dolor como forma de placer.

2022

—Seguís resistiéndote ante lo inevitable. ¿Para qué sufrís? —le dijo Marian a su colega.

—Y según vos ¿qué tendría que hacer? ¿Anestesiar todo mi cuerpo?

—Sabés muy bien la diferencia entre una anestesia y un analgésico total. No entiendo tu fundamentalismo del dolor.

—Ja, ja, ja, jesa es buena! “Fundamentalismo del dolor”. No la había escuchado. Como si lo tuyo no fuera un comportamiento fanático.

—Está bien. No te lo digo más. En esto, evidentemente, no vamos a ponernos de acuerdo —Marian y Clelia habían discutido el tema infinidad de veces. Trabajaban juntas en el mismo tema, y si bien Marian se había doctorado hacía rato, ella reconocía que su mentora, en algunas cosas, aún le llevaba mucha ventaja.

—Ya sé que te parezco un dinosaurio. De verdad, no me importa. Ya he discutido con tanta gente que ni vale la pena —dijo Clelia, abatida—. Y eso no quiere decir que no tome analgésicos... Pero me niego al Itamiwanai. No quiero perder mi humanidad.

—¡Qué dramática...! —pero no dijo nada más, porque notó que Clelia hablaba en serio.

2025

En la XXII Conferencia Mundial Interdisciplinaria sobre el Dolor (IMCP, en sus siglas en inglés), que se estaba realizando en Johannesburg, Southafrica, se desarrollaba una presentación:

—Después de un daño o inflamación del tejido, se liberan diferentes sustancias que actúan sobre los nociceptores sensibilizándolos o excitándolos —Janis trató de que su nerviosismo no se colara en su voz—. Las prostaglandinas son responsables de una sensibilización de los nociceptores para disminuir su umbral. La bradicinina o la histamina excitan directamente los nociceptores.

Pidió que le trajeran agua. Su boca se secaba... Continuó con la presentación:

—Los mismos nociceptores activados liberan sustancias, como algunos péptidos entre los que se encuentra la sustancia P. La sustancia P produce la liberación de histamina que ejerce una potente acción excitadora de los nociceptores.

Tomo un gran trago de agua y puso una diapositiva que tenía únicamente este texto:

“Todos estos mecanismos se han eliminado con ITAMIWANAI.”

Y luego, con el tono más firme que pudo, dijo:

—Lo que venimos a advertir en esta conferencia es la implicancia de la eliminación de toda forma de dolor. El dolor es una advertencia natural del cuerpo...

Los abucheos no se hicieron esperar. La doctora Janis Metzalcoatl

terminó casi en un murmullo lo que pensaba decir, juntó sus papeles con torpeza y se fue dando un portazo. Dejó tras de sí un anfiteatro lleno de gente indignada.

Henry Beecher, un estudiante que era parte de la organización local de la conferencia, dejó de servir el café y quedó pensativo, escuchando las quejas a su alrededor.

2027

El funeral de Keiko podía compararse con la ceremonia de inicio de los Juegos Olímpicos. El homenaje que le hicieron en todas partes del mundo fue algo nunca antes visto. Nadie parecía notar la contradicción de que grandes marcas de bebidas alcohólicas hubieran comprado el espacio publicitario en las transmisiones.

Los discursos, grandilocuentes, se sucedían: gente con dolores que habían sido crónicos, ahora podían dormir; las madres hablaban maravillas de las contracciones del parto sin dolor; enfermos de cáncer... Todo tipo de personas tenían algo que decir.

También fue la primera aparición en público de Gaudeamus Corpus, en varias ciudades importantes y en simultáneo: sostenían que “El dolor no es solo una sensación física. Está influenciado por actitudes, creencias, personalidad y factores sociales, y puede afectar el bienestar emocional y mental. Alegrémonos en el dolor, pues él nos dice que estamos vivos”. Vestían de negro y con toda clase de piercings y tatuajes en el cuerpo, presuntamente puestos en su cuerpo sin anestésicos de ninguna clase.

Henry recordó la desafortunada conferencia en Sudáfrica, que había disparado su curiosidad. Un año después había contactado a la doctora Janis Metzcalcoatl y lo que estos extremistas decían no distaba mucho de lo que ella pensaba.

Junto a ella, había registrado en el último año toda clase de efectos en la gente que se había ofrecido voluntariamente para estudiar los efectos del Itamiwanai. Les que habían sufrido una sobredosis, aquellos que habían suspendido por alguna razón médica el suministro y también les que habían tenido alguna reacción alérgica y habían tenido que dejar de usarlo por completo. Los efectos eran desastrosos. Las sobredosis acreaban síntomas parecidos a los de la diabetes extrema, con casos de ceguera y de necrosis de miembros inferiores; las reacciones alérgicas

eran bastante frecuentes; y la suspensión repentina de la droga en pacientes con mucho hábito creado les provocaba fotofobia y sensibilidad extrema a los ruidos, con migrañas.

2030

—Si no fuera porque no tomo “Ita”, nunca hubiera podido acceder a mi tratamiento a tiempo.

—¡Cómo te encanta hacer de toda tu vida un melodrama! De todas maneras hubieran descubierto tu estado, porque ahora los controles médicos son obligatorios y mensuales.

—No los de este tipo de cáncer. Me lo advirtió un dolor en la panza...

—Dejemos de discutir, dame un abrazo. Todo va a estar bien.

Marian abrazó a Clelia, antes de que se la llevaran al quirófano.

2033

La doctora Janis Metzalcoatl contactó a Clelia con una excusa trivial, un artículo que entendía por completo pero que pidió que su autora le explicara los “detalles”.

Cuando se encontraron, supo de inmediato que congeniarían. Le expuso paso por paso el plan que Henry y ella habían ideado, el tiempo que llevaría y los recursos que necesitarían.

Clelia aportó un afilado punto de vista, explorando los datos que le había traído su colega sobre las consecuencias del itamiwanai. Y fue más allá, imaginando la implementación del plan, cuánta gente más necesitarían, y toda clase de detalles que sorprendieron a Janis.

2036

—Ya pasaron más de 20 años... ¿Te das cuenta? Todo cambió.

—Sí... Y superaste un cáncer casi sin usar Itamiwanai.

—Me rendí hace tiempo ya... —confesó Clelia— Tomo una dosis mínima; hay cosas de las que no se vuelve. Ahora es omnipresente. Si quisiera no tomarlo, ¡tendría que filtrar las bebidas!

Sin embargo, Clelia continuaba paso a paso con lo acordado con Janis. ¿Rendirse? ¡Jah! Lejos estaba de eso.

2038

Hikari nunca había superado la muerte de Keiko. Si ella no hubiera sido la descubridora del Itamiwanai, liderando el equipo de investigación de manera brillante, quizás hubiera hecho caso a sus resacas, y no hubiera enfermado de una cirrosis grave... Pero sabía que eran pensamientos vanos. Hacía más de 12 años que ella se había ido para siempre, y sin embargo su legado se había extendido por todo el globo.

Desde hacía mucho se preparaba para la acción de hoy, y nada lo detendría. Como cabeza de la organización secreta más grande del mundo, estaba absolutamente convencido de lo necesario de esta actividad coordinada en más de 20 países.

A lo *Fight Club*, se habían colado en todas las organizaciones humanas de salud conocidas, y en especial, en los campos donde se producían las plantas en donde se procesaba el compuesto del Itamiwanai.

Se reunió con Janis y Henry en un canal seguro para coordinar y confirmar los últimos detalles. Clelia con su grupo estaba a cargo de las contingencias por el efecto rebote de la supresión repentina de la droga.

Ya no más soldados que se desangraban en el campo de batalla y seguían peleando.

Ya no más personas que llegaban demasiado tarde a diagnosticarse una enfermedad avanzada.

Ya no más deportistas que marcaban el último tanto del campeonato, con un hueso roto...

En todas las pantallas del mundo se vio el gran logo de Gaudeamus Corpus... Y al mismo tiempo las explosiones sincronizadas destruyeron cualquier existencia del “Ita”.

—Gaudeamus Corpus: ¡alegrémonos, cuerpo! Porque volvemos a escucharte— en todos los idiomas, en las redes sociales más importantes, se podía ver este mensaje acompañado del símbolo BDSM.

Al principio, la población no entendió el mensaje, hasta que diferentes transmisiones alrededor del mundo dieron la noticia del sabotaje. La indignación fue generalizada. Se escuchaba a las personalidades más

destacadas con airados discursos sobre un derecho adquirido que había sido vulnerado.

Luego, la desesperación. El dolor, ese viejo compañero de la humanidad, volvía a estar presente... Y los centros de salud, hospitales y farmacias colapsaron por semanas, por fuera de toda previsión del grupo. Hubo saqueos y hasta muertes por bala, por conseguir las últimas dosis de Itamiwanai.

Algunos clubes donde se practicaba BDSM fueron incendiados o destrozados, y la sigla pasó a ser sinónimo de terrorismo. De todas maneras, eran tantos los adeptos y sus simpatizantes de las prácticas eróticas consensuadas con dolor, que muchos mostraron la cara defendiendo el sabotaje, pensando que calmarían los ánimos. Nada más equivocado: cinco personas fueron linchadas en diferentes partes del mundo.

Finalmente, y luego de meses, los líderes mundiales pudieron llegar a un acuerdo para reconstruir la provisión del compuesto, pero esta vez con muchísimo más cuidado en su suministro y dosificación. Lo peor que podía pasar es que llegara a ser una droga vendida en el mercado negro, y que se desatara otra guerra de carteles, como en los viejos tiempos...

Muchos terapeutas, reunidos en un nuevo congreso mundial estuvieron de acuerdo en los efectos de esta contra-revolución: la gente volvía a ser *humana*. Porque ¿qué es el dolor, sino la contracara del placer? Y sin uno de esos dos extremos... ¿Se es humano?

© Chinchiya Arrakena

Prospecto de ITAMIWANAI®

<i>ITAMIWANAI</i>	<i>Antiinflamatorio no esteroide, con acción analgésica, antiinflamatoria y antipirética.</i>
<i>Composición:</i>	<i>Cada comprimido recubierto contiene: ITAMIWANAI® 100,0 mg; Excipientes (Celulosa Microcristalina 197,4 mg; Estearato de Magnesio 16,8 mg; Croscarmelosa Sódica 25,2 mg; Povidona 38,7 mg; Talco 11,9 mg; Opadry II HP 18,0 mg).</i>
<i>Acción farmacológica:</i>	<p>Inhibe la síntesis de las prostaglandinas, las cuales desempeñan un papel importante en la patogénesis de los estados inflamatorios, dolorosos y febriles. Regula la producción de bradicinina e histamina, quienes entre otras funciones excitan directamente los nociceptores. Los nociceptores activados de esta manera liberan péptidos entre los que se encuentra la sustancia W. La sustancia W inhibe la liberación de histamina que ejerce una potente acción excitadora de los nociceptores. De esta manera, no solamente se aumenta el umbral de dolor, sino que se inhiben los procesos por los cuales se activan los nociceptores.</p> <p><i>Farmacocinética:</i> El Itamiwanai se absorbe rápida y completamente a través del tracto gastrointestinal. El inicio de la analgesia se produce en aproximadamente 30 minutos. La presencia de alimentos influye sobre la rapidez pero no sobre el grado de absorción. <i>Tasa de absorción:</i> La tasa de absorción es aproximadamente del 100%. <i>Vida media de eliminación:</i> La vida media de eliminación en humanos es de 12 a 17 horas. <i>Eliminación:</i> Los metabolitos se excretan casi por completo a través de la orina.</p>
<i>Indicaciones:</i>	<i>ITAMIWANAI® está indicado en el tratamiento sintomático de procesos dolorosos inflamatorios agudos, cualquiera sea su tipo, localización y severidad, tales como: artritis reumatoidea, osteoartritis, mialgias, contusiones, esguinces, luxaciones, desgarros musculares, gota aguda, dolores ginecológicos y post-quirúrgicos.</i>
<i>Dosificación</i>	<i>Adultes:</i> 1 comprimido cada 24 horas (1 comprimido diario), o un parche semanal, para el tratamiento de dolores leves a moderados. 2 comprimidos cada 12 horas (2 comprimidos diarios), o un parche diario para dolores post-quirúrgicos, musculoesqueléticos agudos, dismenorreas. Se recomienda su administración

	<p>en procesos dolorosos agudos para los cuales se requiera un pronto comienzo de alivio del dolor.</p> <p><i>Niños:</i> Se desaconseja su uso hasta los 10 años de edad. No administrar este medicamento a niños y jóvenes entre 10 y 15 años, salvo indicación y estricta supervisión de un médico.</p>
<i>Contraindicaciones y precauciones</i>	<p>Hipersensibilidad conocida a cualquiera de los componentes de la formulación. <i>ITAMIWANAI</i>® está contraindicado en pacientes que con anterioridad mostraron tener alergia a la aspirina o a otros medicamentos antiinflamatorios no esteroides, y en quienes estas drogas inducen manifestaciones alérgicas (posibilidad de sensibilidad cruzada). Úlcera péptica, insuficiencia hepática o renal severa, de enfermedades gastrointestinales.</p> <p>Es seguro para usar durante el embarazo y la lactancia.</p> <p>Debe ser administrado con precaución a pacientes con antecedentes, salvo bajo supervisión médica rigurosa.</p> <p><i>ADVERTENCIA: ITAMIWANAI® produce acostumbra-miento, es decir que si es utilizado con frecuencia, deberán aumentarse las dosis.</i></p>
<i>Reacciones adversas</i>	<p>Efectos adversos informados con mayor frecuencia: trastornos gastrointestinales, vértigo. Efectos adversos raros e informados con dosis mayores: alopecia, reacciones anafilácticas hemorragia y/o perforación gastrointestinal, hipercalcemia, incapacidad de concentración, insomnio, ulceración gastrointestinal, reacciones dérmicas fotosensibles, erupción cutánea, síndrome de Stevens-Johnson, trastornos visuales, vómitos.</p> <p>Se han reportado ocasionales insensibilidad y parastesia en áreas afectadas por heridas con el uso prolongado de <i>ITAMIWANAI</i>®</p>
<i>Conservación</i>	<p>Conservar a temperatura ambiente menor de 30°C. No congelar.</p>

Pensé en la siguiente declaración mucho tiempo antes de escribirla: soy una persona migrañosa. Pensaba si poner “tengo una enfermedad” o “tengo una condición”, pero realmente, la migraña y sus consecuencias

son parte constitutiva de mi ser. Como me dijo mi médico, acerca de la medicación permanente que tomo: "A mí me tocó ser hipertenso, a vos, tener migrañas. Hay que tomar la medicación, y cuidarse. No dejes de hacer cosas: tomá la medicación". Porque si no tomo la medicación... Realmente soy otra persona, vulnerable, anulada. Cada vez que la gente se enoja contra la tecnología y la civilización, pienso en las personas que, como yo, tienen una dependencia a una medicación para llevar una vida normal.

Un día tuve una de esas migrañas en las que no puedo dormir del dolor, donde la luz, los sonidos y hasta los olores son insoportables. En esos ataques, parece que una estaca traspasara mi ojo y saliera por la nuca. O que un horroroso bicho estuviera sorbiéndome el cerebro, latido a latido. Normalmente se anuncian unas horas antes, y si desoigo esa advertencia, crecen como una bola de nieve. O de pinches de acero. No son frecuentes, y tampoco recuerdo qué la disparó, pero seguro una mezcla de cansancio emocional y físico. Ese día, pensé: "¿Qué pasaría si hubiera un analgésico definitivo?". Uno que realmente borrara todo rastro de dolor... Porque en esos momentos siempre comparo las migrañas con un dolor de muelas o de oído, o un dolor menstrual fuerte, o el de la operación de rodilla, o algún dolor de ciático. Es una especie de paseo por el jardín de los horrores: dolores que he sentido alguna vez en mi propio cuerpo.

Yo sé que el dolor no es nuestro enemigo. Sé que es el mensajero de que algo anda mal, es el tablero de luces que suena con una alarma. Pero, ¿tiene que ser tan alienante?

Síntesis

NAHUEL G. DIMARCO BUSTOS

Nahuel G. Dimarco Bustos. Argentino promedio, 30% mendocino, 30% puntano, 30% cordobés. Clase 1984, residente de “La Docta”, estudiante de periodismo y letras modernas, antes de dedicarse a la ilustración digital y el diseño de narrativa en proyectos de videojuegos y entretenimiento como “Misplaced” que ganó el premio a “Mejor Arte” en la expo EVA 2018. Entusiasta baterista, pacifista-cientificista, consumidor irreparable de ñoñadas de la guerra, desde historia hasta coreografías de artes marciales. Devoto de Carl Sagan, Uki Goñi, Warren Ellis, David Simon, Lohana Berkins y Malena Pichot. Ante todo anti-nazi. Orgulloso descendiente de, por lo menos, 2 generaciones de vándalos callejeros políticos.

Click.

“Titulares: Audiencias suspendidas por el desastre de la planta potabilizadora. Familiares de las víctimas se encadenan a la primera línea de rejas de la Casa Rosada.”

“Nueva investigación: Alteración de los testeos de sanidad psicológica ¿El gobierno escondió que 38% de sus funcionarios presentaban sinapsis neuronales sociopatas-fascistas?”

“Precios: Se esperan subas del 9000% en los servicios de oxígeno, hidrógeno y calcio, tras fracasar las negociaciones con Oceanía Unida ¿Quiere ver sus noticias sugeridas?”

Click.

“Casa de Gobierno: Hace 48hs que no se emiten comunicados. Se sospechan cambios de gabinete y anuncio de ajuste. El gobierno de Blanco Villegas Loureau Brown Pueyrredon XIII en crisis constante. Se organizan manifestaciones para el día de la fecha, a las 20hs, en Nueva Plaza de Mayo. Concurrencia estimada: 4.6 millones de manifestantes confirmados. Grado de violencia estimado: 6.8 (fuentes oficiales de los servicios de Ultraseguridad).”

“Su velocidad de lectura, respiración y sudoración sugieren ansiedad ¿Le preocupan las noticias de actualidad política? Claro que sí ¿Sabe que hay maneras de sentirse mejor y expresarse activamente al mismo tiempo? Si está interesado”. Click.

“El servicio integrado polifacético de Suburbania S.A. le permite manifestarse a niveles políticos activistas desde la comodidad de su hogar ¡Basta de activismo digital inocuo! ¡Basta de drones inexpressivos! Apérense para reclamar lo que usted”. Click.

“Su lector proto-retinal obtendrá su GenID, ingrese su número de tarjeta de cred”. Click.

“Bienvenida, Tzervena Milzich. El sistema Suburbania le ofrece hoy: Manifestante Estándar: Nuestros cuidadosamente seleccionados actores se adentrarán en el tumulto de la marcha, caminarán, aplaudirán y repetirán los cánticos. Incluye paquete básico: 9 interacciones. Grabación Go Pro. Filmación directa a redes ¿Siguiente opción?”Click.

“Militante Músico-Artista: Colabore con el color de la protesta desplegando un Militante que expresa su convicción mediante un disfraz, la ejecución de un instrumento o una ingeniosa pancarta artesanal u holográfica. El paquete incluye: Básico + 9 interacciones. Opciones de customización: Elija entre 20 instrumentos, disfraces o pancartas (15% extra para diseñar su propia pancarta, disfraz o para que los músicos ejecuten su música original). Pañuelo, bufanda o brazalete de partido político a elección (se donarán fondos a cada agrupación). 15% extra para grabación drone HD ¿Siguiente op...?” Click.

“Militante Exacerbado: Motive la queja y levante el clima del ambiente hasta niveles tensos y revolucionarios. Nuestros Militantes Exacerbados representarán su rabia por las políticas actuales que usted elija, y llevarán la protesta más allá (la contratación de un Militante Exacerbado levanta el índice de Violencia oficial en un 0,00007%). El paquete incluye: Básico + 6 interacciones violentas. 15% extra para elementos de vandalismo: molotov, mortero y mini-martillo neumático. 25% extra para rasgo de violencia exacerbado (Probabilidades de detención del Militante x28, el precio incluye comisión por posible fianza y seguro médico).”

“¡Oferta especial! Si contrata 3 Militantes Exacerbados puede acceder al Servicio Secuencial y obtener de regalo alguna de las siguientes opciones. Quick Hunt: 3 policías corren y detienen a un rompevidrieras. Supresión Sostenida: Escuadrón dispara 14 rondas de balas de goma al objetivo designado. Asedio Blindado: Un camión hidrante desarma una barricada y dispara chorros de agua corrosiva no-lethal a los manifestantes por 5 minutos.”

Nuestro sistema de ambiente capta su creciente interés en las últimas opciones ¿Quiere acceder a las sugerencias del sistema?”

Click.

“Servicio Especial: Infiltrado. Sea parte del asedio personal de las fuerzas de seguridad. Maneje un Infiltrado, señale líderes y objetivos con la cámara ocular y la interfaz integrada para ganar puntos en los secuestros post-marcha. Instigue disturbios si la marcha es pacífica ¡Si no es descubierto, recibirá un 25% de reintegro!”

No más clicks. Tzerverna se levantó del sillón, se sacó la ropa azul y elegante. La dejó en el sillón y se acercó a la ventana de su pequeño apartamento. Vio las inmensas, gordas chimeneas refrigerantes del nodo de comunicación. El atardecer anaranjado brillaba en el denso humo negro que emanaban las chimeneas, y en los techos de metal corrugado de las villas que las rodeaban. Las pobres muchedumbres se apresuraban a levantar sus sistemas de recolección atmosférica y capturar algo del agua gratis que a veces condensaban las nubes de residuo refrigerante. Tzerverna no estaba de humor para ponerse el impermeable, subirse al duodrone y empaparse en las nubes. La vista de la ventana de ese cuchitril le despertaba un río en la memoria. Necesitaba catarsis, dar cauce. Buscó el grabador de voz, antiquísimo. Volvió a la ventana y empezó a grabar:

“Hey. Ésta es nuestra última comunicación. Ya te lo imaginabas, y no te preocupes, voy a responder todo lo que me preguntaste. Pero antes, ayer volví a ver las grabaciones de hace 80 años ¿Las viste vos también? ¿Viste que fuerte? Te lo dije: La última manifestación fue contra la privatización del agua. Sí, no parece tan grande como las de ahora. Había un cuarto de manifestantes de la media de hoy, pero fue la buena lucha, sirvió y tuvimos derecho al agua 10 años más ¿Y chequeaste los nombres de los que estaban por entonces en el gobierno? Todos abuelos del oficialismo de hoy... Con ese material ya podés escribir una linda noticia sobre historia. Hace tanto tiempo que en éste país no hay periodismo que, quién te dice, capaz que lo volvéis a poner de moda.”

“Veo que nos estudiaste, y tenés razón, nuestro nombre era un poco pretencioso. “Movimiento Lev Davidovich Bronstein”. No hubo más rojos que nosotros, y nunca se nos unieron tantos como en esos tiempos” –Sonrió– “En fin, me preguntaste cómo nos rompieron hace 70 años. Una pregunta fácil ¿Eh? No es tan difícil. El movimiento tenía 3 columnas ideológicas ¿Te acordás? Repetí conmigo: 1- En la lucha, el militante debe poner el cuerpo. 2- La lucha es ahora, más que nunca. 3-

Sólo las balas nos detendrán. Los fachos nunca entendieron que quería decir, no entendían que era una síntesis, poesía, pero la leyeron bien. Esos forros del ministerio de marketing debieron ser los que tiraron la idea, aunque nunca supimos a ciencia cierta quién fue. Jugaron con la tarjeta de crédito, lo mejor que saben hacer cuando no les alcanzan las balas.”

“Capaz que se les había ocurrido antes pero no existía la tecnología, qué sé yo. Un día apareció el programa “Suburbania”. Marketing por todas partes ¿Te acordás la primera propaganda? “¡Éste donde tiene que estar, siempre! ¡Desde su casa, desde el trabajo!” Que cínicos hijos de puta. Crearon una demanda, y al toque se llenó de gente que necesitaba trabajar. Compañías de filmación, de tecnología, de extras dispuestos a recibir palos, de influencers. La transición que nos dejó inocuos fue rapidísima. En 5 años las calles eran un bazar, un reality masivo. De objeto político de competencia a rating prime time y tendencias. Qué asco. Capitalizaron la militancia, vendieron la calle, nos subastaron el cuerpo de la lucha.”

Tzervena cortó la grabación. La ansiedad le oprimía el pecho, la cabeza, le vino el recuerdo de viejas calles ocupadas, de olor a caucho quemado, coros interminables de redoblantes y bombos, el sabor alquitranado de los viejos cigarrillos, las banderas rojas, los rostros compañeros en las heladas madrugadas y la copiosa lluvia. Cuando pasó la nostalgia, se recompuso y volvió a grabar.

“Perdimos fuerza inmediatamente. Entonces vinieron por todos. Cuando quisimos recuperar las calles, nos acorralaron con las leyes del Índice de Violencia. Si hacíamos algo fuera de la norma le arruinábamos el show a todos los usuarios. Si antes nos tildaban de terroristas y sólo cortábamos las calles, imagínate... Igual lo hicimos. Y era lo que esperaban. De un solo golpe secuestraron miles de compañeros. No podíamos saber que el programa Suburbania llevaba 2 años probando la tecnología desde antes de la última marcha por el agua. Levantaban información de todos los militantes de todas las agrupaciones con actores contratados y sus tecnologías oculares. Los subestimamos. Pensamos que los servicios siempre iban a ser evidentes. Se llevaron a tantos... Esa parte de mierda ya la sabés. Los dinosaurios no se terminaban de morir en éste país. Siempre llegaban nuevas generaciones de reptilianos. Otra vez la cacearía, más y mejor. Nosotros lo sabíamos, pero el grueso de la sociedad no. Los dejaron hacer. Qué sé yo, marketing y sangre, una media siem-

pre se convence de que la fuerza es el camino. Si lo hacés rápido, aunque se den cuenta, nadie reacciona a tiempo.”

El sol terminaba de esconderse. El humo negro, las chimeneas, las villas, la noche, todo se hacía una sola cosa.

“Así quedamos los que quedamos. Poquísimos comparados con los que fuimos. 4 años para limpiarnos a todos. “Transición forzosa” le dijeron a esa dictadura. Después vino la democracia de juguete que tenemos hasta ahora. Pero bueno ¿Sabés qué? Me voy a adelantar a tus preguntas ¿Querés saber qué pasó después con nosotros? Te lo voy a contar, si llegaste hasta acá merecés saberlo.”

Tzervena buscó su último cigarrillo. Uno de los últimos en Argentina, antes de que se extinguiera el tabaco. Un tesoro para cualquier coleccionista. Abrió la ventana y se sentó en ella. No lo encendió, lo giró en su mano mientras volvía a grabar.

“Quedamos unos pocos cientos. Sin aparato, sin estructura, sin contactos, con todo el miedo. Pero la política es un virus raro, una vez que la agarrás no te la sacás más. Y como la agarres, es super probable que te encuentres haciendo cosas que no te imaginabas. “Poner el cuerpo” es un poco eso... Nos juntamos y empezamos a estudiar al enemigo. Ellos habían neutralizado nuestro movimiento, pero las reglas fundacionales estaban intactas. Sí, siempre apuestan a que te traicionen, a que ante el estrés y la presión hagas el trabajo de matarte a vos mismo. Es la manera que tienen desde siempre. Pero si escapaste de sus balas y su tentación, entonces otra vez tenés la oportunidad de romper la red. Sabíamos que una nueva estrategia no podía ser ortodoxa, era experimentar o morir.”

Tzervena encendió el cigarrillo. Lo fumó en silencio. Estuvo un rato en la ventana, lo disfrutó. Volvió a grabar.

“Poner el cuerpo. La lucha es ahora, más que nunca. Sólo las balas... ¿Sabés cuáles son las fundaciones del enemigo? No son tantas. No son difíciles de descubrir, pensalas. Son unas pocas patas, muy definidas, sin nada de poesía. El asunto es que no todas se pueden cortar. Una es la guita, pero en eso no se puede competir con ellos, es correr una carrera contra el dueño de la pista, de tu auto, de tu casco, del equipo de mantenimiento... Y después está su constructo de autoridad, y eso es peor, no se puede minar su techo de cristal. Estos patriarcas de mierda se las arreglan muy bien para volver a foja cero la educación. Pero hay

otra más, una característica fundacional que nos dio el bajo radar para armar una estrategia. A estos hijos de puta les gusta la pureza.”

“Sólo originales, fina seda, ninguna imitación, y así desde sus vicios más cavernícolas hasta el tope de su pensamiento ¿O por qué pensás que siempre se opusieron a los derechos de las minorías? No, a ellos no les gusta mezclar la sangre. La familia, el apellido, la herencia, el legado, siempre unos pocos, mesa cerrada. “Poner el cuerpo” es algo que ellos nunca van a entender de nosotros. Por eso ellos nunca iban a hacer o pensar en lo que hicimos. El voto por la estrategia fue unánime. Íbamos a joderles la pureza.”

“Nos pusimos en contacto con otros compañeros. Sabíamos que los anarquistas suecos experimentaban injertándose biochips desde principios de siglo, cuando ya preveían que ese sería el siguiente paso que darían las corporaciones para manejar a su fuerza de trabajo. Nos entendimos al toque. Ellos pusieron la tecnología, nosotros el cuerpo y las ideas.”

“Pasamos décadas de mierda. Escondidos en predios industriales abandonados, en basureros y páramos. Se corrió la noticia de que algunos compañeros de otros países viajaron a ayudarnos a experimentar, así que el gobierno argentino gestionó pedidos de captura internacionales. No pudimos volver a las ciudades. Subsistimos de las periferias para afuera. No podíamos salir del radio de los bloqueadores de frecuencia, y más de una vez tuvimos que huir por redadas sorpresa. Más de una vez el cuerpo de alguno de nosotros quedó en la nieve, en un pozo, en el bosque. Pasaron años sin que se registrara ningún dato de nosotros, en ninguna parte del mundo. Muchos años, demasiados, suficientes para que el sistema dejara de darnos por desaparecidos y nos diera por muertos. Pero claro, acá estoy. Acá estamos.”

Tzervena se miró las manos, el brazo. Se vio en el reflejo de la ventana. Se acomodó el pelo. Sonrió.

“Es raro tener ésta edad y verme tan joven. Pasaron 70 años desde que nos fuimos. Volvimos 15 años después de que el sistema nos declaró muertos, con el rostro de nuestros veintipico. Parece un regalo, pero no lo fue. Las pruebas fallidas del hackeo genético que hicimos aquellos años fueron durísimas, muchos quedaron irreconocibles, a un lado de los caminos, en los refugios que abandonamos. Muchos compañeros se fueron en una agonía que no puedo explicarte. Me da mucha rabia que fuera necesario para que al final lo consiguiéramos. Y lo conseguimos.

Quedábamos 5. Y después del experimento, no quedó ninguno. Pusimos 5 cuerpos y nos volvimos “El Cuerpo”. El único.”

“Esto no puedo explicártelo de una manera sencilla, pero pensalo así: Me inserté un órgano que produce diseñadores-constructores de cadenas de ADN, de células, de registros subatómicos, etc, y estos diseñadores-constructores se comunican en una frecuencia. Entonces te pongo unos de esos diseñadores en tu cuerpo, que construyen su órgano fuente en vos. Se comunican en la misma frecuencia que los míos. Ahora nuestros cuerpos reaccionan y comparten información más rápido que la red. Nuestros cerebros reaccionan simultáneamente, independientemente de cual origina la acción. Nuestros cuerpos ¿Son 2? ¿Es uno sólo? Yo conozco tus recuerdos, vos conocés los míos, veo tus acciones futuras, vos escuchás ahora mismo lo que hablo a éste grabador que vas a encontrar mañana.”

“Vas a llegar a esta dirección. Vas a escuchar éstas grabaciones y las vas a corroborar con tus notas otra vez. La tercera prueba es la vencida ¿No? Parecía magia al principio “¿Cómo hace ésta tipa para conocerme así?” Vos y yo ya estamos conectados. Vos también ya sos “El Cuerpo”. Vos, yo, y no te imaginas cuántos más, con los que ya hicimos ésta prueba de los mensajes en grabadores. Tu sorpresa no va a ser tanta. Ya lo sabés. Y yo, y todos mis compañeros sabemos que sabés. Te estamos esperando. Pero no te preocupes, vos podés tomar la decisión que quieras. Podés sobre grabar estos audios, dejar tu despedida e irte a escribir lo que te dé la gana, o podés intentar comunicarte con nosotros de otra manera. Podés volver a tu vida de periodista freelance, o podés ver qué más pueden hacer los diseñadores-constructores que ahora construyen autopistas de información en tus células madre. Yo espero que decidas acompañarnos. Cuidate. Y esperá un nuevo día. Hasta pronto.”

Tzervena cortó el grabador y lo dejó sobre la mesa. Se bajó de la ventana y suspiró. El nuevo día estaba a la vuelta de la esquina. El plan se desenvolvía suave, pacífico. Se miró las manos. Bastaba cualquier contacto directo con los diseñadores-constructores y 72 hs para que otra persona fuera parte de “El Cuerpo”. Ese contacto directo podía hacerse de muchas maneras, una caricia, compartir un vaso de agua, comer la misma comida. Volvió a su ropa azul, elegante, en el sillón. Aca-rició el pase de Secretaria de la Jefatura de Gabinete de la Casa Rosada. Sonrió. En otros lados, viejos mandatarios se sentían enfermos, pensaban lo que no querían, se afiebraban y los médicos no les encontraban

nada. “Estrés” les escuchaba decir en muchos idiomas, en muchos países, y se reía para adentro. Ella, y todos sus compañeros. “El Cuerpo” crecía, para todos lados por igual.

© Nahuel G. Dimarco Bustos

Mientras usted y yo establecemos ésta comunicación (momentáneamente lineal) tiene que saber que afuera hay nazis profesionales rediseñando las formas de los campos de exterminio, la blitzkrieg y las camisas pardas. Aprendieron sus trucos, y hoy x hoy los negacionistas pueden pasearse en horario central de la televisión y en altos cargos públicos. Nunca terminan de disfrazarse y nunca se termina de exponerlos. Su regreso siempre será desesperanzador (peor que las “piedras del hambre” si es usted un romántico que cree en la inclusividad, la ciencia y que, a pesar de todo, podemos organizarnos y convivir pacíficamente para explorar juntos el universo) porque así como ayer se fueron, hoy volvieron, y si se van, buscarán la forma de volver. La ciclicidad histórica está íntimamente atada a la persistencia humana que nos une. Esa persistencia es la que inspiró éste humilde cuento.

Mucha gracias a Romina Soler, quién proveyó viscerales anécdotas y amable insight, todo fundamental, para desarrollar éstas líneas. Ojalá sirvan para inspirar su persistencia y las de sus compañerxs.

Nietzsche I I

JUAN A. LORCA

Juan Á. Lorca es un director y guionista cinematográfico de San Rafael, Mendoza. Nació en 1993 y se recibió en Mendoza Capital en la Escuela Regional Cuyo de Cine y Video. Ha dirigido, escrito y participado en numerosos cortometrajes, películas, series y videoclips. Se ha desempeñado en radio, comics, crítica cinematográfica y hasta videojuegos. Maneja un canal de YouTube de análisis de películas llamado FandeloFic. Actualmente trabaja en una productora audiovisual en Capital Federal y hace un doctorado en semiótica en la Universidad Nacional de las Artes.

Su contacto es: juanchoalorca@hotmail.com

Su reel cinematográfico:

<https://www.youtube.com/watch?v=EVbpRlykY4I&t=7s>

Nietzsche II fue una misión espacial tripulada de la organización criminal Yang, cuyo fin fue el de redirigir las transmisiones televisivas interceptadas por el satélite SIG-SAT01, de la proveedora de servicios satelitales SIGNAL. Se le considera el primer intento de “piratería espacial” de la historia. Se llevó a cabo desde el 16 al 24 de julio de 2038.

La tripulación del Nietzsche II estaba compuesta por el comandante de la misión y doctor en ciencias Abraham Ridge (50 años), canadiense nacionalizado como estadounidense, la ingeniera aeroespacial checa Kalina Svoboda (41 años) y el piloto militar de origen mexicano, aunque también nacionalizado estadounidense, Randall “Randy” Knight (35 años).

A raíz del pacto de la Interpol con el director de SIGNAL Bill Andrew Mason, en noviembre del 2036, para la creación de los primeros satélites de uso policial; la organización Yang dirigió severas amenazas contra la compañía si continuaba adelante con el proyecto. Ante la perseverancia de Mason de seguir su colaboración con la policía internacional, Yang inició los preparativos para la misión Nietzsche II, apodada así en contraposición con el Apolo II que llevó al primer ser humano a la Luna.

“...La primera misión de llevar delincuentes al espacio...”.
Knight en una entrevista para la CBS. 2038.

La misión, planeada cuidadosamente para llevarse a cabo en un horario donde los radares de seguridad satelital no podían funcionar debido a fallas atmosféricas, fue un rotundo fracaso. La tripulación no cumplió la tarea que tenía encomendada y, a pesar de haber llegado hasta el SIGSAT01, modificaron la trayectoria de la nave para amerizar en un lugar a la vista de los radares estadounidenses, con el objetivo de entregarse a las autoridades.

Tras el arresto, ocurrido el 24 de julio de 2038 en cuanto la nave cayó en las aguas del Pacífico, se llevaron a cabo las pesquisas correspondientes para determinar lo ocurrido, hecho que llamó la atención de la prensa mundial. Tanto la empresa SIGNAL como Interpol se negaron a dar declaraciones y mantuvieron los juicios en privado, lo cual llevó a la creación de numerosas teorías de conspiración acerca del “súbito arrepentimiento de los delincuentes”.

Randall Knight y Kalina Svoboda continúan en prisión. Abraham Ridge se suicidó en su celda el 20 de marzo de 2040.

REGISTRO DE ACCIONES

20/7/2.038

REDACCIÓN A PARTIR DE LOS SISTEMAS (AUDIO/VIDEO). NIETZSCHE I I

TRANSCRIPCIÓN: SORIA M. A.

15:30. Segunda aproximación al SIGSAT01. 15:30. Knight está sentado en su puesto, lleva dos minutos mirando la Luna a través de la ventanilla superior en vez de a la pantalla del ordenador 3, donde su calendario digital le recuerda los 69 años desde el alunizaje. Cuando lo nota, la coincidencia parece darle gracia. 15:31. Voltea sin ver hacia Svoboda y Ridge, quienes se encuentran a su espalda enviando las coordenadas a (CLASIFICADO) desde el ordenador 2.

Knight: ¿Alguna vez les conté que mi abuelo trabajó en la llegada a la Luna? Ridge (sin dejar de ver la pantalla): ¿Llegada a la Luna?

Knight: Sí. La de Armstrong.

Ridge (mira divertido a Knight): ¿Trabajaba en la NASA?

Knight: No. Iluminador de cine. Trabajó en el falso alunizaje del Apolo 11.

Ridge (lo mira, apenas): Tonterías.

Knight (sorprendido): ¿Tonterías?

Ridge: Sí. Tonterías. Estamos terminando la década del dos treinta, Randy, hace mucho que el alunizaje se demostró.

15:34. Ridge y Svoboda siguen concentrados en la redacción del informe ante el ordenador 2. La ingeniera teclea velozmente mientras Ridge

pasa la mano por su barba, enfocado en la pantalla. Knight permanece dubitativo unos instantes, pasa la mirada de la Luna a sus colegas.

15:35. Ridge se gira al ordenador 3 y se apoya en el respaldo de la silla de Knight.

Ridge: Ya estamos cerca. Activa la última aproximación.

Knight se inclina sobre el ordenador 2 e inicia los comandos de posicionamiento finales, sin mucho ánimo. 15:36. Iniciación de aproximación final. Ridge sigue el movimiento de la Nietzsche II a través de la cámara frontal.

Knight: No creo que sean tonterías.

Ridge: Por supuesto que lo son, Randall. ¡Somos hombres de ciencia! ¡No podemos discutir una idea pseudocientífica basada en rumores de insensatos!

15:37. Aproximación final completa. La Nietzsche II está junto al objetivo. Inicia cierre de sistemas de desplazamiento y apagado de impulsores.

Knight (hacia el ordenador 3): ¿Dices que mi abuelo era un insensato?

Ridge (mirando la cámara frontal): No quiero ofenderte, Randy, pero no voy a cambiar de parecer solo por respeto a su memoria.

Knight: Entiendo, pero mi abuelo no era una persona insensata, te lo aseguro. Dijo estupideces a lo largo de su vejez y es verdad que en sus últimos días ninguna palabra correspondía con la siguiente, pero mientras estuvo a pleno nunca fue estúpido y te puedo asegurar que hablaba con la verdad.

Ridge: No te lo discuto, pero...

Knight: Muchas veces lo contó ante la familia y conocidos, la filmación se hizo en California y dirigió el mismo de la Naranja Mecánica.

Ridge (se ríe): ¡¿Kubrick?! ¡Vamos, Randy! Estoy seguro de que tu abuelo era un tipo de buen humor, pero esa es una teoría de conspiración muy antigua y que siempre estuvo apoyada en falacias. ¡Ningún estado llevaría a cabo una mentira de tales proporciones!

KNIGHT, WILLIAM JOSEPH (1944-2018)

Nacido un 28 de agosto en Maine, Estados Unidos. Vivió la mayor parte de su vida en California. Director de fotografía y gaffer en la Universal Pictures. Reconocido por su trabajo junto a Franz Planer en la película “La mentira infame” (1961). En 1968, a raíz de un accidente, le salvó la vida a Christiane Harlan en el set de “2001: Una Odisea en el Espacio”, volviéndose muy cercano al matrimonio Kubrick. Falleció un 2 de enero en Oklahoma por problemas renales.

15:40. Nietzsche II completamente inmóvil junto al SIGSAT01. Activación de proceso de enfriamiento. Svoboda deja de teclear el ordenador 2 y mira la cámara trasera.

Svoboda: No estoy de acuerdo. (Dirigiéndose hacia Knight y Ridge): No voy a opinar sobre la conspiración del alunizaje, pero no concuerdo en lo que dices sobre un estado incapaz de llevar a cabo grandes mentiras.

15:41. Svoboda espera una respuesta, marca sus ojos negros en Ridge. Los otros la observan sin decir nada, sorprendidos. 15:42. Svoboda aprovecha esa pausa para sentarse sobre los tableros del ordenador 2, frente a ellos. Lo hace de un salto, ayudándose de los brazos para aterrizar suavemente.

Svoboda: Recuerda que la historia es una perspectiva de la realidad, legitimada por el poder de turno. Piensa en el colonialismo, por ejemplo.

Ridge (con fastidio): Eso no viene al caso. (Hacia Knight): Ya ha terminado el proceso de enfriamiento. Empecemos el acoplamiento.

Knight: Acoplamiento automático en marcha.

15:44. Activación del acople automático.

Svoboda: Claro que viene al caso, Abraham. En los años siguientes los sistemas educativos ocultaron las masacres cometidas con excusas de civilización e historias de canibalismo ¿Por cuánto tiempo la historia tiñó la sangre derramada de los pueblos primitivos con el color de la tinta?

Knight: Y eso es definitivamente más grave que el alunizaje.

Svoboda: No te creas, Randy. Que no haya habido un genocidio de por medio no significa que las desgracias no repercutan. La victoria en la carrera espacial concedió un mayor apoyo al presidente Nixon en la guerra de Vietnam y en su persecución comunista, el Plan Cóndor es un ejemplo.

Ridge: Reconozco que el alunizaje fue un gran paso para el capitalismo, pero—

Knight (se pone de pie, nervioso): ¿Estas bromeando? ¡Fue un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para toda la humanidad! ¡Es un evento clave para la caída del Muro!

15:48. Ridge evita mirar a Svoboda, enfadado.

Svoboda: Y si tengo que seguir recordándote conspiraciones cometidas por liderazgos puedo hablar de la Inquisición, de Jack el Destripador, de la presencia de Werner Von Braun en la NASA, los experimentos humanos de la 731 en Japón, Roswell, la venta de armas en oriente medio ... ¡los campos de concentración nazis!

Knight: ¡El diario de Ana Frank!

Svoboda: No, bueno, eso no sé si-

Ridge (se gira hacia los otros): ¡De todas maneras estoy hablando de evidencia científica! Todas esas son conspiraciones de índole política. ¡Yo hablo de hechos fácticos!

15:50. Se hace silencio. Svoboda no dice nada, pero permanece con la mirada clavada en Ridge, quién está furioso. Knight baja la cabeza.

Ridge: ¡Obviamente me refería a la ciencia! No me iba a dejar arrastrar por las especulaciones subjetivas de los estudios históricos. ¡No me interesan ramas tan poco específicas! La ciencia es la única verdad absoluta.

15:51. Una breve alarma se dispara. Los tres miran la cámara frontal.

Knight: El acople automático no funcionó. Imprecisiones en las coordenadas.

Svoboda: Las máquinas, como la ciencia, pueden equivocarse.

SVOBODA, KALINA IOSEFKA (1997-...)

Nacida un 3 de febrero en Pilsen, República Checa. Caucásica. Cabello y ojos negros. 1,58 de alto. Tatuaje en el talón de una serpiente enroscada. Hija de militares. En 2013, su hermana menor Robin fue diagnosticada con leucemia. La familia se mudó a Estados Unidos, donde debieron ejercer varias profesiones. Su padre fue enjuiciado por espionaje post-Guerra Fría, pero fue encontrado inocente, aunque no volvió a las fuerzas armadas. Kalina obtuvo una beca para estudiar ingeniería aeroespacial en la Universidad Purdue. Se recibió en 2025, el mismo año en que falleció Robin. Tuvo contacto con el contrabando de vehículos en 2021 y desde entonces estuvo arrestada en cuatro ocasiones. En 2026 trabajó para una red de contrabando como principal productora, pudiendo financiar a su familia. En 2030 la red fue adquirida por la organización criminal Yang y Kalina ascendió en el negocio de la maquinaria aeronáutica ilegal. Fue arrestada el 20 de junio de 2038 por “piratería espacial”. Actualmente está en prisión domiciliaria.

15:52. Svoboda se impulsa y la falta de gravedad la lleva a los controles manuales. Knight se sienta y asume el control del ordenador 2, nuevamente. Ridge mira por la cámara frontal.

Svoboda: Procedo a modo manual.

Ridge: ¡Estabilízalo, Randy!

15:53. El Nietzsche II pasa a conducción manual. Se reinicia el acoplamiento. 15:55. El enganche se adhiere y las conexiones proceden correctamente. 15:56. El acoplamiento manual se completa, la Nietzsche II está conjunta al SIGSAT01. Knight aplaude. Svoboda desciende lentamente.

Knight: Acoplamiento finalizado. Ya estamos listos, Abraham.

Ridge: Kalina, informa a base.

Svoboda: Ya mismo.

Ridge: Me pondré el traje para salir en cuanto antes, tenemos un retraso de varios minutos.

15:58. Ridge se sirve de la falta de gravedad para irse a la cámara de salida, donde yacen los trajes. Svoboda se sienta en el ordenador 3 y envía un mensaje de situación a (CLASIFICADO). 16:20. Hay un retraso de seis minutos en la misión. Ridge regresa con el traje espacial puesto, casco en mano.

Ridge: Me quedé pensando. Si hasta los dogmas científicos son relativos, somos cómplices de su mentira.

Knight (lo mira. Svoboda también): ¿A qué te refieres?

Ridge: Siendo nosotros parte de un trabajo ilegal, nuestros estudios científicos nos permiten ver la verdad que funciona debajo de la verdad. Pero aun así la ocultamos.

Knight: No lo entiendo.

Svoboda: Se refiere a una verdad de mentira.

16:22. El mensaje de acoplamiento es enviado a base. Svoboda ajusta su silla para mirar a Ridge. Éste se coloca el casco, lo ajusta y señala su micrófono. Knight enciende el altavoz de la nave. Ridge desaparece al otro lado de la cámara de salida.

Ridge (su voz suena en todo el recinto): Pongámoslo así... ¿Dios existe?

Knight: Pues, yo no creo.

Ridge: Imagina que puedes demostrar que no existe ¿Lo harías?

16:23. Knight piensa un poco. Las compuertas de cierre son bloqueadas. Inicia la despresurización.

Knight: Despresurización en proceso...eh, supongo que sí. Desmantelaría la manipulación religiosa a través del miedo.

Ridge: Pero piensa también en las consecuencias negativas. Hablando de miedo ¿Sabías que existen fármacos que podrían quitarte la ansiedad y el miedo?

Svoboda: ¿El etanol?

Ridge: Aún más potentes que el etanol, unos que podrían inhibir completamente la capacidad de temer, pero sin embargo no son puestos a la venta.

Svoboda: Lógico, no le sirve a ningún poder... como la iglesia.

Ridge: Va más allá de eso, Kalina. No le sirve a la especie humana en general. Temer es parte de nuestra supervivencia ¿Entienden la ironía? Es un hecho científico donde la verdad no debe ser legitimada.

Knight (mirando hacia la ventanilla superior): ¿Estás diciendo que no debería revelar que Dios no existe?

Svoboda (mira hacia todas partes, como hablando con un ser omnipresente): ¿Por eso debo apoyar a la organización más patriarcal de la historia?

Ridge: No. Solo digo que la sociedad está construida en base a verdades de mentira o mentiras necesarias. Nosotros, los que estamos por debajo de la sociedad, tenemos el privilegio de poder verla en su totalidad, pero aun así elegimos mantenerla porque la verdad es demasiado destructiva. Al no saber ningún poder de turno que estamos aquí, podríamos ir a la Luna ahora mismo y descubrir que no hubo ningún alunizaje, pero aun así no nos convendría decirlo. Somos cómplices de la mentira, sin querer serlo.

16:25. Se hace un breve silencio donde Svoboda y Knight se miran entre sí. Svoboda vuelve al ordenador 3, silenciosa.

Ridge: Todas las conspiraciones y religiones son científicamente mentiras, pero elegimos legitimarlas debido a que no podemos acaparar la verdad tras ellas.

Knight: ¿Y la verdad es?

Ridge: Que el manejo del mundo es una ficción que nos gusta creer, porque en realidad el mundo no tiene timón y la humanidad viaja en un barco a la deriva. Navegado por locos de turno.

Svoboda (enfadada): ¿Y qué se supone que haga? ¿Qué por mantener ese barco debo vivir mi vida sin cuestionar?

16:26. Silencio.

RIDGE, ABRAHAM (1987-2040)

Nacido un 22 de noviembre en Toronto, Canadá. Caucásico. Rubio, ojos grises. 1,65 de alto. Hijo de un juez y una ama de casa. Se separó de sus padres a temprana edad debido a maltrato y se mudó con sus tíos a Washington, Estados Unidos. Obtuvo el doctorado en ciencias en 2018 y pasó a trabajar a la Agencia de Seguridad Nacional, a la que re-

nunció solo cinco años después. Trabajó para la organización delictiva Yang, se desconoce el cargo que desempeñaba. Fue arrestado el 20 de julio de 2038 por "piratería espacial". Se suicidó en 2040.

Ridge: Quizás.

16:26. Svoboda niega con la cabeza. 16:30. Despresurización completada. Knight da aviso y las escotillas se abren. Ridge da aviso de su salida al exterior de la Nietzsche II y se dirige hacia el SIGSAT01. 16:32. En la cabina de mando, Knight y Svoboda están frente a sus respectivos ordenadores, de espaldas el uno al otro.

Knight: ¿Te cuento algo?

16:33. Svoboda no responde.

Knight: Mi padre era una persona sumamente escéptica. No creía en nada más que en lo que vieran sus ojos. Trabajó toda su vida incansablemente y se mantuvo cerrado en sus ideas conservadoras hasta el último día... Sin embargo...

Svoboda (deja de teclear): ¿Qué?

Knight: Cuando era pequeño estaba en el suelo leyendo un libro de historia egipcia. Le mostré a mi padre las traducciones de algunos jeroglíficos. (Suspira). Me dijo... me dijo que no debía creer en esos libros porque no tenía manera de saber si los científicos que interpretaron aquellos lenguajes decían la verdad.

16:35. Svoboda y Knight se mantienen callados y quietos, sin decir ni hacer nada.

KNIGHT, RANDALL (2003-...)

Nacido un 17 de octubre en Monterrey, México. Moreno. Cabello y ojos negros. 1,67 de alto. Hijo de un productor cinematográfico y una vestuarista. Se divorciaron en 2015 por infidelidad de ambas partes. Vivió en Oklahoma casi toda su vida. Estudio pilotaje militar en la base militar de West Point. En 2022 contrajo matrimonio con Jannete Dole. En 2024, fue seleccionado por la NASA para formar parte del Programa para nuevas misiones tripuladas a la Luna, pero se le dio de baja al conocer-

sele un inesperado crecimiento óseo en una vértebra que requirió cirugía. No volvió a tener chance de viajar a la Luna. Knight renunció a su cargo poco después y se divorció. Trabajó para la organización clandestina Yang como piloto de contrabando. Está preso desde 2038 por “piratería espacial”. Se le negó la libertad condicional por ser violento con otros reclusos.

16:36. Un grito horrible suena por el altavoz. Svoboda y Knight preguntan qué sucede, pero Ridge no responde. 16:37. Svoboda y Knight van a ponerse los trajes especiales y reinician la presurización y despresurización de la cámara de salida. 16:46. Salen de la nave. Hay una hora de demora en la misión. Svoboda y Knight se dirigen al exterior del SIGSAT01, el cual es mucho más grande que la cabina de la nave Nietzsche 11 y les impide ver dónde está el comandante Ridge. 16:48. Svoboda y Knight, ayudándose de sus cintos de seguridad, trepan por la escalerilla externa hacia la parte superior del satélite. 16:49. Ridge está sentado en el suelo al borde de la plataforma, llorando. Al verlo, Svoboda se acerca a él con rapidez. Knight sube último y no se acerca, en vez de eso mira a su alrededor. 16:50. Knight se deja caer de rodillas y Svoboda deja de socorrer a Ridge al ver hacia el planeta Tierra. 17:09. La misión ya tiene una hora y media de demora. La ingeniera Svoboda, el piloto Knight y el comandante Ridge siguen sentados al borde la plataforma, llorando, contemplando la imagen de la Tierra, que es totalmente plana.

© Juan A. Lorca

Si tengo que elegir un origen para Nietzsche 11 fue de chico, calculo que en los noventa o iniciando los 2000. La historia infantil que cuenta Randy acerca de su padre y los jeroglíficos me pasó realmente y fue un momento que puedo recordar con gran lucidez, y el cual me marcó muchísimo. Literalmente estaba sentado en el suelo del comedor de mi casa, en San Rafael, Mendoza, leyendo un libro de la colección Clarín de Historia Universal y ojeando los jeroglíficos egipcios y las explicaciones de la piedra de Rosetta. Mi papá estaba cerca de mí mirando la tele, quizás algún partido de tenis, y le comenté sobre eso. Me respondió lo mismo que el padre de Randy le dijo a él. Cuestionalo todo. Eso es lo que aprendí a partir de entonces.

Ese pequeño momento tiene una gran importancia en mi vida, ya que debido a él adquirí una inseguridad en mis conocimientos que siempre me han impulsado a querer saber más y más para conocer las experiencias de otros. Ese pequeño gag padre-hijo me hizo interrogarme acerca de las convenciones sociales en las que me crié y con las que me formé. Gracias a eso pude tener una cabeza más abierta en numerosas discusiones con otras personas acerca de la adopción homosexual, el aborto, la inmigración, el feminismo y otros tantos temas que no deberían ser polémicos pero que por desgracia lo son.

El desencadenante final para que Nietzsche 11 se convirtiera en cuento fue enterarme de que existía el movimiento terraplanista. Me agarró digamos que con los pantalones abajo, no esperaba que en pleno 2018 existiera gente que creyera aún que la Tierra es plana y mucho menos que fueran una organización a escala mundial. La idea fantástica de tratar de ponerme en sus zapatos, sumado al incidente de mi viejo y la piedra de Rosetta terminó generando esta idea de... ¿y si fuese cierto? ¿y si viajáramos al espacio y miráramos el planeta Tierra y viéramos que es planito como una mesa?

Más importante aún ¿Qué haría yo si lo descubriese? ¿Qué sería lo correcto? ¿Contarlo? ¿No contar?

A partir de ahí, el cuento se empezó a resolver solo. El postre debía ser esa verdad terrible y descarnada, la imagen de la Tierra solitaria flotando como un círculo en la inmensidad espacial. Para ir preparando todos estos cuestionamientos, solo hizo falta reunir datos sobre los únicos seres al parecer incuestionables: los científicos. Misiones espaciales, conspiraciones, religiones, películas, etc. Un popurrí de todo. Me divertí de lo lindo.

A medida que investigaba, noté que todo lo científico se leía a la manera de una enciclopedia y ese fue el detonante para elegir esa forma de escribir el cuento. El cuento debía ser una redacción formal, enciclopédica, abolutista, con horarios, burocracia y gusto a impresión en A4. Era una historia de mentira, acerca de las mentiras, que debía contarse como una verdad. El nombre Nietzsche, es solo una consecuencia.

Siete segundos

DIEGO MILINIK

Diego Hernán Milinik nació en la ciudad de Buenos Aires en 1977. Es ingeniero industrial y escritor. Ha estudiado letras, filosofía y física. Desde muy temprano se interesó por la ciencia, por el saber en general, la literatura y la escritura. Sus autores predilectos son Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges, Paul Auster y H. G. Wells. En filosofía se inclina por Martin Heidegger, Immanuel Kant y Henri Bergson. En física ha seguido principalmente los trabajos de Paul Dirac y Albert Einstein. Sus influencias creativas también provienen del cine, las series, la música y los comics de los años '80 y finales de los '70. Películas como *Blade Runner*, *Alien*, *el octavo pasajero* y series como *Los invasores* y *La dimensión desconocida* han marcado su estilo de escritura distópico con tintes existencialistas y dosis de aventura.

Cuando la abuela de Germán murió, sus padres le dijeron que se había ido al Cielo. El chico de tres años no entendía aún qué significaba aquello, y buscaba a su abu Alberta entre las nubes del horizonte que se perfilaba de un color anaranjado tras la cúpula de cristal que cubría la ciudad de Buenos Aires.

Germán la extrañaba. En especial, cuando recordaba los panqueques de dulce de leche que solo su abuela era capaz de preparar tan ricos (su madre por más que lo intentaba, no conseguía imitarla; ni mucho menos Amalfa, la robot de servicio).

Al cumplir los cinco, tal como estipulaba la ley, le realizaron su implante de hard-brain. Fue un pequeño pinchazo, pero a diferencia de las vacunas de nanobots que le daban cada año, esta aguja se la aplicaron en la base del cráneo y no en el brazo. Le dolió la cabeza y sintió mareos por un par de días. Hasta que por fin pudo aprender a comunicarse telepáticamente y a través de la Nube. Al principio fue con sus padres y tíos. Al cabo de unas semanas, ya era capaz de “hablar” cerebro a cerebro con casi cualquier ser humano del planeta. Claro que sus padres conectaban el control infantil para restringir el acceso de Germán solo a las mentes de sus familiares directos y maestros y compañeros de escuela, manteniéndolo a salvo de los desconocidos.

Y al mes, se produjo el “milagro”: la abuela Alberta le habló otra vez. Estaban telepresentes sus padres, como dos burbujas enormes de luz, quienes le habían anunciado que tenían una gran noticia para darle. Y vaya que lo fue. El rostro de la abuela apareció en su mente, tal como la recordaba, y le dijo palabras dulces: “¿Cómo estás, mi chiquito? ¿Extrañas la comida de la abu?”. Y hasta jugaron una partida de ajedrez, antes de que la nona desapareciera. Pero, cada semana, la abuela volvería y compartirían tiempo y cariño en la red.

Germán creció. Y aprendió que las personas cuando mueren van al Cielo o a la Nube, el paraíso digital. Y aprendió también que el proceso de migración debía realizarse por lo menos siete segundos antes de la muerte cerebral definitiva. Solo así lograba transcribirse el complejo sistema de sinapsis neuronales a un modo digital seguro y en red. Esa era la principalísima función de los hard-brains, más allá de todas sus otras aplicaciones: realizar la transferencia de la mente a la Nube un instante antes de morir.

Otra cosa que aprendió Germán es que solo se iba al Cielo si se “era bueno” y se cumplía con los Mandamientos que exigía la Ley. Los criminales tenían vedado el acceso a la vida eterna. Todo registro digital, mails, imágenes, textos, pensamientos, todo vestigio de su presencia en las redes y, por supuesto, toda su memoria y estructura sináptica eran aniquilados y su hard-brain desactivado con la muerte de su cerebro biológico. Los peores delincuentes eran literalmente borrados.

Cuando su madre murió, o mejor dicho dejó de existir en forma biológica, no tardó en comunicarse desde la Nube. Él era apenas un adolescente, y estaba muy abatido. Pero se reconfortó cuando ella le contó lo bello que era ese “otro mundo”: el poder estar en cualquier parte del planeta de manera instantánea, el ser capaz de acceder a toda la información, al arte y al conocimiento sin límites físicos. “Me siento liviana”, fue su descripción. “Y feliz: aquí vivo en comunión con todos los que pasaron a este plano digital”. Fue muy extraña la sensación de estar hablando con su madre difunta: ¿Era en realidad ella? ¿O una mera copia o simulación digital? Según los postulados de la transmigración, se trataba efectivamente de la mente de su madre, de la conciencia original transferida a un nuevo soporte no biológico. Para ella habría sido una continuación sin interrupción de los mismos procesos mentales que se desataban de modo químico en sus neuronas a un modo electrocuántico en los servidores. Y así se lo relató: “No sentí nada del otro

mundo. Mientras me dio el ataque cardíaco, seguí pensando en las compras que tenía que hacer ese día. Y cuando me di cuenta de que mi cuerpo ya no funcionaba, fue como sacarme un gran peso de encima”. Sí, era realmente ella. O, mejor dicho, seguía siendo ella. Dejó de hacerse esos cuestionamientos metafísicos y se acostumbró a tener a su madre en el Cielo y a hablar con ella cotidianamente casi del mismo modo en que lo hacía “en la Tierra”. De hecho, las comunicaciones más habituales entre seres humanos eran telepáticas a través de los hard-brains conectados a la red, por lo que no había mucha diferencia entre comunicarse con un vivo o con un “muerto” (o sería más preciso decir: entre un vivo biológico y un vivo digital).

Sin embargo, cada tanto sentía la necesidad de darle un abrazo fuerte, lo que era imposible. Como un modo de mitigar esa ausencia “física”, su padre pudo conseguirle un empleo junto a él en la empresa en la que trabajaba, prometiéndole además que así mejoraría sus conocimientos en informática, los que ya eran notables. El trabajo, que consistía en el control de robots de producción, resultó ser bastante arduo, incluso más pesado que el que las mismas máquinas realizaban.

Con el paso del tiempo, Germán logró naturalizar la presencia viva y real en la Nube de su madre, y la de otros familiares y amigos que “se habían ido”, y era común el hablarles con cierta regularidad y afecto. Claro que ellos no sufrían las vicisitudes de las existencias biológicas y sus necesidades, por lo que siempre eran sabios consejeros que todo lo veían a la velocidad de la luz y servían de buen consuelo cuando la vida se tornaba difícil. Como cuando terminaba sus largas jornadas laborales junto a su padre y, extenuados, a veces se sentían menos humanos que los robots que supervisaban. “Ya descansarán y estarán tranquilos y sin preocupaciones cuando les toque venir aquí con nosotros”, era la frase más habitual que los habitantes del Cielo digital les transmitían para reconfortarlos.

Hasta que ocurrió el fatal accidente. Un pequeño resbalón y su padre fue literalmente engullido por aquellas máquinas que no podían detenerse, que debían seguir produciendo de un modo inexorable. Sin embargo, luego de que su padre muriera de ese modo tan inesperado como horrible, sucedió algo aun más extraño. No hubo comunicación de él desde el Cielo ni al primer día, ni al segundo día, ni al tercer día. Seguían pasando las horas y nada. Comenzó a preocuparse mucho. Algo malo debía estar sucediendo, alguna falla o error. ¿Se trataría tan solo de un

problema de comunicación? ¿O habría fallado el proceso de transmigración y su padre estaría muerto, definitivamente muerto, como su cuerpo ya en descomposición? Esto último lo aterró. Sufrió escalofríos de solo considerar la posibilidad. Tenía que averiguar lo que ocurría.

Realizó decenas de consultas a la empresa *Eternus* (“responsables de la vida más allá de la frontera”), sin que le prestaran demasiada atención. Pensó en demandarlos judicialmente, pero no tenía suficiente dinero para pagar un abogado. Hasta que por fin la corporación le contestó. Le concedieron una entrevista con el Doctor Xamos, quien era el supervisor de su área de neuro-red.

—Perdóneme, joven, pero aquí no ha habido ningún fallo en el proceso —le repitió el científico—. Transmigración con cien por ciento de efectividad realizada.

—¡Pero eso no es posible! —insistió él—. ¡No puedo comunicarme con mi padre!

—Lo siento, muchacho. Puede constatar todo lo que le he informado en el hard-brain que se le extrajo al cuerpo, que se encuentra en el Registro Mundial de Memorias.

El científico dio por terminada la entrevista y se retiró, dejando a Germán todavía sin respuestas, y molesto. Muy molesto. Esos desgraciados cobraban fortunas por su servicio y ahora no le ofrecían ninguna solución.

Pensó entonces en preguntarle a su madre. Si ella estaba en la Nube, de seguro tendría que haberlo visto a él allí. ¡Claro! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Pero su mamá le contestó que no lo había encontrado, que no estaba en el Cielo; ni rastros de él, le dijo apenada (aunque dudaba de si realmente podía sentirse pena en el paraíso de modo de vida digital).

Esto lo impacientó aun más, casi al borde de la desesperación. ¿Dónde estaría entonces su padre? Tenía que averiguarlo, a como diera lugar. Se dirigió entonces nuevamente a la empresa *Eternus*, pero esta vez no concertó citas. Hackeó el sitio e ingresó a sus archivos. Revisó los registros hasta que pudo encontrar el nombre de su padre, pero lo que halló lo desconcertó. Por más que examinó todo palmo a palmo, no encontró más información que una inscripción junto al nombre: “Código 701”.

Buceó en las redes intentando averiguar qué significaba. Pasó días navegando en la Nube. Hasta que logró encontrar algo en la Secretaría

de Justicia Mundial. El apartado escondido en un rincón del espacio virtual decía: “Código 701: Violación de Mandamiento 666-A de la Ley 123.444/99”. Pero no daba ningún detalle sobre qué significaba aquello.

Debió internarse en las partes menos conocidas de la red, en las profundidades que excedían lo legal. Y así lo averiguó: “Contrabando de cerebros congelados”. ¿Su padre, un delincuente? Eso era ridículo. Pero haciendo memoria, recordó que años atrás, cuando él era aún un niño, su padre había sido procesado por una causa penal de la que nunca le habían dado detalles. Sin embargo, recordaba con claridad que su padre había sido absuelto. Es más, el Estado hasta lo había indemnizado por las molestias causadas. No podía ser esa la razón. Su padre había sido declarado inocente; nadie podría haberlo borrado ni haberle quitado el derecho de ir al Cielo.

Y aun así, seguía sin aparecer. Sin dar señales de vida en la Nube, ni en ningún otro sitio, por supuesto. Germán estaba desconsolado. Recordó entonces lo que le había dicho el empleado de *Eternus*, e inició el largo y complejo proceso frente al Registro Mundial de Memorias para solicitar acceso al hard-brain que fuera de su padre y ver si allí encontraba alguna respuesta. Pero, para su sorpresa y enojo, su requisitoria fue rechazada. Ya estaba harto de la situación, y no aceptaría más negativas. Si no le daban lo que pedía por las buenas, lo obtendría como fuera.

Se decidió entonces a robar ese bendito hard-brain. Lo planeó con cuidado. Le llevó semanas de estudio. Tuvo que hackear el sistema central del Registro y engañar a su compleja Inteligencia Artificial. Así hizo pasar al viejo hard-brain de su padre como si fuera uno nuevo a ser instalado en un niño de cinco años. Y logró que le enviaran el dispositivo a su propio domicilio, simulando que se trataba de una clínica de neuro-implantes. Y nadie lo descubrió. Salió limpio del asunto.

Lo que parecía no estar del todo limpio era la memoria de su padre. Pudo acceder a toda su vida, en imágenes, actos, pensamientos; todo. Y descubrió que sí había estado inmiscuido en algunos asuntos ilegales, aunque siempre había logrado eludir a la Justicia, nunca se había podido probar nada en su contra.

Lo último que el hard-brain había grabado era su muerte. Esa espantosa muerte. Y la transmigración a la red, la cual, según constaba, había sido exitosa. ¿Qué había sucedido entonces? Volvía al punto de partida.

El regreso al trabajo fue triste, gris y cargado de un resentimiento abismal hacia la burocracia, hacia el Sistema, que lo había dejado sin

respuestas ni esperanzas, sin su padre. Los meses y los años siguientes pasaron llenos de rencor y amargura, y le fue fácil caer en las drogas; y en ciertos actos de revancha, como violaciones a códigos de privacidad en la red y estafas menores a grandes corporaciones; a esas desgraciadas que lo manejaban todo. Y descubrió como hacerlo sin ser jamás descubierto. Esa era su venganza. No lo controlarían a él. No al menos en esos pequeños resquicios de libertad.

Cuando sufrió la sobredosis, Germán lo sintió como una merecida liberación; había escrito en su testamento que renunciaba a cualquier tratamiento médico de reanimación: quería ir directo al Cielo. Esperó durante esos siete segundos con ansias, mientras se realizaba la transmisión. Sintió como poco a poco sus pensamientos, sensaciones, vivencias, abandonaban ese atormentado cerebro y fluían con una livianidad pacificadora. Vio que era absorbido por una luz blanca, brillante, colmada de datos que revoloteaban como un enjambre de luciérnagas. Ahora se sentía volar a la velocidad de la luz por miles de mundos de color, magia y espacio ilimitado. ¡Todo aquello de la vida en la Nube después de la muerte era verdad! Seguía de algún modo vivo, consciente, pero en otro estado diferente y, según parecía, muy superior al biológico.

Pero al cabo de un tiempo difícil de definir (quizás días, quizás un instante), la inmensidad de luces y color se volvió oscuridad. Se vio encerrado en un habitáculo rectangular en penumbras. Apareció frente a él una figura con cuerpo humano y cabeza de chacal, que sostenía en su mano izquierda una balanza. Colocó de un lado de la balanza una pluma y del otro un cerebro. Enseguida adivinó que se trataba del suyo. De la boca de ese ser comenzó a narrarse su vida, la que había sido grabada íntegra en su hard-brain. Pronto comenzaron a llover las acusaciones. “Hackeo a empresas de bien público”. “Violación de la propiedad privada”. “Estafa y robo” y un sinnúmero más; pero la que se destacaba sobre todas era “Suicidio, incumpliendo la obligación de trabajar hasta la vejez”. Y no solo contaban aquellos delitos de los que creía haber salido impune. Cada pensamiento, cada intención y deseo indebido que había experimentado durante su vida estaba allí, grabado para siempre y escrutado ahora hasta su más mínimo detalle por una Justicia más allá de la terrenal. En ese momento pudo por fin comprender que nada escapaba al control férreo del Sistema. Ni en la vida, ni más allá de ella. Luego de

escuchar su sentencia, lo último que pudo ver antes de que todo desapareciera fue: “DELETED”.

© Diego Milinik

Para escribir esta historia, me inspiré en algo que me aterró durante toda mi vida: la muerte y su inexorabilidad. Durante mi niñez, algunas experiencias con la desaparición física de personas cercanas me han marcado mucho y me han hecho preguntar desde muy pequeño si habría un después. Como Germán, el protagonista del cuento, he mirado el cielo a menudo haciéndome esa clase de preguntas. Por tal motivo, la intención de mi relato es brindar una solución tecnológica para una existencia en un “más allá”. Intentar hallar las respuestas que ese niño buscaba entre las nubes... Respuestas plasmadas desde la ficción literaria, pero que también creo que serán factibles técnicamente algún día.

Sin embargo, a este presunto escape a la muerte quise además hacerlo controvertido, y no dejarlo ajeno a una fuerte crítica al sistema capitalista dentro de una sociedad de control. Sistema que, como el dios egipcio Anubis, es capaz de pesar y escrutar nuestras conciencias, que ya no anidan en nuestros corazones, sino en nuestro cerebro, órgano fiel representante de nuestra época. Sistema que nos recuerda que nada, absolutamente nada, escapará jamás a su dominio y a su sentencia.

Lo importante y lo urgente

JAVIER S. DONATE Y LISARDO SUÁREZ

Lisardo Suárez (Gijón, 1970) se amparaba antes en la discreción de los seudónimos para escribir, pero ahora firma con su verdadero nombre casi siempre. Sus trabajos de narrativa breve han recibido más de ochenta reconocimientos en diferentes concursos, convocatorias, certámenes, antologías y revistas. En el apartado de ciencia ficción, obtuvo el tercer puesto en la primera edición de los Premios Interiius, logró la mención de honor en el I Concurso literario Fabulantes en Pulp (y Space Opera) y fue finalista del I Concurso Donbuk de relatos de fantasía y ciencia ficción; además, ha sido seleccionado por *Calabazas en el trastero*, *Korad*, *Ficción Científica*, *miNatura*, *Vuelo de Cuervos*, *Fiction News*, *NGC 3660*, *Exocerebros*, *Teoría Ómicron*, *Penumbria*, *Historias Pulp* y *Sueños de la Gorgona*, entre otras.

En cuanto comprueba que está anclada en la nueva posición, un promontorio redondeado, Siara fija los primeros marcadores; tras activarlos, se desplaza a lo largo de la ruta planificada para colocar el resto sin perder nunca la distancia de emergencia con Boris.

La simulación del ordenador proponía dos opciones muy distintas de acuerdo a la topografía real y las fechas de entrega; ambas concluían lo mismo: era un trabajo sencillo que podrían cumplir dentro del plazo acordado y ganar el bonus. Pero la terca realidad se ha impuesto y van con retraso; solo tienen listas tres cuartas partes de los asteroides. Por si fuera poco, el resto de los objetos incluidos en su tarea se localizan algo más lejos de lo normal. Los jefes estarán de mal humor cuando lean el informe de progresos. Siara sigue la opción más breve porque los potenciales desajustes entran, por un margen muy estrecho, dentro de los parámetros de tolerancia. Concentrada en el trabajo de pastoreo, las horas pasan a toda velocidad.

—Boris, estoy a punto de terminar. ¿Cómo vas tú?

—Dos más y listo.

Coloca el último de los marcadores en el objeto y se desancla del asteroide. Todavía unida a la nave por el umbilical, se desplaza hacia la posición de su compañero. El paisaje es gris, irregular y muerto, a excepción del movimiento de los pequeños robots que, como abejas plateadas, giran alrededor de los asteroides asignados. Flota junto a Boris cuando este activa su último marcador, justo a tiempo: el sistema les recuerda que deben terminar el turno y descansar ocho horas antes de proseguir cualquier tarea.

—Vamos a la nave.

Mientras las mochilas impulsoras los llevan de regreso a la *Aguacate*, Siara puede ver cómo las pequeñas máquinas se agrupan para formar una estructura que, igual que ellos dos, se dirige hacia la nave. Por si tuviera poco trabajo, le habían endilgado la supervisión de las pruebas automatizadas. Los datos en pantalla carecen de desviaciones respecto a los parámetros de los ingenieros, lo que significa buenas noticias para los responsables del proyecto de robotización; todo indica que, por aho-

ra, es viable automatizar estos procesos. Los sindicatos estarán furiosos: noticias desalentadoras para las próximas generaciones de Pastores, como Boris y ella.

Una vez en la *Aguacate*, y tras despojarse del traje, ponen la nave rumbo hacia otro cúmulo de objetos. Boris, agotado, se mete en su nicho. En lugar de dormir, Siara come algo mientras repasa mensajes: instrucciones, memorándums, chistes, disposiciones y planos. Hay uno de su hija y lo abre de inmediato; lleva más de tres meses sin verla y aún faltan un par de semanas para regresar a la estación.

—Hola, mamá. ¿Qué tal todo? —Todavía no se acostumbra a los estilismos que lucen los jóvenes de hoy en día, pero cada generación expresa sus peculiaridades de alguna manera; casi sin darse cuenta, Siara se acaricia el tatuaje que cubre el lado derecho de su rostro—. Por aquí, como siempre. Supongo que ya habrás visto los noticieros: han vuelto a subir la tarifa de residencia y el personal de hangares se ha puesto en huelga.

Siara lo sabe, porque la Compañía ha lanzado un globo sonda respecto a congelación de salarios en los próximos meses.

—Ya me ha llegado la carta de los Servicios Unificados de Salud: estoy admitida para estudiar Medicina. En breve saldrán las plazas y las notas de corte.

Feliz, Siara graba la respuesta: se alegra mucho por ella. Si consigue terminar en plazo, habrá un bonus que podría ser lo que necesitan; será mayor si acortan los tiempos y así, además, se verán antes. Le manda todo su amor y confianza, le pide que no se preocupe porque todo saldrá bien. Pulsa la tecla de envío, entra en su nicho y se acomoda. Quiso estudiar Bellas Artes, pero en casa necesitaban dinero y empezó a trabajar en los almacenes de la Compañía. Subió de puesto, gracias a su habilidad, hasta su cargo actual: Pastor; su techo, su límite, su maldición. Hasta hoy, jamás ha vuelto a pintar.

No puede conciliar el sueño, así que se desliza junto a Boris y lo acaricia; adormilado, devuelve las caricias primero con torpeza y luego con intensidad. El nicho es demasiado angosto, así que se trasladan a un sitio más cómodo.

El tiempo de desplazamiento hacia la nueva zona de trabajo es consumido revisando planes, disposiciones y formas de abordar la tarea: deben ahorrar tiempo. Boris no pregunta la razón de tanta insistencia. A pesar de su relación apenas saben uno del otro, pero también quiere el

bonus y colabora con entusiasmo; incluso se ofrece a prestar ayuda con el seguimiento del desempeño de los robots, pero Siara lo rechaza con amabilidad por no compartir el pago extra que implica la tarea. Las horas y horas de análisis, mientras se desplazan a través de la Nube de Oort, ofrecen unos resultados mínimos: quizás ahorren setenta y dos horas a lo sumo, aunque algo es algo; pero saben que los imprevistos siempre muestran su fea cara y consumen tiempo.

Tiempo.

El tiempo transcurre muy deprisa mientras colocan los marcadores que permitirán, después, lanzar los objetos contra sus objetivos. Del seno de pequeños desastres cósmicos, del choque entre los asteroides y otros cuerpos, nacerán nuevas oportunidades de vida y expansión de la raza humana. El objetivo tan noble, que la ayudó a medrar en la Compañía, es lo de menos en este momento: necesita dinero para que su hija tenga las oportunidades que ella no pudo tener.

La mirada apagada de la niña en su nuevo mensaje es un aviso de que hay malas noticias.

—Me quedo fuera de las vacantes en la base, mamá. La plaza más cercana está en Tritón. Lo siento, lo siento mucho, han faltado dos centésimas para el corte...

Siara llora con su hija, a millones de kilómetros de distancia, sin poder consolarla. Tras unos segundos de llanto hipado, el mensaje prosigue.

—Pero las calificaciones son tan buenas que me han prometido media beca de estudios, desplazamiento y residencia si acepto la plaza.

Llevan años ahorrando para que la niña pudiera lograr su sueño, ser Ginecóloga Cero G; no contaba con los gastos añadidos de salir de la estación y vivir lejos, en un satélite de Neptuno.

—Espero que todavía pueda aceptar, mamá; ya me dirás. En la base quedan plazas de Enfermería, por si toca tirar por ahí. No sé que hacer. Corto ya para que no salga muy caro el mensaje. Te quiero mucho.

Boris descubre sus lágrimas y trata de abrazarla, sin hacer preguntas; Siara lo aparta con decisión: debe ejecutar simulaciones que permitan ganar tiempo.

Marcadores, rutas, desplazamientos. De su promoción, solo ella sigue con un trabajo de campo. Disposiciones, trayectorias, composiciones. De su promoción, solo siete personas siguen trabajando para la

Compañía. Análisis, valoraciones, instalaciones. De su promoción, solo quince personas siguen vivas. Cálculos, previsiones, contingencias.

Truca su vitalog, como todos los Pastores veteranos saben hacer, y trabaja más horas de las que permiten los reglamentos; Boris hace lo mismo. También altera los resultados de las pruebas para que las composiciones de los objetos se ajusten a las necesidades del proyecto; son cambios pequeños, aquí y allá, pero cambios al fin y al cabo. Consume estimulantes a niveles recreativos con intenciones laborales. Han forzado los vectores de desplazamiento hasta límites peligrosos, ya no hay márgenes para el error. Se debe revisar una y otra vez el impulso, la interacción con el objeto, las carambolas del efecto billar, cualquier mínimo detalle. Llega un momento en que Boris no puede seguir su ritmo y Siara altera los registros de bitácora laboral para trabajar sola; despido inmediato si es atrapada, muerte segura si hay una emergencia. Un turno de trabajo más y todo estará listo. Los robots funcionan a la perfección y tiene la suerte de no ser distraída por ninguna circunstancia relacionada con su desempeño.

Hasta que sucede.

Ningún momento es bueno para que lleguen los imprevistos y este no es una excepción. Por eso lee con rabia el informe automático de los robots: han variado su ruta varios metros; y lo han hecho todas las unidades desplegadas en un cuadrante que, además, está lejos de su posición.

Maldice mientras se desengancha del umbilical y usa la mochila propulsora para desplazarse varios kilómetros, hasta el otro lado del asteroide. Sin más datos, es imposible saber qué demonios sucede: los robots parecen hormigas que abren su sendero, como si hubieran encontrado un pozo de lava en el camino, para volver a retomarlo más tarde. La niña tiene que convertirse en doctora y unos estúpidos cacharros no van a impedirlo. Descubre una zona llena de depresiones del terreno que, en algunos lugares, se convierten en grutas hacia el interior del objeto. Cuando se aproxima al punto de desviación, lo ve.

La señal del sistema para que termine su turno la saca de sus pensamientos y se da cuenta de que lleva ahí, parada mirándolo, demasiado tiempo. Comprueba sus constantes vitales y todo es correcto. Regresa a la *Aguacate* con la mente ocupada, muy ocupada.

Come algo con Boris, que promete salir con ella en el próximo turno; por si acaso, sin saber qué decisión tomará, le indica que trabaje en un

área lejana a la de los robots. Boris consulta su buzón y después, tras una caricia que no obtiene respuesta, se retira a descansar. Siara usa el terminal sin cambiar la clave de usuario; todavía no sabe qué hará, pero necesita más información y evita dejar huellas.

Los protocolos son muy claros al respecto. La parte buena: hay mucho dinero en juego con ese escenario. La mala: detendrá de inmediato los trabajos hasta que los expertos analicen el asunto; y, si el trabajo se paraliza, ocurrirá lo mismo con el flujo de dinero. Los valores potenciales son altísimos, una tentación, aunque nunca se han aplicado porque es una situación inédita hasta el momento. Si concluye su trabajo antes de tiempo, obtendrá un bonus real; de menor importe, pero garantizado.

El último turno transcurre de manera lenta y pesada. Incluso Boris nota que algo va mal.

—¿Qué te ocurre, Siara? Vamos a conseguirlo y pareces triste.

Ella murmura algo sobre trabajo, abuso de estimulantes y agotamiento; él no insiste. Colocan los últimos marcadores y vuelven a la *Aguacate*, junto con los robots y el resto de maquinaria. Cuando revisan los cálculos del proyecto, ven que todo es correcto y mandan el aviso a la Compañía: han ahorrado treinta y nueve horas.

Siara entra en su nicho mientras Boris hace guardia a la espera de respuesta desde la dirección de proyectos. Cuando la despierta, siente que apenas ha descansado.

—Dan luz verde, Siara. Felicitaciones. ¿Haces los honores?

Es incapaz de hacerlo, pero sabe disimular.

—Dale tú, Boris. Tengo hambre y ya lo he hecho muchas veces.

Él asiente y se dirige al puente de la *Aguacate*. Programa el viaje de vuelta hacia la estación. Cuando todo está listo, conecta los propulsores y se alejan de la zona. Siara simula estar concentrada en su batido de proteínas.

Alcanzan la distancia de seguridad y Boris conecta la consola de pastoreo. Introduce la infinidad de códigos que acompañan el visto bueno de la Compañía. Los controles de los marcadores responden de manera correcta; también los que fueron instalados por los robots. Con la última línea de instrucciones completada, bosteza y estira los brazos.

—Terminado. Enhorabuena, compañera. Otro trabajo bien hecho.

Se retira a su nicho y Siara mira la pantalla. Se imagina que los marcadores comienzan su apertura. Era azul. Los sistemas de cableado se despliegan a través del vacío con destino a otros marcadores. Casi ver-

de, en realidad. La red comienza a extenderse y cubre las enormes distancias entre los objetos. Aunque, tal vez, la luz artificial de los focos de su traje daba esa tonalidad y, en realidad, fuese púrpura. Cuando todo esté conectado, comenzará el arrastre que saca los asteroides de su órbita y los agrupa. Líneas claras surcaban la superficie, que parecía resistente pero blanda. Una vez que alcancen la configuración de proximidad, los marcadores conectarán sus sistemas de impulsión y llevarán el grupo a la trayectoria definida por la Central; siempre es un secreto que los Pastores desconocen. Algo se movía bajo la capa exterior. Serán conducidos hasta el punto de impacto para que la expansión continúe.

La niña tiene asegurados los gastos para los primeros cursos en Tríton. Eso es lo importante.

Siara recuerda que palpitaba; sí, palpitaba.

© Javier S. Donate y Lisardo Suárez

A la hora de escribir una "visión peligrosa" (o al menos intentarlo) desde perspectivas similares a las que ofreció Harlan Ellison en la famosa antología, partimos de la historia que uno de nosotros tuvo la dudosa suerte de escuchar hace ya bastante tiempo: el responsable de una obra civil importante decidió, cuando los trabajadores encontraron restos arqueológicos durante las excavaciones para la cimentación, ocultarlo a las autoridades para que no hubiese interrupciones en el trabajo si los expertos procedían a su estudio porque hubiera implicado sobrecostes por los retrasos y, quizá, hasta el cierre del proyecto según la importancia del hallazgo desde el punto de vista del patrimonio histórico y cultural.

Pensamos en tratar la exigencia actual de los desempeños profesionales, excesiva demasiadas veces por razones de mercado, competencia o de estructura corporativa, y cómo afecta al individuo; pero decidimos hacerlo dentro de la ciencia ficción y mediante uno de sus temas clásicos: el descubrimiento de vida extraterrestre. Queríamos proponer unas reflexiones sobre la presión con la que muchas veces se trabaja, hasta marcar incluso lo personal y familiar, y cómo puede influir en la toma de decisiones sobre asuntos de gran calado que superan la esfera individual. Los autores de este texto tenemos muy claro que no quisiéramos vernos en semejante tesitura y que, ojalá, nadie tenga que hacerlo jamás.

El mundo de las paradojas

LUCAS ORTEGA

Lucas Ortega

Nací en La Plata, el 7 de marzo de 2006, ahora tengo casi trece años. Curso el segundo año del Bachillerato de Bellas Artes con orientación Plástica. "El mundo de las paradojas" es el primer cuento que escribo para un concurso; en realidad escribo desde los siete años cuentos fantásticos, , que surgen de mi imaginación, esos cuentos hicieron que me volviera un apasionado por la escritura y la lectura.

En el año 2037 una extraña piedra ha sido encontrada en el fondo marino, tras largas y arduas investigaciones se ha descubierto que la piedra en su núcleo tiene una materia más dura que el grafeno llamado Sau. Hasta el momento Sau es completamente inútil ni el gobierno ni la comunidad científica le ha encontrado un uso. Pero ese mismo año nacería un reconocido científico: Pablo Volta, que ya a sus treinta y cinco años ha descubierto una gran y novedosa utilidad.

—La he terminado— exclamó el profesor.

¿Qué había terminado? En ese momento el profesor dejó descubrir una máquina de dos metros, con una capsula al descubierto y un contenedor de Sau conectada a numerosos cables y motores.

—La máquina del tiempo, está terminada— exclamó aún más fuerte.

Pero luego se hizo un silencio, el profesor empezó a pensar y luego se le ocurrió una idea, una idea que lo hizo alegrarse, pero también lo puso pensante y nervioso, aún así, la dijo:

—Tal vez, tendría que... probarla— dijo, pero esta vez no en tono de exclamación si no con tono de inseguridad.

Aun así, decidió activar la máquina que empezó a absorber la energía acumulada en el laboratorio, las luces empezaron a titilar y los enchufes no conectados empezaron a lanzar chispas.

—Diablos, la energía eléctrica no es suficiente para alimentar el agujero de gusano— dijo preocupado.

La fuerza de la energía siendo cargada obligo a retroceder al profesor, se acercó hacia una computadora y accidentalmente activo un video que el profesor tenía guardado:

—Dejo esta grabación para poder dejar registro del proceso de mi nueva invención, la maquina del tiempo. En primer lugar, la máquina del tiempo se alimenta de energía, cualquier energía, por eso el laboratorio tiene energía solar, eólica, eléctrica y nuclear. Toda esa energía sirve para alimentar al agujero de gusano, que es atraído por el conjunto de tantas y diferentes energías en un solo lugar, como sea... Cuando el agujero de

gusano esté en la capsula hecha de Sau, el agujero de gusano no podrá escapar hasta que se le acabe el alimento, luego de alimentarlo el agujero de gusano abrirá un vórtice espacio-tiempo donde la materia puede pasar sin recibir la menor alteración. Fin de la grabación.

Mientras la grabación sonaba, la maquina empezó a acumular su energía para alimentar al agujero. La energía empezó a ser tragada por el agujero de gusano, a pesar de que al alimentarse el agujero crecía el metal que recubría la capsula podía resistir la fuerza de la propia gravedad del agujero de gusano. Y como decía la grabación el agujero de gusano se convirtió un vórtice.

—Lo he logrado ¡lo he logrado! La máquina del tiempo funciona— dijo con toda la alegría que se podría esperar de un hombre que cumple su sueño.

La máquina empezó a temblar, las luces que ya habían dejado de titilar se pusieron de color rojo y el vórtice se empezó a distorsionar.

Unos segundos después hubo una explosión. El humo no permitía ver la máquina. Hubo un destello rojo que iluminaba a través de humo. Al disiparse el humo se pudo ver la cosa al rojo: una esfera roja y negra estaba flotando en medio de la sala. Empezó a consumir la energía de la maquina debilitando el vórtice. Las computadoras empezaron a fallar, pero una de ellas empezó a reproducir otro de los videos del profesor.

—Esta es una hipótesis sobre lo que podría suceder al existir la máquina del tiempo: La máquina del tiempo es una productora de paradojas. Podría ser que la misma existencia de la maquina del tiempo sea una paradoja en sí, ya que tal vez el universo no esté preparado para albergar una maquina que pueda contener al espacio y tiempo en un solo lugar. Mientras la máquina siga en funcionamiento las paradojas crecerán, hasta podría albergar un universo dentro de esa misma paradoja. La gravedad de una paradoja podría ser comparable con la de un agujero negro, pero no tan potente. Al principio empezaría a absorber hojas o mugre, pero cuando gane más tamaño podría succionar muebles y cuerpos con el mismo tamaño, igual es solo una teoría, bueno con esto...

Al final del video la electricidad empezó a tener repulsión por la fuerza del agujero paradójico y los aparatos electrónicos se apagaron.

La gravedad del agujero paradójico empezó a atraer las mesas y los objetos de masa superior, entre ellos el profesor y, aunque se resistió, estaba demasiado cerca para impedir su absorción. Antes de ser absorbido gritó, aunque sus gritos fueron absorbidos por el agujero. El agujero

lo absorbió alterando su masa para que pudiera entrar, pero sin afectarla, luego desapareció, al tiempo que el agujero se agrandó y luego se desintegro sin dejar rastro. Y la sala se quedó en silencio.

© Lucas Ortega

Una vez escuché la introducción de una serie (A la cual le hice una referencia en el cuento) y de ahí empecé a imaginar una historia que iba a ser muy parecido a Volver al futuro y a Rick y Morty. Pero me di cuenta que era mejor hacer algo más original. En realidad, en una parte el profesor parece que hablara con alguien por que iba a tener un compañero como en las series mencionada, pero no funciona.

Mi profesor de biología, Pablo Cabanillas, me invito a participar a la convocatoria sabiendo mi gran gusto por la ciencia ficción y yo acepte. Cuando termine de escribirlo aquel profesor lo corrigió y marco algunos puntos, luego me lo mando y yo lo mande a Pórtico. Entre otras cosas yo siempre quise participar en un evento literario, pero nunca tuve oportunidad y cuando tuve una oportunidad la acepte y no dude en participar. Agradezco a Pórtico por aceptar a mi cuento.

Agradezco a:

Mi hermano Miqueas: por orientarme y corregir el texto.

Al profesor Cabanillas: por recomendar ideas para el texto y por insistir para que me inscribiera al concurso de Pórtico.

A mis padres: Por siempre alentarme, los amo mucho a los dos.

A mi amiga Clara: por confiar en mí y animarme para que escriba desde niño.

Instrucciones para crear diversos multiversos U_{BBZ} con una gata de Schrödinger robada del patio de la casa de al lado del garaje de la morada de tu hirsuta tía Jacinta

MARIO DANIEL MARTÍN

Mario Daniel Martín nació en General Güemes, provincia de Salta. Es Licenciado en Matemáticas (Universidad Nacional de Tucumán), Magíster en Lingüística (University of Delaware) y Doctor en Lingüística (The Australian National University). Ha completado asimismo dos postgrados en Educación Superior, cursos de cine y teatro, y cursos de postgrado en matemáticas, ciencias de la computación y ciencias sociales en Argentina, Italia, San Marino, España y Australia. Actualmente trabaja en la Universidad Nacional de Australia en Camberra. Además de artículos y libros académicos, ha publicado dos novelas para niños, cuatro libros de poesía, dos de cuento y dos de teatro, y escrito los guiones de tres películas y seis obras teatrales. En el ámbito de la ciencia ficción, sus novelas, *Piratas Genéticos* y *La inevitable resurrección de los cerebros de Boltzmann* fueron publicadas por Ediciones Ayarmanot en 2015 y 2018.

Se parte de un universo cotidiano U_0 , a ser posible libre de decoherencia cuántica, y cada vez que un evento estocástico E se avecine se aplica el principio de simultaneidad dimensional para duplicar los estados fundamentales de las vibraciones heteróticas que armonizan el ineludible sustrato de la materia que compone el universo, incluyendo el contenido del garaje que tu tía Jacinta te ha prestado para realizar el experimento, y toda esa basura por clasificar que ha dejado tu tío Hernán antes de abandonarla, cuando escapó con la mujer del vecino de al lado, el obeso administrador de la piscina municipal. La esquiva señora esa, que por alguna razón misteriosa nunca se dignó a saludarte, debe haber estado muy buena cuando joven porque era una reina de belleza provincial, pero ahora, por supuesto, con los años, ya no es tan deslumbrante, aunque en apariencia conserve sus encantos (o el recuerdo de sus 90-60-90 en bikini) para la gente de su edad, sobre todo aquellos que se identifican con el género masculino, y parecen embobados en su presencia.

Pero no nos vayamos por las ramas y volvamos a la mecánica cuántica, más específicamente a la ecuación de Schrödinger, $\hat{H}|\Psi(t)\rangle = i\hbar \frac{\partial}{\partial t} |\Psi(t)\rangle$, de donde, al menos en teoría se puede derivar una ecuación estado para todo el universo, y clasificar sus sucesos y los universos derivados que se van generando como pétalos que se deshojan de una flor marchita en un jardín abandonado. Por ejemplo, si se tira al aire una moneda, el universo cotidiano inicial U_0 se dividirá en forma inmediata en dos universos paralelos para cada cara que potencialmente haya salido en el evento (U_{EI} y U_{EZ}), en la generosa interpretación de Everett. Para casos más complejos con muchas posibles soluciones finitas en la teoría de cuerdas (U_{Et}), o aún con una función de onda con alta incertidumbre que mida la probabilidad de las innumerables soluciones [$\Psi(U_{Et})$] de los multiversos fecundos usando el modelo de trinificación (basado en $SU(3)_{BB} \times SU(3)_D \times SU(3)_t$), se crean tantos universos entrelazados como se desee, y se descartan empíricamente, usando la hipótesis de la censura cósmica fuerte (con $M < |Q|$) aquellos defectuosos con dudosos parámetros α en los que, por ejemplo, se pueda observar 1) que el big bang salga chanfleado y en los universos derivados U_{BBi} se generen sólo agujeros negros; 2) que la gata de Schrödinger se obstine en estar viva y muerta al mismo tiempo en la caja cerrada y opaca en la que ha sido confinada en el momento t ; 3) que un Dios barbudo juegue a los dados para crear subuniversos deterministas U_{Dj} en donde la entropía crezca exponencialmente y todo vaya peor que antes; 4) que a tu tía Jacinta le crezcan hirsutos bigotes de conejo en vez de cejas; o 5) que la piscina municipal amanezca llena de semen de elefante, etc.

Se repite el proceso de creación y de descarte de los operadores autoadjuntos de los espacios fásicos, tratando de evitar los inciertos grumos y las irregularidades asintóticas en el horizonte de sucesos de los agujeros negros y los tímidos hamiltonianos (en especial aquellos que cumplen con la implicación $|\Psi_t\rangle = \hat{U}^t |\Psi_0\rangle = e^{\hat{H}t/\hbar} |\Psi_0\rangle \Rightarrow \langle \Phi_t | \Psi_t \rangle = \langle \hat{U}^t \Phi_0 | \hat{U}^t \Phi_0 \rangle = \langle \Phi_0 | \Psi_0 \rangle$, que los define y

redefine en forma recursiva a lo largo de su evolución), hasta lograr un puñado de universos estables y más o menos cotidianos U_{BBz} que en dóciles burbujas condensen la materia en sistemas solares con planetas preferentemente biofílicos y big bangs reciclados de eterna inflación con campos escalares unificados, que vuelvan a aparecer congruentemente hermíticos 1) sin saltos entrópicos ni desnudas singularidades espaciotemporales; 2) sin drásticos cambios aparentes (en momentos posteriores a t) en el estado ontológico de la gata de Schrödinger, ya que de acuerdo a la interpretación de Copenhague, sólo habrá cambios en el momento en que abramos la caja y colapse irremediablemente la función de onda; 3) sin contradicciones epistemológicas en las reglas de la mecánica estadística, de los juegos de azar o del amor, que también es un juego macabro; 4) sin sorpresas estéticas para tu tía Jacinta cuando se mire en el espejo al lavarse los dientes; o 5) imponderables problemas de higiene pública para el trasnochado administrador de la piscina municipal, etc.

Y así se sigue, por mucho tiempo, quizás hasta por milenios, seleccionando y descartando sin piedad (ontológicamente hablando) los universos defectuosos o chanfleados con defectuosos parámetros α y entropías demasiado desordenadas. Para eso, es importante dejar que la evolución cósmica siga su curso en los demás, a pesar de los sueños o las pesadillas 5) del estresado administrador de la piscina municipal que no sólo tiene que sacar el maldito semen de elefante de la piscina, sino también enfrentar a su exmujer que de vez en cuando vuelve a reclamarle que ha secuestrado su gata para vengarse; 4) de tu confundida tía Jacinta, que tiene soponcios a cada rato por la carga que le toca llevar a la pobre, y encima, claro, lo de las cejas; 3) de los impecables sacerdotes de la ciencia (que insistirán sin duda en jugar a los dados con las barbas de un Dios trinificado y determinista en los subuniversos U_{Dz} que ellos se obstinan en postular); 2) de la omnipresente ecuación de estado [$\Psi(U_{BBz})$], válida tanto en la generosa interpretación de Everett como en la de Copenhague mientras se mantenga cerrada la caja; o 1) los inevitables eventos es-

tostásticos E_{z+t} que tarde o temprano se seguirán avvicinando inexorables en el plato semi-vacío y el vaso semi-lleño de la gata de Schrödinger (después del momento t , dentro del subuniverso U_{z+t-1}) cuando por fin logres atraparla y llevarla al garaje para encerrarla en la susodicha caja con una botella de gas venenoso y un dispositivo que has creado con mucha paciencia en esas noches cuando tus tíos se peleaban a gritos en la casa y no te dejaban estudiar para el parcial de mecánica cuántica II, el cual contiene una sola partícula radiactiva con una probabilidad de $\frac{1}{2}$ de desintegrarse en un tiempo dado (después de t), de manera que si la partícula se desintegra, el veneno del dispositivo se libera y la gata muere envenenada, pobrecita. Aunque claro, ya se sabe que es distinto cuando se trata de un experimento en el mundo real, y no se puede asegurar una probabilidad exactamente equitativa como en la paradoja por excelencia del experimento mental diseñado por Schrödinger, porque hay que operacionalizar un dispositivo confiable que no se dispare cuando la gata te arañe, o trate de escaparse de la caja. Además de las dificultades prácticas, hay que considerar que para colmo era tarde para arrepentirse de haber venido a vivir con tu tía y su ahora escapado marido cuando entraste a la universidad a estudiar física, porque mudarse a una pensión a esa altura iba a crear problemas con tu madre, la hermana de la abandonada e hirsuta Jacinta, que no te perdonaría que también decidieras irte en este trágico momento de su menopausia en el que se le ha descuajeringado el parámetro α de su vida cotidiana, y en el que al menos le sirves de consuelo y compañía. Y tampoco podrías defender a tu tía cuando tu tío Hernán vuelve de tanto en tanto a buscar la gata perdida, que es lo único que su nueva mujer extraña de la casa de al lado que tan cruelmente ha abandonado, o peor aun cuando vuelve borracho a pedirle perdón y después se olvida al otro día todo lo que le ha prometido. Y ni hablar de los escándalos posteriores cuando se sepa que tu hasta entonces tan recatada tía Jacinta inició un furtivo romance con el vecino, el semental administrador de la piscina municipal, que no debe ser más que venganza de parte de

ellos, pero al fin y al cabo ahora, después de todos los eventos inesperados E_{z+t} que han sucedido en sus respectivos universos cotidianos U_z donde se les ha degenerado la entropía, tienen todo el derecho de encamarse si quieren.

Si algo vuelve a fallar a partir del intento U_{z+t} del procedimiento, se repiten de manera recursiva los pasos anteriores (desde el caso $t=1$ si es necesario, es decir antes de cerrar la caja cerrada y opaca en la que ha sido confinada la gata de prueba robada en el patio del cornudo administrador de la piscina municipal con la ayuda, o al menos el consentimiento tácito de tu tía Jacinta de que la tan disputada felina forme parte de un experimento en el que tiene el 50% de probabilidad de morir envenenada, o quizás una chance un poquito más alta de crepar si se mueve tanto y trata de escaparse de la caja). Se persevera asintóticamente por los siglos de los siglos, usando el modelo mínimo levógiro-dextrógiro basado en $SU(3)_{BB} \times SU(2)_D \times SU(2)_{z+t} \times U(1)_{BB-D}$, u otro similar, homólogo o paralelo, si es requerido por la interpretación ensamblística de la función de onda, la que, antes de colapsar, es una combinación estadística de múltiples sistemas idénticos, dependiendo de los numerosos parámetros en consideración. La superposición (el hecho de que la gata esté viva y muerta al mismo tiempo) es una abstracción matemática que describe este conjunto de sistemas no colapsados; pero cuando observamos un sistema individual (es decir cuando abrimos la caja en el momento $t \neq 1$), el resultado es uno de los estados posibles (viva o muerta en teoría, aunque a esta altura casi con seguridad muerta, porque la caja ya no se mueve), a pesar de lo que deseen los implicados en los triángulos amorosos de gente grande que tanto te han interrumpido, porque al fin y al cabo, si no hubiera sido por ellos y los escándalos generados por las piruetas de sus añejas hormonas, no te habrían aplazado en el parcial de mecánica cuántica que ahora tenés que recuperar, cuando en realidad deberían dejarse de joder y volver cada uno a sus respectivas vidas rutinarias (lo más similares a U_0 que les sea posible), al menos hasta que logres aprobar el parcial, y preparar el examen final, donde, según dicen los que lo-

graron aprobarlo, siempre te preguntan sobre la gata de Schrödinger o los campos escalares que dieron origen al big bang, para que puedas explicar cómo lo cuántico se amplificó por la inflación acelerada del universo, y generó la radiación de fondo de microondas que se ve en los televisores analógicos, cuando no están sintonizados en ningún canal, desde que el maldito big bang se eventúó en nuestro universo cotidiano, que, no hay que olvidar, es sólo uno entre un sinnúmero de posibles universos U_{BBz} con distintas leyes físicas que dependen, al menos en teoría, de los valores locales del parámetro α , que es la razón, parece, para que la flecha del tiempo apunte siempre del pasado al futuro y no al revés, lo que también viene del crecimiento de la entropía debido a la segunda ley de la termodinámica, o al revés, hay que buscar eso en el apunte. Ahora bien, y esto siempre también te lo preguntan en el examen oral, todo es peor si z resulta ser infinito, porque entonces, según explicó tu profesora en la clase magistral antes del fatídico parcial donde te bocharon sin piedad, hasta puede haber universos en donde casi todo es igual o similar al nuestro, pero con pequeños cambios, como lo de las cejas de tu pobre tía Jacinta, lo que, quién sabe, es quizás una tenue evidencia de la generosa interpretación de Everett, aunque puede también ser una consecuencia de los nervios, y no, como ella cree, un castigo divino por las noches de lujuria y/o venganza que pasó con el obeso vecino, empujada sin duda por las crueles circunstancias que han desestabilizado su universo cotidiano inicial U_0 (y su tan impecable apariencia) y acelerado el proceso de la tan escaldante menopausia que la hace tratarte mal de vez en cuando, lo que no es ni justo ni necesario dado lo bien que te has comportado durante los eventos aleatorios E_{z+t} de los últimos meses. Hasta es posible que, si el futuro puede influenciar al pasado como predice la ecuación de la función de onda de la mecánica cuántica, la razón porque la ex mujer del cornudo nunca te saludó es porque de alguna forma, cuando sepa que eres el responsable de haber sometido a su amada gata a este experimento, eso signifique que la pobre felina no sobreviva cuando computemos $\Psi(U_{BBz+t+1})$. Pero claro, para saber

más habrá que abrir la caja, y ponderar otra vez con cuidado la evidencia provista por todos los inevitables eventos estocásticos E_{z+t+l} que nos rodean, etc.

© Mario Daniel Martín

Lo que ahora es un cuento era originalmente un poema que trataba de reproducir las especulaciones sobre los multiversos de la teoría de cuerdas, y, en realidad, de los cuatro tipos de multiversos que predice la física moderna (incluyendo las distintas interpretaciones de la mecánica cuántica). La idea surgió cuando leía mucha divulgación científica y física teórica para mi última novela. Inicialmente iba a formar parte de la novela, pero después escribí otro poema que cuadraba mejor con la trama y esto se descartó, y tomó otro rumbo. Escribí muchas versiones (47) hasta lograr el tono justo del monólogo interior que guía el relato, en donde el recurso más importante es el contraste entre el lenguaje abstracto de la física con la situación cotidiana y melodramática, que es lo que dispara el humor.

Agradecimientos

A Darío Mekler, que nos regaló la maravillosa ilustración de tapa, inspirada en el título del libro, y además donó otras ilustraciones que aparecieron como premio en la campaña de financiación.

A Maielis Gonzáles Fernández, que escribió un prólogo muy cuidado, reflexivo y emocionante de esta edición.

A Martín Felipe Castagnet, que escribió el texto de contratapa, poniendo esta antología en un contexto que nos honra.

A Laura Ponce por la diagramación, maquetación y puesta en libro.

A todos los autores que enviaron sus cuentos, por sumarse con entusiasmo y compromiso a la convocatoria para esta Segunda Antología de Pórtico – Encuentro de Ciencia Ficción.

A Ignacio Corbalán, Carlos Feinstein y Flavia Gómez Albarracín, por leer y seleccionar los cuentos.

Al flamante comité editorial, porque este año se sumaron a la tarea otras voluntades y pudimos repartir el trabajo que supone editar cuentos con estilos muy diversos, y comunicarnos con los 21 autores: Sofi Cos, Daniel Lanark, Ricardo Giorno, Martín Casatti y Aura Leto.

A los colaboradores de la plataforma de financiación colectiva —algunos de los cuales sólo han dejado un nombre de pila o sobrenombre—, sin cuya compra anticipada, este libro no hubiera podido entrar a imprenta: Marcelo C. Cardo, Dragowski, Carlos E. Ferro, urbeoscura, Julieta, Turco, rbyte, Alvar Mayor, Cowen, Paula Bergero, Ger, María Celia Zárate Inzúa, Uztra, Aldana, Koshiro Iwamura, Analía, Hernán Domínguez Nimo, Let, Consu, Vico Roz, Fernando, Claudia Cortalezzi, Rolcon, Andresito, Yanina, Leonardo David González, Federico Benito, Casper, Errejetape, Caro, Ignacio Martín, Álvaro Dujovny, Flavia, Tzervena, Mosca Covalente, Jack, Ariel Karlen y todos los autores que hicieron una gran promoción del proyecto entre sus familiares y amigos. También a quienes los encargaron personalmente e hicieron difusión en redes sociales.

Un agradecimiento muy especial a las sedes de Pórtico Mendoza y Pórtico Córdoba, que se sumaron a hacer de “embajadores” del libro, dándole mayor difusión a la campaña de financiación y por lo tanto, a nuestro trabajo, porque el libro llegará a otras provincias.

Por último, a les más importantes: nuestras familias y amigos que conforman un club de fans impresionante que nos hace el aguante (sí, sí, ¡en verso!). Ellos nos proveen de las raíces que alimentan nuestros impulsos creativos para crecer, expandiéndonos en este mundo inagotable que es la Ciencia Ficción, con nuestra irreverente creatividad.

Chinchiya P. Arrakena
Editora de Paisajes Perturbadores
y Organizadora de Pórtico

PRÓLOGO, por Maielis Gonzalez

Instrumentalización uterina y manufactura nacional, de L.C. Barragán	13
Aceptar, de Renato Colan	20
Lxs malditxs, de Sara Rai	28
Cruzando el tiempo, de Angel Alvelo	38
Cuando cae la noche en géminis, de Paul Noguero	48
Error, de Caro Panero	58
Morir en batalla, de Casper Uncal	63
El oráculo, de Fernando Manavella	73
El preste de Aztalume, de Néstor Darío Figueiras	82
Fantasma en la máquina, de Juan Keller	94
Verde, de Isabel Santos	104
Tras la gesta libertadora, de Martin G. Casatti	114
El recomponedor de sueños, de Ariel Alejandro Karlen	123
Prueba funcional, de Jack H Vaughanf	129
Itami wanai, de Chinchiyá Arrakena	137
Síntesis, de Nahuel Dimarco Bustos	149
Nietzsche 11, de Juan Lorca	158
Siete segundos, de Diego Milinik	170
Lo importante y lo urgente, de Javier S. Donate y Lisardo Suárez	178
El mundo de las paradojas, de Lucas Ortega	185
Instrucciones para crear diversos multiversos u_{bbz} con una gata de Schrödinger robada del patio de la casa de al lado del garaje de la morada de tu hirsuta tía Jacinta, de Mario Daniel Martín	189

AGRADECIMIENTOS, por Chinchiyá Arrakena

Este libro se terminó de imprimir en
el mes de abril de 2019 en Modelo para armar
Presidente Luis Sáenz Peña 647 - CABA